OTRA

UNA NOVELA DE

LORENA PRONSKY



OTRA

UNA NOVELA DE

LORENA PRONSKY

VERGARA

A mis hijos, Pedro, Fran y Juanse

1

Es la una y media de la mañana. Los chicos duermen hace rato. Allá afuera, el resto del mundo también. Yo no puedo. Otra vez no puedo. Me entretengo pensando, circulando una y otra vez por los mismos pasillos mentales de todas las noches hasta llegar a la conclusión de siempre: ninguna. El problema del insomnio es que las ideas no llegan para quedarse, sino que se posan apenas un segundo, como monos inquietos saltando de rama en rama. No hay forma de aferrase a una sola, de desarrollarla, de resolver nada. Solo una selva mental caótica, salvaje, donde el pensamiento brinca sin rumbo y la calma es un imposible. Uno se resigna ante esta enfermedad nocturna con bronca y esto lo complica mucho más. No es una entrega tranquila, ni una rendición zen. Acá no hay aceptación. Lo que hay es odio, frustración, impotencia. Una lucha interna cargada de agotamiento y desesperación. Piernas temblando. Ganas de romperlo todo.

Enciendo la luz del velador y me siento en la cama. El despertador dice que son las tres de la mañana. No puedo entender cómo perdí una hora y media en nada. Miro el cuaderno que descansa en la mesita de luz y lo traigo conmigo. Me digo mentalmente que es hermoso. Me quiero convencer. Me digo en voz alta: *Supongo que estás acá porque sos hermoso.* Acaricio la tapa de un cuero perfecto,

sin arrugas, liso y suave como la piel de un bebé. Deslizo los dedos sobre su superficie, pero es como si tocara aire. No la siento. Me llevo el cuaderno a la nariz y lo inhalo con fuerza como si fuera la última pitada de un cigarrillo. Tampoco me llega el olor. Confirmo que se trata de otro rastro que no está.

Lo pruebo. Lo recorro con la lengua, lento, de abajo hacia arriba. De arriba hacia abajo. Paseo la mirada hacia los costados como si buscara algo o alguien que oficie de testigo de lo que acaba de pasar: ningún sabor. Ni sal. Ni dulzura. Ni siquiera la amargura del cuero recién curtido. Insisto en lamer la sombra de algo que no existe. No hay pulso. Solo el eco de lo que hoy se transformó en un recuerdo.

Lo abro en la primera hoja. Lo miro y me mira. Ninguno de los dos dice nada. Hace tiempo se rompió el diálogo entre nosotros. Solo hay vacío. Un cruel e inexplicable vacío. Apoyo la punta de la lapicera en el primer renglón, pero no se mueve. La sostengo hasta que me canso de hacer fuerza y la dejo caer. La observo de reojo con enojo y la tiro al suelo como castigo.

Me miro las manos como ayer. Y como antes de ayer. Siguen mudas. Desconectadas. No son mías. Algo de ellas no me pertenece. Hago fuerza para no llorar. No es angustia. Es ira. Bronca. Me atormenta no saber qué me pasa. No me queda claro si estoy perdiendo los sentidos o la memoria. No sé si no recuerdo cómo se escribe o si la falta de movimiento por estar tanto tiempo en la cama alteró mi sensibilidad.

La escritora que habita en mí está en coma.

Logro que una idea se asiente por un instante. Mierda. Justo este pensamiento que desearía que se fuera se queda más de cuatro segundos en una de mis ramas mentales.

Basta resistirse para que persista. Es ley.

Recuerdo que hace un año (uno, dos, da igual) me tomé el cóctel de pastillas y siempre supuse que, a pesar de no haber muerto, esa ingesta debió haber dejado secuelas.

Me saco el pelo de la cara como si se tratara de una mosca. Quiero despabilar este pensamiento intrusivo, pero lo alimento al darle más atención. El muy choto se afianza. Se agarra con fuerza de la rama y de repente la idea se vuelve certeza: alguna bacteria desconocida me dejó mentalmente incapacitada y rompió el canal de inspiración que alguna vez tuve liberado. *Dios mío*. Lo que te pido es poco. Tan solo una palabra. Una letra. Un garabato. Lo que sea. *Dame lo que sea.*

Pero nada. La escritura, mi refugio, desapareció. Mi capacidad, mi pasión, mi identidad como escritora, o quizá mi identidad a secas, no existen más.

Apago la luz, me apoyo en el respaldo de la cama, con el cuaderno a upa. Me llevo la mano hacia la cabeza. Como una pinza, tomo un solo pelo entre el pulgar y el índice, y lo deslizo suavemente hacia arriba. Nunca fumé. Pero no me cabe ni una sola duda de que esta acción es mi cigarrillo. Es algo que, mientras empiezo a crear diferentes hipótesis, me calma.

Seguro es una bacteria. ¿Qué duda cabe? La manguera. La manguera que usaron para hacerme el lavaje de estómago hace un año… Fue la manguera. O… el suero. ¿Acaso alguien en ese hospital de morondanga habrá chequeado lo que metían en ese suero? Quizás las pastillas estaban vencidas. No es lo mismo tomar pastillas podridas que en buen estado. Tanta gente entrando y saliendo en ese consultorio improvisado debió ser algo poco aséptico y lo contaminó todo. La jeringa… Algo metieron en esa jeringa. Quién corroboró que esa jeringa no haya sido utilizada en otro cuerpo antes. Necesito llamar a Sofía. Ella debe tener alguna respuesta. O quizá Inés. Inés era la que estaba ahí. Miro el reloj. Sé que no están despiertas, pero al menos dejarles un mensaje adelanta el resultado del enigma.

Sigo con el mismo pelo atrapado entre los dedos. Es como una especie de masturbación. Un placebo entretenido que me serena mientras descargo tensión acumulada. Juego con él, deslizándolo desde el centro del tallo hacia un lado y hacia el otro, derecha, izquierda, una y otra vez como si buscara un secreto en su textura hasta que, por fin, llego al orgasmo: lo arranco de raíz. Qué placer, por favor. Lo observo con deleite y lo hago pasar, ahora utilizando las dos manos como pinzas, como si fuera un hilo dental, por la hendidura de mis dos paletas. Intervengo los espacios que separan los demás dientes hasta que, como a un chicle que perdió el azúcar, decido escupirlo. Enciendo la luz y me levanto de la cama.

Arrastro los pies hacia ningún lugar y mi voz interior me vuelve a susurrar una posibilidad que, dada las circunstancias de los últimos meses, cada vez me resulta más atinada: mi nueva vocación es no hacer nada. Nada es lo que me convoca. Quizá todo esto se trate de un error en la búsqueda de sentido y deba, por fin, rendirme ante mi destino: ser linyera. Convertirme en una vieja linyera, vivir en una plaza, libre, sin más obligaciones que las de hurgar en un tacho de basura alguna porquería para engañar al estómago y dormir en un banco sin patinar mi sueldo en impuestos pudorosos y gastos fundamentales para llevar la vida de mierda que finalmente llevo. Al fin y al cabo, ¿para qué estoy haciendo semejante esfuerzo? Descanso un poco en este sueño incumplido, y cuando tomo conciencia de mí, me observo con la cara torcida, los ojos cerrados y una leve sonrisa asintiendo en silencio. Todo mi cuerpo está de acuerdo con que quizá deba darle rienda suelta a esta fantasía y empezar a despegarme desde ahora de todo lo que me genera preocupación. No es la primera vez que me regodeo en esta representación. Me da aire.

Suelo compartir esta idea con Sofía, quien, en un intento de masajear mis pensamientos, según ella delirantes, me cuenta las veces que hacía viajes cotidianos de una hora a su trabajo solo para quedarse adentro del auto, petrificada frente al volante, resistiéndose a bajar.

Carola, no te pasa solo a vos, amiga. Todos sufrimos altibajos o desconciertos vocacionales y la gente no se hace linyera como salida laboral. Estás equivocada. ¿Quién no quiere huir de su vida una vez

cada tanto? Pero esto de estar tirada en bancos de plazas, es algo que nunca lo escuché. La gente se saca pasajes al Caribe, yo qué sé. Cosas más comunes. Tomate unas copitas. Ponete botox, mirá como está esa frente. Cambiá el auto. ¿Por qué andás en ese auto? No te lo digo como la salvación, te lo digo como una meta chiquita. Hacete un mimo, mandalo a lavar. Ya te vas a sentir mejor. Te lo juro. Con los problemas que tenés, no podés no ir al gimnasio, ¿sabés cómo transpiro las toxicidades de todo el día ahí? ¿No hay algo intermedio entre el replanteo existencial y el linyerismo? No podés ser tan extrema, Carol. Estás romantizando la pobreza… ¿Los nenes? ¿Con qué criterio tu psicólogo te dio de alta? ¿Seguís tomando las pastillas?

Sofía, a diferencia de mí, encontraba un atajo. Se quedaba en el auto. Montaba una oficina ambulante y cumplía con sus funciones de manera estoica. ¿Con angustia? ¿Con incomodidad? Claro. Pero podía hacerlo. Su conciencia moral la obligaba a seguir a pesar del rechazo visceral que, cada tanto, sentía hacia su profesión. Pero además de la disciplina, ella contaba con algo más que yo había perdido: la memoria. La capacidad de recordar cómo se hacía.

El cerebro de Sofía era una gran extensión de tierra dividida en lotes. Cada parcela albergaba un área distinta de su vida, y si una se secaba o quedaba baldía, las demás seguían verdes, fértiles, a resguardo. La insatisfacción no contaminaba el resto del terreno. Al contrario: esa falta puntual la impulsaba a ser más creativa, más activa. Sofía compensaba el displacer con momentos de diversión, con actividades, incluso con pequeñas superficialidades que

mantenían vivo el resto de su campo. Su manera de mitigar el dolor era aislándolo.

Conmigo, en cambio, las cosas resultaban diferentes.

Meses, pasaron meses en los que cada vez que me sentaba a escribir me encontraba con la nada. Pero no era solo el desconcierto y la presión de un papel en blanco que exigía ser narrado. A estas alturas, ya había desistido de esperar semejante inspiración. El problema era más profundo, tan profundo que no podía encontrarlo. La cuestión es que algo propio de mi identidad se había ido de mí. Algo se había perdido. Volado.

A diferencia del terreno de Sofía, compartimentado y protegido, el mío era un campo abierto, sin alambrados ni lindes. Cuando una parte se arruinaba, el resto se infectaba. La sequía avanzaba como una peste silenciosa, la maleza crecía descontrolada, el agua estancada terminaba pudriendo lo poco que había quedado en pie. No había diques ni lotes que contuvieran el daño. Bastaba un rincón enfermo para que todo el campo se echara a perder.

No solo no recordaba cómo era ser yo mientras escribía, sino que tampoco recordaba dónde estaba la caja de herramientas para volver a hacer lo que antes salía de forma automática y placentera. No se trataba únicamente de no querer escribir más. Realmente no sabía cómo hacerlo. Intenté forzarme. Me dije que era solo un bloqueo pasajero, que bastaba con insistir, con disciplinarme más, con encontrar un método. Pero nada funcionó. El silencio me seguía gobernando. Cada tanto miraba mi nombre en la tapa de los libros en la biblioteca, las fotos de mis presentaciones en diferentes

lugares del continente, las entrevistas en diarios y televisión. Era una tentativa improvisada de hacerle respiración boca a boca a mi coma artístico, así como los amantes desenamorados tratan de aferrarse a fotos que capturan los mejores momentos vividos, para convencerse de que allí donde hubo fuego, pues, cenizas quedan, y asegurarse de que seguir intentando revivir el amor es algo que vale la pena hacer.

Pero en mi caso lo único que lograba era aumentar mi desesperación.

No solo había olvidado cómo escribir. Había olvidado cómo hice para llegar a todo eso a través de las palabras que hoy me resultaban ajenas, desconocidas. Y, sobre todo, había olvidado dónde estaba la parte de mí que era feliz al hacerlo.

Esa era la diferencia que nos acercaba en nuestra amistad. Una diferencia que se hacía patente cada vez que le contaba todos mis problemas en forma de catarata y Sofía, abrumada por mi propio relato, intentaba ordenarlos con el cerco que disponía y a mí me faltaba.

Me llamaba y escuchaba con paciencia. Pero cuando yo le decía que estaba mal, su respuesta revelaba la estructura mental de cada una de manera evidente.

—¿Mal en qué rubro?

—En todos, Sofía. No hay rubros. Es un efecto dominó.

—No, no. Pará. Así es un quilombo. ¿Qué tiene que ver la muerte de tu mamá con que el vecino es una mala persona? Los otros días, como discutiste con tu hermana Julia, dejaste de ir a entrenar. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? No podés mezclar y pretender resolver todo junto, no todo se juega en la misma instancia, no todo

está en un mismo nivel. Tenés que aprender a separar porque de otro modo te volvés loca. Así, cualquiera se quiere *limpiar*.

Tenía razón, no podía. Pero esa no era solamente la gran diferencia entre nosotras. Quizá fuera la que separa la salud y la enfermedad: la manera en que estaba distribuido el loteo en el territorio mental de cada una. Sofía podía aislar, parcelar, dividir lo que dolía y mantenerlo en su sitio. Al delimitarlo, el peso de un conflicto siempre era el mismo. En cambio, el mío se expandía, ocupaba nuevas hectáreas, engordaba día a día al sumarle las calorías de los demás hasta volver el campo un lugar inhabitable.

Al dividir, ella seguía triunfando.

Al sumar, yo explotaba.

Entiendo su lógica y tiene sentido. Pero la verdad es que no podía fragmentarme. En mí, todo estaba correlacionado. Nunca fui buena para administrar correctamente el dolor. Mi cabeza era un campo abierto. Yo era un solo ser, y cuando una tormenta llegaba, arrasaba con todo. Supongo que por eso después del imperio de la nada, siempre venía algo peor.

El vacío.

La opresión en el pecho. La respiración entrecortada. La incapacidad de dormir persuadida por el ruido de mis propios latidos. La ansiedad incrustada en el cuerpo. La preocupación de un peligro inminente.

La angustia. El llanto. El sinsentido.

Un vacío tan grande que ni siquiera podía nombrarlo.

Si al menos pudiera decir cómo se llama, lo sacaría de mí, lo sentaría en una silla y lo miraría a la cara. Qué sé yo para qué. Para

conversar con él. Para patotearlo. Para escucharlo. Para pedirle su amistad. Para lo que fuera.

Pero no.

La cabeza bloqueada.

El cuerpo inanimado.

Las manos ajenas.

La pérdida de memoria.

La falta de concentración.

La incapacidad de percibir el mundo que me rodea.

Las palabras muertas.

El miedo a recaer.



2

Vuelvo a mirar el reloj. Son las cuatro y veinte a. m. Me dirijo hacia la ventana. Corro la cortina y mientras me balanceo sobre mis pies, miro los autos estacionados en las casas de mis vecinos. Me gustaría estar en otro lado: un lago oscuro, el golpe manso del agua contra la orilla, el chasquido de la leña encendida. Todo iluminado por la luz fría de la luna, las estrellas clavadas en el cielo, el parpadeo mínimo de las luciérnagas. Mi casita del campo. En mi casita del campo… Qué hermoso es todo en ese lugar calmo. Alejado. Austero. Simple. Limpio de pasado… Pasado inexistente.

El maullido de un gato me saca de mi fantasía y vuelvo a la realidad a la fuerza. Me pregunto qué estarán haciendo ellos. Me pongo en puntas de pie intentando espiar el interior de sus vidas ¿Dormirán? ¿Mirarán televisión? ¿Harán el amor mientras sus hijos duermen? ¿Esta gente no tiene problemas que resolver, dudas que los partan, preguntas que les quiten el sueño? ¿Será que son felices así, lo suficiente como para entregarse al descanso sin pelea? ¿No estarán anhelando su casita en el campo? O quizá, ¿no querrán separarse de la persona que tienen al lado? ¿Engañarla? ¿O, por qué no, incluso fantasearán con matarla? ¿Cuáles son sus heridas, sus arrepentimientos, sus pérdidas? ¿Querrán morirse de vez en cuando?

En cuanto a mí, entiendo con criterio profesional que el insomnio es lo más sano que me está pasando. A veces llego a la conclusión de que no me duermo porque no quiero despertarme. Una forma de procrastinar la vida. De delegarla por un tiempo. Alguien que se la lleve, la resuelva y después me la devuelva. Esa sensación infantil, reciclada, amenazante, tan particular que sentía los domingos a la noche como antesala de los lunes escolares. El cuerpo es sabio, muchas veces se mantiene encendido y en estado de hipervigilancia, como una forma inconsciente de ganarle tiempo al encuentro con lo desagradable. Pero qué. ¿Qué es lo desagradable que me espera? Lo que sea que fuera, qué tan grave puede ser. Sin embargo, esto que estoy padeciendo es muy saludable. ¿Quién en su sano juicio puede dormir con la cabeza llena de ratas? No dormir es la garantía inequívoca de que todavía no enloquecí del todo.

Se me pierde la mirada entre el adentro y el afuera y decido dejar de espiar. También estoy perdiendo la capacidad de concentrarme. Corro la cortina nuevamente. Por inercia bajo las escaleras y abro la heladera. Me como una banana. Muerdo un pedazo de milanesa que había quedado de la noche anterior, mientras saco del freezer dos churros con dulce de leche. Los pongo treinta segundos en el microondas y antes de que suene ese pitido intenso, abro la puertita. Me trago uno detrás del otro. Me sirvo un vaso de agua para darle frío a la lengua que me acabo de quemar. Vuelvo a la cama. No se me ocurre otro lugar adónde ir. Estoy cansada de esta escena. Agobiada. Dejo de entender lo que hace cinco minutos entendí de manera muy elegante acerca de las supuestas causas de

mi insomnio y empiezo a sentir un hartazgo oscuro. Un hartazgo que conozco bien. Me digo que no, *basta Carola*, pero otra vez mi mano derecha se dirige a la cabeza. No puedo evitar que lo haga. El pelo. Otra vez empiezo a tocarme el pelo de manera compulsiva. Siento la calma una vez más. Me llena el agujero. Lo levanto nuevamente y lo recorro como hice hace un rato. Como aprendí a hacerlo de chiquita cuando no sabía el nombre de la angustia. Desde la raíz hasta la punta. Una y otra vez. Presiono un poco. Un poco más. Acariciarlo ya no sirve. Necesito destruirlo para no destruirme. La violencia que se dirige hacia afuera es la misma violencia que se dirige hacia adentro. Lo único que cambia es el receptor de la ira. No solo arranco uno. Arranco el siguiente que toco. Y el siguiente. Y el siguiente. Me duele, pero sé que, si suelto el otro dolor, el verdadero, es más difícil de reparar. Mis piernas están temblando. Inquietas. Miro el reloj. La almohada es un cementerio de pelos. Los junto y los apoyo en la mesita de luz, mientras hago una arcada. Me quedan dos horas para poder descansar. No llego. Si sigo así, no llego.

Siento los nervios como si fueran entidades separadas, objetivables. Caminan. Me chupan la sangre. Miles de piojos que se están reproduciendo mientras se me meten por los folículos del pelo y bajan hasta los órganos de la cara. Se expanden. Un fuego comienza a subir por mi estómago. Los dedos de mis manos se arquean con presión. Aumentan su tamaño. Siento los piojos en la garganta. Un grito. Un grito violento sale de mi boca y me hacen saltar de la cama. Se terminó. Se terminó. Basta. Basta. Mierda. Suéltenme. Váyanse, déjenme en paz, por lo que más quieran. Saco

una a una las almohadas de la cama y las revoleo por el aire. ¿Para qué quiero siete almohadas? Siete, ocho. ¿Para qué? ¿Para qué están acá si no cumplen ninguna función? Camino hacia el espejo del baño de mi cuarto mientras pateo algunas que se me pusieron frente a los pies y no me dejan pasar. *Salgan. Salgan de acá. Inútiles*. Tengo la cara desacomodada. Es mi momento animal. Soy un orangután, las manos abiertas, los dedos arqueados en una garra que tiembla por la fuerza. Mi respiración es un jadeo entrecortado, áspero, que entra tropezando y sale como un bufido caliente, casi un rugido que quema la garganta. Me acerco al espejo y ladeo la frente de un lado al otro, igual que una hiena rabiosa que acecha su propio reflejo olfateando la furia que no encuentra salida. Me separo por un instante y me agarro del pelo apretándolo fuerte contra la palma de mis manos sin soltarlo. Lo paseo de un lado a otro con violencia. Las venas de mis sienes se hinchan tanto que tengo miedo de que me dé un ACV. Quiero cortarme el pelo. Necesito cortarme el pelo. No, no. No me refiero a cortar hebra por hebra. No tengo tiempo. Ya no tengo tiempo. Esto que me late no es un impulso. Para nada. Lo siento. Es la certeza de la intuición guiándome. Una fantasía más, de esas que vienen persiguiéndome hace rato en la búsqueda constante de mi camino de sanación: pelarme. Una fantasía que no me animo a cumplir, aun sabiendo que me va a resolver la vida. Me quiero pelar a mordiscones. Las tijeras. ¿Dónde mierda están las tijeras en esta casa? Revuelvo los cajones y nada. La mochila. La mochila de Tomás. Estoy segura de que ahí debe tener una guardada en la cartuchera. ¿Dónde está la mochila de Tomás? Bajo las escaleras corriendo y la veo en la puerta. Acá estás, te encontré. ¿A dónde te

ibas? La pongo arriba de la mesa de la cocina. Saco la cartuchera y como obra del destino lo primero que toco es la tijera. *Gracias, vida*.

Subo las escaleras con entusiasmo sin perder el cuidado. Una vez en el antebaño la miro. *Pero esto es diminuto. Es como la que usaba en el jardín.* Un color celeste pastel que hace rato no veía. Sonrío con ternura. Es preciosa. Cuántos recuerdos hermosos se me aparecen. Hermosos, sí, pero cargados de nostalgia. Me dan ganas de llorar. La miro otra vez y me la apoyo en la mejilla como si fuera una rosa. Asumo que tiene las asas del tamaño de mi dedo meñique, pero no estoy para exquisiteces. Sirve. Puedo empezar mechón por mechón como si mordiera cada hebra hasta dejarme la cabeza vacía. Despoblada como una playa virgen. Sin pisadas ni rastros de vida. O de muerte. La adrenalina se desata en mis venas como una maratón sin meta, cada latido es un zancazo que me deja sin aire. Ya no soy un orangután. Tampoco una hiena. Ahora soy un perro callejero, desesperado y hambriento a punto de devorarse un trozo de carne cruda y roja. Estoy frente a la metáfora de mi nueva muerte, o de un nuevo nacimiento y eso me excita. Da igual cómo se mire. Esta vez seré más precavida y no voy a ir tan lejos como lo hice con la ingesta de las pastillas. No tengo intenciones de terminar como aquella vez con una manguera llena de bacterias atravesándome la garganta en ese hospital sucio y frío, frente a una pared que en algún momento debió ser blanca.

Una muerte.

Claro que sí.

Pero esta vez bien planeada.

Con un toque mágico, tal vez.

La idea, la idea esperanzadora de que, en esa limpieza profunda, en ese vacío, algo nuevo puede nacer. Algo que venga de ningún lado. Un estado puro, sin contaminación ambiental ni genética, ni heridas infantiles. Ni muertes cercanas. Ni sentimientos de orfandad. Ni bloqueos artísticos. Ni planteos existenciales. Ni un solo rastro de dolor. No quiero empezar otra vez. De hecho, siempre pensé que esa frase es contradictoria. Empezar otra vez sugiere que hay un resto del pasado. No habla de un comienzo absoluto, sino de un reinicio de la que ya se vivió. Es como el bebé nacido envuelto en la sangre de la madre. Ya está arruinado de por vida. Nadie empieza de cero con semejante huella.

Yo quiero nacer de la nada.
No quiero la memoria como testigo.
Ni la sangre como herencia.
No quiero marcas.
Ni experiencias ni heridas.
No me alcanza con eso.
Yo necesito salir de la nada.
Que tras de mí no haya nada.
Que eso que nazca sea otra.

Estoy cansada. Estoy re cansada. Ya se lo dije a Hernán. Incluso antes del mismo día en que me diera el alta terapéutica. Miles de veces se lo dije. Pero él insiste en que mi pensamiento infantil me desvía del flujo de la vida. De la aceptación de su ambivalencia. Repite que lo interesante y el desafío es, como para todos los mortales, aprender a convivir con eso de otra manera.

Lo entiendo. Sigo intentando construir mi baldosa, la baldosa en la cual quiero vivir de una manera más fácil o por lo menos más cercana a la realidad que pretendo sentir.

Pero necesito que me vea ahora. Necesito grabarme y enviarle este documento para que comprenda de lo que le hablo cuando le digo que no soy normal. Necesito llamarlo y contarle del estado en el que estoy. No quiero molestarlo: son horas en las que la gente sana duerme.

Pero creo que es una necesidad que él —y no solo él, también mi psiquiatra— corrobore que esa respuesta que me dio me está resultando insuficiente, casi insultante. Yo acepto, o trato. Pero el dolor —el dolor sin nombre, sin objeto— otra vez acá invadiéndolo todo, atravesándolo todo, me empuja a querer desaparecer. Ojo. No estoy queriendo decir que para siempre. Comprendo que a primera línea parece contradictorio, pero no lo es. Es metafórico. No está al alcance de cualquier intelecto lo que acabo de decir. Lo que yo necesito es tirarme: agarrarme del cuello de la camisa que no tengo puesta, abrir el tacho de basura y dejarme ahí.

No para siempre, por supuesto que no. No estoy loca. Tirar mis pertenencias. Incendiar la casa. Por Dios y la Virgen Santa que estalle toda la humanidad. Algo radical e inmediato. Una experiencia cumbre. Vital.

Otra vez el espejo. Mi cara frente a este espejo. Los aros de las manos de la tijera son de juguete. Ni siquiera me entra el meñique. *Me vas a entrar.* El flequillo. Voy a empezar por el flequillo. Ahí va. Lo levanto, ubico por fin las pequeñas cuchillas sobre la raíz y de repente la voz del miedo se hace presente. Mi voz interna. Mi voz

prudente. Mi voz cautelosa. Mi voz errada me dice que no. El rapto de lucidez otra vez dijo presente para arruinarlo todo. *Vas a quedar pelada, Carola. Sí, querida. Bien pelada. Pero en la misma cama que te retiene hace meses con pelo.*

No es un paisaje que me guste demasiado, y cubierta de enojo, revoleo la tijerita a la mierda. *Perdón Tomás. Mañana que ya debe ser hoy, te compro otra, hijito.* Sin tijera, frustrada, con los pelos parados como un plumero dirijo la mirada hacia la baulera de mi placar y tironeo las manijas de un bolso que me está mirando desde lo más alto de la pared. Cuando cae sobre mi cara me doy cuenta de que no está vacío. Las botas del invierno reposaban allí y me dan mi merecido por haberlas despertado. Con la nariz cubierta de sangre, me arranco el bolso y manoteándome del aire para no caerme por semejante peso, escucho el ruido del espejo de las puertas de mi placar: se quiebra y estalla. *Mierda. Mierda. Mierda. Siete años de mala suerte. No lo puedo creer.* En medio de la maldición, logro sacarme el bolso de encima y ponerlo arriba de la cama. Lo abro para darlo vuelta y sacudirlo hasta que no quede nada. Entre aullidos descontrolados y una fuerza salvaje ya conocida, arranco la ropa de las perchas, lo que sea, camperas, remeras, jeans, un par de bombachas y medias de los cajones y el resto que ya no sé qué es… La fuerza con la que cierro el bolso rompe el cierre. Los siete años ya empezaron. Lo tiro al piso y le pego una patada. Odio. Es odio. Hartazgo. Busco plata que no tengo, le escribo un mensaje al papá de los nenes avisándole que me voy por un tiempo. Intento precisar cuál de los diez pasaportes que tengo en la mesita de luz es mío, y cuál de los míos no está vencido. Antes de dar *enviar* al

mensaje, diviso a lo lejos el barral de hierro, ese que cruza de punta a punta sosteniendo el ochenta por ciento de mi indumentaria. Repleto. Está repleto. Entre la maraña de perchas, observo mi campera de nieve que nunca usé, y que por algún motivo ahora considero que es imprescindible. Estiro el brazo para arrancarla de un tirón y en el mismo gesto siento un crujido metálico seco. Los dos extremos del barral se tuercen y de golpe todo el peso se viene abajo: perchas, camperas, pantalones, compras inútiles que fui acumulando cada vez que intenté tapar el vacío. La avalancha de tela y plástico me cubre los pies. Me quedo quieta. Tiesa. Mirando el desastre con una mirada soberbia. Altanera. Fuera de lugar. No es solo un placar derrumbado; es mi vida entera cayéndose con ese ruido, todo lo que fui apilando para no sentir de repente dice basta. Basta.

Basta.

Basta.

El llanto sale de un tirón, sin aviso, y en ese momento lo sé: esta es la gota que revienta el vaso. El disparo final que abre la herida y deja escapar todo lo que venía conteniendo. Los nervios, la furia, la impotencia, la locura, otra vez la locura dice presente.

Vidrios por todos lados.

Mierda por todos lados.

El desastre.

Mi cuerpo estresado y castigado me deja tirada en el piso. Una vez ahí tumbada, todo empieza. La verdad empieza a ser revelada.

Lloro con el estómago hasta el cansancio, con un silencio ahogado retenido. Aprisionado. Lloro y lloro acurrucada en ese suelo cubierto de pelo, tijeras, botas, sangre, perchas, telas, vacío, sin nadie que

me contenga, que me dé abrigo, amor, consuelo. Una palabra sale de mi boca. Una sola palabra de manera compulsiva. Un grito. Un pedido implícito. Una palabra: el nombre de mi vacío, el agujero en el pecho, un pozo oscuro interminable que no conduce a ningún lado. El nombre atrapado en manos de palabras que no podía nombrar, ni tipear. La muerte de mi creatividad. El miedo atorado en la garganta a volver a caer en las garras de esa cama devenida en un ataúd. Un fantasma. Un fantasma que sigo cargando por una simple razón: no quiero soltar. No quería. *No quiero. No puedo. No me animo. No es justo. No. No.*

No te vayas. No me dejes. Por favor. Ayudame. Ayuda.

Un nombre. Una palabra.

Una palabra que escupe mi boca como una llama de fuego y se desparrama por toda la habitación manchándolo todo.

Incendiándolo todo.

Limpiándolo todo.

Dolor.

La muerte otra vez. La cama deshecha. La vida deshecha.

Una mujer de cuarenta y siete años en posición fetal que en ese momento tiene cinco. Pateando el piso. Rogando consuelo.

Ayudame. Por favor, ayudame. Sacame de acá. No te vayas. No me dejes.

Una palabra enredada en las tripas, desdoblándome lentamente por cada uno de mis órganos hasta que, por fin, por fin, puede ser exorcizada.

Mamá.



3

El llanto excedido se fue apagando de a poco a medida que mi llamado se iba debilitando. El grito se fue convirtiendo en un susurro que apenas yo misma podía oír. El aire recuperó su respiración, me abracé y comencé a respirar yo también. De a poco, el dolor se fue transformando en autocompasión y fui calmando a mi yo vencido con caricias, le di una mano tierna e invisible. Me empujé despacio para ponerme de pie apoyándome del aire como si hubiera dos barandas fuertes y seguras. Caminé lento hasta el baño y sin mirarme al espejo me mojé la cara con abundante agua fría. El ardor en los ojos era punzante y la cabeza me empezó a latir como si tuviera corazón propio. El llanto, aquel llanto primitivo inicial, empezó a parecerse más a esas sacudidas espasmódicas que tienen los nenes después de que se les pasa el berrinche o el desamparo. Saqué un broche de pelo del cajón y me armé un rodete improvisado. Levanté la vista. El espejo estaba ahí, enfrente. No era mi reflejo. Era algo que me miraba de vuelta. Me desafiaba a no bajar la mirada. Sostuve el cruce hasta que el grifo de adentro se destrabara. Y ahí estaban ellas. Desbloqueándolo todo. Purificándolo todo. Palabras. Las palabras volviendo a la vida.

Palabras. Palabras. Palabras.

Una detrás de la otra.

Sin pensamiento mediante. Sin freno.

Mamá.

No me sirve que estés adentro de mí, mamá. No me importa que mis gestos sean tus gestos, y que tu voz resuene en mis oídos, por suerte o por desgracia, de manera intacta. No me alcanza con que seas recuerdo vivo. Sangre y memoria. Eso es poesía, mamá. Metáforas. Frases de autoayuda barata. Pelotudeces. Yo te necesito acá. Afuera, como corresponde. Mirarte. Tocarte. Escucharte. Que me escuches. Que te enojes. Que te quejes. Que tu llamado sea algo que potencialmente pueda suceder en cualquier momento. Ni alma. Ni cenizas. Ni cielo. Acá, mamá. Las madres están acá. A-cá. Sí, señora. A-cá.

¿Cómo puede ser que no te des por aludida y te hagas presente de alguna manera? Eso es algo que no lo puedo entender. Me esfuerzo, te juro, pero no lo entiendo. Además, siendo realistas, no me lo merezco. Si hay algo que no me merezco es tu ausencia. ¿No me ves? ¿No te dan ganas de abrazarme un poco y decirme algo? ¡Mirá vos lo que te estoy pidiendo! ¡Migajas! ¡Puras migajas! Claro que me doy pena. Por supuesto que sí. Es que perdí el orgullo, ¿no te das cuenta? Es más fuerte el dolor de la abstinencia que el intento de conservar la dignidad. Poné el grito en el cielo, carajo, que para algo estás ahí. Pero da señales de vida, o de muerte. Algo. No sé bien cómo sería el asunto, ahora que lo pienso. ¿Acaso pedirle a un muerto que dé señales de vida es lícito? No lo sé, no me termina de quedar muy claro, pero no me interesa. ¿Viste la hora que es? Además, ¿cuándo tuviste reparos de algún tipo vos para hacerme de paredón ante la vida y atajarme las pelotas más pesadas? ¿La muerte te volvió indiferente? ¿Ya dejaste de atacar al mundo con los dientes filosos cada vez que alguien está a punto de

hacer el mal? No es que me estén haciendo algo malo. Te aclaro. Es que me pierdo a cada rato, mamá. No encuentro la vuelta para salir de estos laberintos emocionales en los que caigo cada tanto. ¿A quién le voy a pedir amor, mamá? ¿Dónde está papá? ¿Dónde están todos? ¿Dónde están todos, mamá? ¿Se tenían que ir todos, mamá?

¿Dónde estoy yo?

¿Quién soy, mamá?

Sostuve la mirada cansada frente al espejo unos pocos segundos más, como si de allí pudiera brotar una respuesta a una pregunta que no tenía. Pero nada. Solo el silencio. Di media vuelta y, derrotada, fui apartando las cosas desparramadas por todos lados. Mi dormitorio parecía un campo de batalla. El ruido visual me golpeó los ojos como un zumbido constante. Sentí rendirme por dentro y por fuera. Una rendición poética. Me arrastré sobre la cama y al alcanzar una almohada la abracé como si fuera un salvavidas. Caí en la cabecera destrozada, con el cuerpo pesado, como si hubiera nadado mil metros en mar abierto.

¿Seguir para qué?

Seguir para seguir.

Con el cuerpo todavía dolorido, me giré lentamente hasta quedar con la espalda apoyada en el respaldo. Crucé las piernas en posición de loto y llevé mi mano derecha al vientre. Al inhalar profundo, una idea luminosa se abrió paso en mi mente. Sonreí. La idea me hizo sonreír con un dejo de esperanza. A punto de cerrar los ojos para entrar en estado de calma, algo en mí se rebeló. Me moví abruptamente hasta que llegué a la orilla de la cama. Me senté. Estiré la mano y tomé el japamala que cuelga del cuello del Buda

que me mira desde el mueble del televisor. Gordo puro, sonriente, beatífico. Mi Buda amado. Pensar que te trato como a un hijo. Todos los santos días te alimento con incienso, te limpio el polvo, te rasco la panza, te lustro la pelada, te dejo el vaso que más te gusta lleno de agua. Renuevo la vela que te alumbra… ¿Y vos? Nada. Ni un guiño. Ni una mueca. Ni una puta señal.

Siempre sonriendo como si nada pasara, con esa indiferencia metafísica que me confunde. ¿Dónde está la empatía de la que tanto hablan y promueven los tuyos? ¿No me ves cómo me desarmo cada cinco minutos? ¿No escuchás mis ruegos y plegarias? ¿De verdad esta es tu función? ¿Sonreír estoicamente y fomentar la concentración y la paciencia que estoy perdiendo? ¿Realmente podés no involucrarte en el dolor del otro? O peor aún: ¿te causa gracia traicionar a aquellos que te dan alimento, techo y calidez humana?

Perfecto, no vas a responder; evidentemente nada te conmueve. De todas formas, confío. En última instancia es tu silencio el que me deja tranquila. Puedo ser vos ante tu mirada de mi totalidad.

Sé que no tenés prejuicios.

Tu secreto profesional me da seguridad. Y lo agradezco: no hay registro alguno, al menos que yo sepa, de un Buda que haya violado la confidencialidad. Entiendo que debe ser un pacto ético milenario, no lo sé, pero de alguna manera promueve mi libertad interior.

Me acompañás.

No me dejás sola.

Nunca te vas.

No me mirás mal.

No me mirás…

Gracias, gordito. Tu presencia importa. Claro que importa. Solo que, en la desesperación, espero de más.

Siempre espero…

Y perdón si rio. No es para tomarte el pelo.

Es la sonrisa extraña del *insight.*

Sonrío porque acabo de entender que *esperar* es una palabra potencialmente letal.

Una palabra traicionera.

Esperar…

Cuántas veces suspendí la vida aguardando que las condiciones fueran las adecuadas para vivirla.

Cuánto tiempo perdí y sigo perdiendo en esa pausa disfrazada de esperanza.

Me escapo del pensamiento y vuelvo al cuerpo. Apoyé los dedos en el japamala, lo acaricié con las puntas de principio a fin. Fui pasando las cuentas una a una, recorriéndolas despacio, como si cada una contuviera un pedacito de mi ansiedad.

Sentí placer.

Relajación.

Armonía.

El registro del tacto perdido.

Por cada cuenta, nombraba un problema. Por cada problema, un *check* mental. No era un mantra. Ni una plegaria. Era un ritual propio, un inventario que me permitía poner fuera del cuerpo todo lo que llevaba adentro durante tanto tiempo y que hasta hace un rato no podía soltar.

—Ok, Carola. Vamos a calmarnos. La situación es esta: Tu mamá se murió y por lo visto no tiene intenciones de regresar.

Check check

—Tu papá se murió.

Otro. Check

—Digamos para resumir que la familia que tenías ya no la tenés más.

Ni la primera. Ni la segunda. No es tan grave. Tenés tercera.

Check check

—Ya te mudaste varias veces y nunca ningún lugar te hace sentir bien.

Check

—Este vecino es un sorete. La cantidad de ruidos que genera por segundo toda su familia atenta contra la salud mental. Pero, nada te garantiza que el próximo sea una buena persona.

Check

—Tu situación económica se complicó y tampoco te permite maniobrar demasiado.

Check

—El año pasado intentaste morir, pero tampoco te salió bien el experimento. Secuelas. Quedaron secuelas.

Check

—El panorama con Julia está peor. Lo sé. Extrañás a tus sobrinos. La extrañás a ella.

Check check

—Lola está mejorando, pero no como vos quisieras.

Check

—La idea de la casita en el campo se diluyó.

Check

—Hasta ahí vamos bien. Es una forma de decir, claro. Porque bien, una mierda.

—Pero seguimos.

—No pudiste regresar al trabajo, eso te aísla demasiado. La perra inmunda de la psiquiatra que maltrataba a los pacientes delante de tus narices sigue dañando. Tu imposibilidad de regresar no favorece a nadie.

Triple check

—Tus intentos amorosos fueron uno peor que el otro. No podés romper con el patrón de repetición. El miedo al abandono manchándolo todo. ¿Cuántas veces la cagaste, Carola? Todas.

Mil checks

—Los últimos choques con el auto.

Check check

—El insomnio, claro. Eso también va.

Check

—El bloqueo, el bloqueo. El coma artístico.

El peor de los *checks.*

Lo sé. Es una mierda. Todo esto es una mierda. Siendo objetiva, como dice Sofía, el hecho de acumularlos hace parecer de este panorama un horror, pero de alguna manera siento que, en cada pasada, se aclara el paisaje, se ve mejor, se respira distinto. Incluso, estoy llegando a pensar que es una recaída depresiva más humana, más común y silvestre, sin un diagnóstico tan taxativo, eso que la gente normal le dice bajón o mal momento, o podemos pensarlo

como una respuesta entendible frente a todos los avatares de la vida. ¿Un nuevo replanteo existencial? ¿Una puerta de entrada a la menopausia? Pero, ¿y la escritura? ¿Meterse con mi vocación? ¿Con eso que te conectaba de manera inmediata con la magia, con la adrenalina y con el placer? Me parece un montón. Es entregarlo todo. Es quedarte sin nada. Entiendo que el amor de tus hijos es sanador, pero estos chicos van a crecer y también te van a dejar.

No podés darlo todo. Entregarlo todo. Vaciarte así. Pelada o en Afganistán, o lo que es peor, pelada y en Afganistán, las cosas no se van a poner mejor.

¿Tu mamá se borró? ¿Está por fin pasándola bien y no te atiende? ¿La llamaste? Pero no como recién. Ahí tirada en el piso como una nena desamparada. ¿La llamaste? ¿La convocaste? ¿Dónde están las velas, los sahumerios, la foto, y los puchos que te guardaste de recuerdo para invocarla en un buen ritual con mayor precisión? Esto que te digo, ¿atenta contra tu racionalidad? ¿Y? ¿No te vendría mejor abandonarte a otros mundos, a otras realidades, a otras lecturas, incluso a otras formas de comunicarte que te saquen de esa lucidez enfermante que te enloquece con ideas y rumiaciones permanentes que no tienen salidas ni atajos?

Llamala, Carola. Llamala. ¿Qué más podés perder? ¿La cordura? ¿Tenés miedo de volverte más loca?

¿Miedo?

Ojalá. Ojalá pudiera. No hay nada que quiera más en la vida que salvarme de este mundo de mierda. Te juro. Y ya no me refiero solo

al que está allá afuera. Ojalá pudiera.

Cerré los ojos. Inhalé profundo y exhalé como un caballo. Puse un punto final en el aire a mi monólogo y, enseguida, lo borré para reemplazarlo por una coma.

Volví al baño. Me mojé el cuello. Me acomodé el rodete. Miré la hora.

Me puse una campera que encontré tirada en el piso.

Una cuenta más del japamala: mi mamá que no contesta.

Check.



4

Camino hasta mi altarcito. Mis cuatro elementos siempre en orden: la pluma, la piedra, la copa con agua y la vela encendida. Acomodo el portarretratos de mamá y la miro fijamente a los ojos. Le sostengo la mirada, muevo el cuello de un lado al otro y pongo las manos en posición de rezo.

Una voz que supongo que es la mía me dice que soy una ridícula: *los judíos no rezan*. Pero bueno. Estoy dispuesta a usar las herramientas que existan, incluso a robarlas a otras religiones si es que hace falta. Nadie me ve y ya no sé cómo convocar a los muertos de manera efectiva. La sigo mirando con las pupilas clavadas, esperando a que aparezca como si se tratara de una cita a la cual ni se me ocurre pensar que no va a venir. Sigo ahí de manera estoica hasta desarmarme en el suelo. Tomo el almohadón donde tenía apoyado el culo y me lo pongo en la cabeza. Me tapo con una sábana que estaba colgada secándose en la silla de atrás. La descuelgo sin mirarla siquiera, cierro los ojos y me rindo, dejo que la inspiración explote con un soplido bestial:

Mamá… Mamá.

Los pensamientos se mezclan con el sueño y por fin me duermo.

O eso creo.



5

A ver, Carola, sacate esa campera… ¿Es mi campera? ¿De dónde sacaste mi campera? Con toda la ropa que tenés colgada, ponerte la mía… ¿Es como una forma vulgar de demostrarme tu aprecio? Despertate y escuchá lo que te digo, porque yo sí tengo sueño y me quiero dormir. De ninguna manera creas que esto es una respuesta a tu pedido caprichoso. Esto es al revés. Mamita está cansada. Lo podés entender, ¿no? Cansada.

¿No querías empezar de cero, Carola? ¿Y cuál sería el cero? Porque me cuesta entender tus pensamientos filosóficos, te pasás la vida queriéndole encontrar la vuelta a todo. Resolverlo todo. Analizarlo todo. Cuestionarlo todo. ¿Para qué? ¡¿Para qué?! Creéme: todo eso te impide vivir. Te impide ver lo que tenés frente a vos. Sofía tiene razón. Las dos te lo decimos porque te queremos. Pero si sos mi hija. ¿Cómo no te voy a querer? Me morí y tenés que entenderlo. ¡Pum! Mamita se murió. Listo. Chau. No sé por qué con algo tan simple te complicás tanto.

A vos lo que te cagó la cabeza no fue Nicolás. Siempre dije que era un buen yerno y lo sostengo: mirá qué bien me recuerda y sin pedirme nada a cambio. A vos lo que te cagó la cabeza fue la carrera de Psicología. Es una carrera que no sirve para absolutamente nada. Te lo dije cada vez que pude, pero claro: Mamita no sabe nada. Te enojabas conmigo por mi forma de

expresarme. Ahí tenés. Mirate ahora. No quiero decir que siempre tuve razón, porque no es mi modo. Pero es que la tuve. Sos terca. Siempre fuiste terca. No terca. Crédula. Sensible por demás. A ver, Carola. Ordenate. No siempre todo es tan profundo. A veces simplemente tenés sed, tomás un vaso de agua, se te pasa el problema existencial y listo. Chau. Se terminó la historia. En esa búsqueda constante de quererte encontrar, te veo dando vueltas como un perro que se persigue la cola. ¿Qué es lo que pensás que vas a encontrar? ¿Petróleo? A esta altura ya no te debe quedar nada en la cabeza, mi amor. La gente no se encuentra. Se hace. Se construye. No te digo que agarres la pala porque gracias a Dios y a mi familia que puso la guita para que estudies, tenés una excelente formación universitaria y, por el momento, te da de comer. Pero hacé. Ponete a hacer, carajo. Decisiones son lo que te falta. ¿No sabes dónde estás? Hacé como hace Mamita y abrí los ojos. Porque yo sí te veo. Te veo perfectamente. Así de simple y así de sencillo. ¿Tu psicólogo, esto no te lo explica?

A ver, Carola. La música que escuchás no te hace bien, no te ofrece nada positivo. Es una mierda que deprime a cualquiera. Siempre sostuve que por eso se te mueren las plantas. Esos libros. Leo los títulos y me desconciertan ¿A dónde te llevan esos libros? ¿Cuál es la historia de leer tragedias? ¿Hay necesidad? Es algo que mi cabeza no lo puede entender, te lo juro.

Palo santo, sahumerios, velas… Pienso en los chicos y se me frunce el pecho, te lo juro. Un museo, querida. Eso es un museo. ¿Sos consciente? Me da mucha pena la cabeza de esos chicos tan

buenos que tenés. No les gusta. Se sobreadaptan. ¿Sabés el miedo que deben tener?

¡India! Carola. ¡India! ¿Te acordás cuando te fuiste a India? Por el amor de Dios. Lugares mugrientos sí los hay. Mojándote con el agua de los cadáveres como si fueras bendita. ¿Cadáveres? ¿Podés entenderlo? Toda tu vida hiciste arcadas cada vez que veías cagar a tu propio perro, pero para sumergir tu cuerpo entre órganos ajenos y podridos, te sentís elevada. ¿Sabés lo que fue para mi estómago ver esas fotos? El pelotudo de tu papá, negador como siempre, buscando en el mapa los lugares donde estabas porque se negaba a creer que efectivamente existían. No es misticismo. El problema es que no hay cementerios. No hay dinero. Los muertos van al río por cuestiones económicas, no espirituales. Lo de la limpieza kármica y la mar en coche es para inocentes como vos. Esas cosas son las que te hacen mal. Esas. ¿A qué? ¿A qué una mujer tan importante como vos va a la India, un viaje de más de cuarenta y ocho horas, a caminar descalza pisando ratas como una hippie? Te dije que en el conurbano es la misma historia y llegás en colectivo en veinte minutos. Qué conurbano, por favor. Ahí nomás, a la vuelta de tu casa. Todo eso es un negocio. La gente se hace pastora o monje de vaga, Carola. ¿No te das cuenta que tampoco hay fuentes de trabajo por aquella zona? Se sientan en el pasto porque no tienen ni para una silla, querida. Hacen ayuno porque no hay para alimentos. No tienen guita, Carola. ¿No lo pensaste? ¿Realmente vos creés en los reyes magos? Elegís mal. Sos poco astuta. Te falta sabiduría para elegir. Inclusive cuando le pedís al Universo, pedís como el culo, Carola.

Escuchame una cosa. El abogado. El abogado de la sucesión de *mi* casa. *Mi* casa. Porque, claro está, que más allá del dolor de que vos y la *otra*, me refiero a tu hermana, me la hayan ultrajado en un momento en que no podía plantar batalla, te lo puse para que te cuidara. Si supieras cómo se me dieron vuelta las tripas cuando las vi tomando dinero que no les pertenecía, Carola... Pero, sin embargo, Mamita siguió cuidando de vos. A pesar de la traición te puse primero ¿De dónde pensás que salió ese muchacho? Me ocupé personalmente de que no te cagaran. De poner un tipo honesto. ¿Te pensás que fue fácil dar desde acá arriba con un tipo digno? Sabés mejor que yo que es casi un imposible y, sin embargo, Mamita lo consiguió. Para eso fue puesto en ese lugar. ¡Para cuidarte, Carola! ¡Para cuidarte! Ahh… estás haciendo memoria, ¿no? Exactamente. ¿A quién llamaste en el último momento para decirle que te sentías culpable por ir a cobrar una plata que yo no hubiera deseado jamás que mis hijas me robaran? Exacto. A él. ¿Y qué hizo el abogado, Carolita? Te cuidó. Te alentó. Te acompañó. Te convenció. Esa era su misión. Para eso estaba, querida. No para que te encames con él. No para que te enamores… Ta' que lo parió. Yo veo eso desde acá y me agarro la cabeza. Lo volviste loco, Carola. Loco. Vos no estás para estar con nadie. No se puede *que sí que no que sí que no*. No sé qué clase de medicación te están dando, pero yo te observo muy desregulada. Mucha ansiedad, mucho nerviosismo. Que sepas que cada vez que te veía enloquecerlo con tus inseguridades, mi cuerpo temblaba. ¿Vos sabes que acá no hay puchos? ¿Te lo pusiste a pensar alguna vez o todo se trata de vos? No hay kioscos. ¿Sabés cómo estaba? Yo creo que no me dio un infarto de miocardio

simplemente porque estoy muerta. Es que quiero que lo entiendas, Carola: perdíamos a este hombre con lo que me costó encontrarlo y ahí sí que colgaba la toalla y que Dios te ampare. No se puede estar con una persona defendiéndote de algo que todavía no te hizo. No lo estoy protegiendo, probablemente te hubiera lastimado, de eso no me cabe la menor duda. Pero, hubieras esperado a que lo hiciera, por lo menos para angustiarte justificadamente. La verdad es que verte pidiendo que vuelva y rezando para que no vuelva, ansiosa para que te llame y aterrorizada por si lo hacía, deseando que te elija, respirando cuando no lo hizo, fue muy frustrante. ¿Desde cuándo te volviste tan insegura? Qué equivocada estás si pensás que fuiste criada de mala manera como para valorarte tan poco. ¿Hasta cuándo tenemos que pagar los padres la factura de los problemas mentales de los hijos? Y encima con semejante IVA. Terminala. Sos una mujer adulta. Creéme que pienso que quedaste tarada como secuela de las pastillas que te tomaste aquella vez, todavía no sé por qué motivo. ¿Por qué te tomaste las pastillas, Carola? Qué quilombo armaste aquella vez… ¿Te acordás? Pobre Nicolás.

Todo te lo complicás. Vivís pensando cómo vivir. Tu vida trascurre en tu cabeza. Eso es lo que te hace mal. Yo lo entendí. Está bien, es verdad. Tuve que morirme. Pero al menos lo entendí y por eso te lo advierto. Que sepas que ahora mismo, con esta información, estás corriendo con una ventaja que yo no tuve: Sé un poco más agradecida y ¡usala! ¡Aprovechá! Y una cosa que no puedo dejar de decirte y por supuesto que para nada quiero que lo sientas como un reproche… pero, Carola, pasaban días sin que me llamaras. Sin que me visitaras. Con el resto de tu familia lo mismo. Y ni qué hablar de

todos los pelotudos y pelotudas que te lamentás de haberlos perdido. ¿Sabés cuál es tu tema? Para vos las cosas brillan por su ausencia… Exactamente. Brillan porque están ausentes. Ese es el error que cometés. Poner los ojos donde ya no hay nadie ni nada. La ausencia es lo que las hace brillar… y yo no quedo afuera de esa mentalidad retorcida. Por supuesto que no soy estúpida. ¿Te creés que me creo que ahora te diste cuenta de todo lo que Mamita era? Ceme' el favor…

Volviendo a lo que sí te importa, cuando Mamita te decía "lo distinto", "lo otro", "el camino inverso", me refería a lo otro de vos. Esas versiones tuyas que te hacen bien. Volvete a la fuente, Carola. No te transformes en alguien distinto. ¿Entendés lo que te dice Mamita? Volvé a vos de una buena vez. Al origen. Adentro. A jugar. Carola, divertirte, reírte, probá cosas nuevas. ¿Querés ser Heidi en la pradera e irte a vivir al campo? ¡¡Hacelo!! Dejá de llorar y hacelo. ¿De quién carajos estás esperando el permiso? ¿De mí? ¿Desde cuándo te importó lo que yo pensara? Siempre hiciste lo que quisiste. ¿Alguna vez te dije que no a algo? ¿Querés dejar ese trabajo de mierrrrda que no te hace bien? ¿Que te enloquecen? Hacelo. Hacé lo que quieras, pero tomá decisiones. Y, lógicamente, asumí las consecuencias. ¡Bienvenida a la adultez! Pero dejá en paz a esa estatua redonda, Buda, como mierda se llame, devolvele el collar de perlas y madurá de una vez.

Sé que no sos estúpida y sabés de lo que te hablo. Mirá a tu alrededor. Abrí los ojos. Carajo. Miralo. Ay, Carola, la puta madre. Estoy cansada, la verdad, estoy muy cansada. ¿No te das cuenta de

que tu psicólogo y tu psiquiatra no te sirven? Cada vez estás peor. Te lo tengo que decir. Nadie se te anima porque tienen miedo de que te enojes, o que te pongás mal. A mí me importa tres carajos cualquiera de las dos posibilidades. Soy tu mamá, si no te lo digo yo, ¿quién? Tantos años estudiaste de esto y no te diste cuenta de que pensás mal. ¿Cómo puede ser que la gente que se dedica a lo tuyo pueda ayudar al resto y estén tan perturbados de la cabeza? Claro está que no sos la excepción a la regla, esto que te digo es un saber universal. Por eso, yo siempre me resistí a ser atendida por ustedes y me resolví solita. Te enloquecen más. Sos la prueba viva de esto que Mamita te dice. Esa gente, perturbada como vos, seguramente por otros motivos, intentaron encontrar la respuesta en la carrera, pero ese no es el mayor problema. El problema está en que es la misma gente retorcida que después te quiere curar. ¿Te das cuenta de que te metiste en una estafa piramidal comandada por un cocainómano, Carola? A tus clientes deciles lo que quieras, pero conmigo, no. Si hay algo que no soy es retardada. El doctorcito Freud le daba sin asco. Lo vi con mis propios ojos en un documental de HBO. Está probado. Pero ese es tu gurú y el de toda esta secta. Ahí lo tenés.

Volviendo a lo nuestro, Carolita: te pido un favor. Un gran favor de la manera más amorosamente posible en que una madre te lo puede pedir: Dejame de joder, Carola. Dejame de joder. Pero no solo a mí, y en esto me voy a meter, pero esta vez también hablo por el pelotudo de tu padre, porque él no te va a decir nada. Siempre fue honesto, muy honesto, buen padre, por cierto, pero cagón como todos los de su género. No le guardo rencor a pesar de todo el daño

que me causó. Y sabés perfectamente que fue una mierda de marido. Pero yo ya lo perdoné hace rato. Al fin y al cabo, más allá de arruinarme la vida, hizo lo que pudo. A tu abuela mucho no se le podía pedir, tampoco.

Otra cosa: sacá la foto de nosotros de tu mesita de luz (que de luz no tiene nada). Transformaste tu casa, esa casa que tanto te costó comprar y decorar, en un museo. Es un cementerio. ¿Quién te dijo que eso nos honra? ¿Ese es el recuerdo que nos toca? ¿Por qué estás usando mis anillos? ¿Mi perfume? ¿Te volviste loca? Ahora te acordaste de las medias térmicas. ¿Qué hacés durmiendo abrazada a ese par con unicornios violetas? Cuando me cagaba de frío, no fuiste capaz de traerme unas medias. Viva las necesitaba. No ahora que estoy muerta ¿No había otro modelo? ¿Sabés que es eso? El abrazo de la culpa que te martiriza y a mí no me devuelve lo que no me diste cuando te lo pedí. ¿Podés tirarlo?

Todavía no tuve el gusto de ver a tu padre más de cinco minutos para decirle todo lo que me pediste en terapia intensiva. ¿Sabés por qué? Porque cuando estaba a punto de sentarme a charlar, me volviste a llamar. ¿Pero sabés dónde estaba el pelotudo? En una hamaca. ¡En una hamaca! Balanceándose como un chico de siete años. Sí, tu bobe y tu zeide abajo mirándolo mientras aplaudían los dos. Por eso no contesta. No porque no te quiera. No te va a contestar ni él ni nadie porque están divirtiéndose. ¿Qué querés que te diga? Lo vi yo, no me lo contaron. Lamento si te duele mi honestidad, pero no es cuestión de juzgarlo, de manipularlo emocionalmente, ni de que armes en tu dormitorio un santuario. Es

cuestión de que aceptes y entonces cuando aceptes, quizás, se te ocurra dejarnos descansar en paz.

No quiero ser tu rehén. No me conviertas en un fantasma pululando por ese limbo de mierrrrda. No me lo merezco. Allá abajo ya la pasé bastante duro. No me retengas en tus espaldas. No soy una mochila. ¡Soy Mamita! Dejame subir. Me quiero morir de verdad. Entera, ¿comprendés? Todavía no vi a todos los míos. Voy y vengo como una vieja pelotuda, Carola. Estoy obstaculizando el paso a los que entran. Esta gente me mira mal y no quiero empezar a las puteadas porque soy *la nueva*. Hace un año soy la nueva porque no puedo adaptarme nunca, porque cada vez que lo intento empezás a llorar. Si vieras la cantidad de gente que entra por día, serías más solidaria. Te desconozco. No te crie así. Es realmente preocupante tu demanda y me vuelvo a preguntar dónde carajos está tu psicólogo. ¿Conocés algún muerto que haya vuelto? ¿Lo viste? ¿Realmente creés que Cristo resucitó entre los muertos, Carola? Vos sos judía, ese cuento no nos pertenece. Nosotros lo estamos esperando. Todavía no llega, y por cómo viene la mano no te sientes a esperar porque la humanidad se termina antes que aparezca este hombre a salvarlos. Te lo explico, porque cuando te escucho los click check click check click, no sé qué carajos, me pregunto si podés ser tan estúpida de ponerme doble click por morirme y por no regresar. No es así, Carola. No es así. Mamita sabe lo que te dice. Vos contás doble abandono porque tu cabeza no funciona bien. Los muertos no abandonan, querida. Se mueren. Dejan de respirar. ¿Te lo tengo que explicar otra vez? ¿No lo hice cuando estabas en el jardín? ¿Acaso

pensás que alguien va a robarte tu duelo, tu protagonismo, tu depresión?

Ay, Carola… siempre fuiste tan complicada. Tan sensible. Tan tonta, mi amor. Te voy a cuidar. Claro que te voy a cuidar, pero para cuidarte tengo que subir. ¿Sentiste lo que te estoy diciendo? Dejame subir. Me vas a sentir como la brisa del viento, te lo prometo. ¿Alguna vez te mentí? Aceptá de una vez las cosas y confiá. Tenés que crecer, Carola. No puedo verte más así. Es frustrante. Casi cincuenta años, nena. Comprate un perro, querida. Nunca te descuidaste tanto, estás espantosa, por favor. ¿Te volviste anoréxica? Me sorprenden mucho tus ojeras. Están demasiado oscuras y eso de mí no lo sacaste. Yo a tu edad era una hermosa mujer, no necesitaba nada más que lavarme la piel con jabón para estar regia. Y si querés, te cuento los golpes que me dio la vida. Te los contaría, pero no. No, porque yo sí quiero avanzar. ¿Te pensás que la vida es difícil para vos? Quiero seguir hacia adelante. Arriba. Dejame abrir las alas, convertirme en un angelito de esos que te gustan a vos, Carolita. Esas boludeces que disfrutás y que solo vos te las creés.

Dejame sobrevolarte, hacerte escuchar el ruido de mis alas y todas esas pavaditas. No me merezco ser un fantasma. Sacame de acá atrás. De esta oscuridad. Dejame subir, Carola. ¿Podés entender que acá, en el medio de la nada, hay olor a podrido? Este paisaje no es agradable para nadie. No tengo fuerzas, te juro. Soltame, Carola. Dejame ir. Confiá en mí al confiar en vos… ¿Quién te pensás que te crio? Qué mal me hacés quedar…

Escuchame bien lo que te voy a decir porque después de esto, este cuerpito sí que se retira y no me ves más. ¿Necesitás que te diga lo que tu corazón ya sabe? ¿Eso es lo que querés? Perfecto.

Entonces, escuchame bien, Carola, escuchame bien, porque esta vez los clicks los pongo yo.



6

Lo que escuché de Mamita queda en mí.



7

Todavía tirada en el piso, con la sábana sobre mí, abrí los ojos de repente. Vi los pies de Tomás y Manuel frente a mis ojos y levanté la mirada como si hubiera vuelto de un apagón interno, desconectada de la realidad, desconcertada.

Escuché sus preguntas sin verlas salir de sus bocas:

—Ma, ¿qué hacés acá tirada?

—¿Te caíste? ¿Querés que llame a papá?

—¿Por qué tenés la sábana puesta?

—No encuentro mi mochila.

—¿No desayunamos?

—¿No hay clases? Tenemos que ir a la escuela.

Bostecé sin moverme del suelo. Me estiré, me desperecé. Sentí que había dormido profundo, tan profundo que me costaba emerger a la superficie. Una sonrisa se dibujó en mi cara al mirarlos otra vez.

Le tendí la mano a Manu y me levantó con fuerza. Le di un beso a cada uno. Apagué la vela que seguía prendida desde el día anterior, besé la foto de mamá y guardé su portarretratos en el cajón de la mesa. Sin saber el motivo, la razón ni la circunstancia, sonreí. Subí corriendo las escaleras para vestirme. Bajé la mochila de Tomi y, antes de cerrar la puerta, mi propia voz salió limpia, purificada.

—Gracias, ma. Tenías razón. Mamita sabe.



8

De: Hernán Bruno
Para: Carola
Asunto: Cuestión de gerundios

¿Pero cómo anda mi querida paciente? Siempre es lindo recibir noticias tuyas. Me tomé un tiempito antes de responder tu mail de hace una semana.
Al contrario, Carola: no solo no me molestás, sino que te agradezco un montón que me hayas compartido semejante experiencia de la cual ya voy a darte mi opinión, tal como me lo pedís.
En primera instancia —y ni te lo tendría que decir, aunque parece que sí—, el hecho de que te haya dado el alta no quiere decir que no podamos volver a vernos. Creo que fui claro en eso. El alta no fue para darte una medalla de rehabilitación que, claramente, no necesitás colgar en ningún lado, sino que consideré que habías llegado a un punto interesante para ver cómo circulabas por este mundo tan especial con las herramientas que fuimos adquiriendo.
El hecho de que me escribas, o de que tengamos que programar un turno, de ninguna manera significa que fuiste para atrás. ¿Dónde está atrás? ¿Dónde está adelante? Tampoco me interesa evaluarlo de esa manera. Lo aprendido yace en vos porque lo adquiriste vivencialmente y no de forma conceptual. No me importa si recordás lo que charlamos. Me interesa saber que eso lo llevás en el cuerpo.

Sí, es cierto: esa noche debió haber sido brava. Por supuesto que te creo, no me atrevería a decirle *marginal,* como lo dijiste. O, mejor dicho, no en el sentido en que lo planteaste. Sí. Quizá lo fue. Pero esa sos vos, Caro, esa también sos vos: intentando caminar al margen de lo que el imperativo categórico llama normalidad. Haciendo malabares para no caerte, ¿fue la manera? Probablemente, no. Estoy de acuerdo con mi querida colega. Pero me gusta, me gusta eso de vos. No lo descartaría. ¡Es más! Me apropiaría con más compasión y haría participar a esa parte tan instintiva, tan reveladora, tan divertida, tan libre, en muchos más momentos y no solo cuando el mundo duerme.

La verdadera Carola no duerme porque llega tarde. Llega tarde a su verdad. Pedazo de síntoma, nuestro querido Freud está celebrando con tu vieja.

¡Es más! Me atrevería a diagnosticar que el insomnio deja de relieve una parte tan personal que ni me animaría a tocarla. Le da espacio. Vida. Un lugar para que respire. Por eso no la tocaría. O en todo caso, te pediría más de esa Carola, pero de día, así la tranquila descansa un poco más.

¿Por qué? ¿Por qué tarde? Me animaría a decir que le tenés miedo. Sé que le tenés miedo. Una pena, porque en cuanto a mí, lejos de echarle una carga moral punitiva, todo ese desenlace me pareció muy vos, muy tuyo.

Tu locura, Carola, eso que vos llamás locura, es la protesta. Es la fuente de tu inspiración. Es lo más creativo que tenés. Es la participación en el mundo de la manera en la que querés estar y no sabés cómo. Es enojo. Es acumulación de emociones que no te animás a sentir y te atracás hasta vomitarlas. Tarde. El vómito emocional habla de tu tardanza. Es un producto de aquello que no digeriste como debías haberlo hecho. En eso le doy la razón a tu madre. ¡Santa madre que aparece para rescatar a su hija con sus particularidades!

No te voy a negar que me hiciste reír. Me reí mucho. Pero aprovechemos este comentario inapropiado mío para ir al hueso o, por lo menos, a lo que a vos te preocupa y a mí me tiene sin cuidado. Pero, dale, vamos a tu hueso que esta vez está muy sabroso.

Si estuvo, no estuvo, si dijo, si no dijo, si fue el sueño, si fue su presencia, o su espíritu rezongando y todo el vericueto esotérico de la cuestión, me importa muy poco. Estuvo para vos y eso le da existencia. Al menos, psíquica,

que es lo que le da el peso. Y, por otro lado, fijate que estuvo muy atinado el mensaje. ¡Se volvió sabia esta madre por allá arriba!
Perdón, perdón. Pero es que fue muy interesante esa presencia, realmente. Estoy de acuerdo con lo que te dijo. Con esos clicks, checks, ¿así los llamó? Más que como guía, a modo de orden, ¡casi de manifiesto! Por supuesto, sin perder la esencia que la caracteriza.
Pero me resulta sano. Me resulta una voz que nos puede servir para que te acompañe. Para que hagas este recorrido que te propone, ella, su espíritu o la internalización de su voz, no lo sabemos, ni nos interesa.
Sí, Carola. Dale para adelante. Me parece que ese mensaje es muy potente. Es lo que necesitás hacer. De hecho, es lo que querés hacer. Parece que para vos es más confiable tu deseo cuando viene dictado por la voz de tus ancestros… No digo más nada. No digo más nada.
En cuanto a la aparición de esa madre: ¿cuándo dejamos de mirar a nuestros padres para que nos digan que sí?
¿Cuándo dejamos de leer la autorización de su mirada para avanzar con entusiasmo? Me atrevo a decir que nunca. Ni vivos ni muertos. Ni reales o inventados.
¿Quién no ha metido un gol y levantado los ojos hacia la tribuna de la vida, esperando la sonrisa de los nuestros? Es más profundo todavía. ¿Quién no ha querido meter un gol para poder mirar a la tribuna de la vida esperando la sonrisa de los nuestros? Es el deseo humano más elemental: ser visto, ser validado, legitimado.
Ahora, una cosa tengo que decirte. Que esa mirada siempre sea impulso y no motivo, mi querida Carola. Que te acompañe, pero no te determine. Y que el camino de tu evolución sea ir desapegándote cada vez más y más del mundo exterior. De la mirada del otro. Porque corrés el peligro de quedarte pegada ahí. No es la idea. La idea, como siempre, es ir hacia a vos. El otro, mamá, papá, Dios, el Universo, Buda, como marco teórico. Pero para saber quién sos, tenés que animarte a ser. No hay otro camino. ¿Te acordás lo que te decía este psicólogo? **Somos siendo, Carola. Somos siendo. Y en ese gerundio está el viaje, porque no sos definición cerrada, sos movimiento, sos búsqueda, sos camino.** Y te lo marco en negrita para

que sepas que este es el corazón de nuestra nueva temporada terapéutica, la tengamos efectivamente o no.
Entonces, la pregunta es: ¿quién sos? ¿Quién, realmente, sos? Ahí está la invitación, la aventura, el descubrimiento. Recordá esto como mantra, mi querida paciente y amiga: el ser no se construye con capas, el ser se devela. Al correr ese velo, aparece lo verdadero. No hay que inventar nada nuevo, solo dejar que respire lo que ya estaba adentro. Pero, ojo, porque al develarse, al ir quitando esas capas, también puede surgir algo inesperado. Quizá descubras que no sos la que creías, sino **otra**. Otra distinta de vos. O quizá, no, y el viaje te demuestre todo lo contrario. ¿Quién sabe? Y eso está bien. Sin miedo. Vamos sin miedo. Que esta es la propuesta. Este es el viaje de la vida: animarte a descubrirte en todas tus versiones, a permitir que lo que parecía escondido salga a la luz.
Me animo a decirte que por eso te pasa lo que te preocupa de tus arranques. Ahí se ve claramente que cuando actuás contra tu esencia, cuando tapás o negás, esa otra pide lugar, el cuerpo protesta y la mente explota. Tus arranques, tus desbordes, son la voz de esa otra intentando hacerse escuchar. Como *el espíritu de la escalera*: lo que no dijiste en su momento vuelve después, atropellado, fuera de tiempo, pero cargado de verdad.
El desafío, Carola, no es silenciarla, sino darle espacio antes de que grite. Escucharla con compasión, dejarla ser. Porque en esa otra también estás vos. Además, dejame afianzar esta premisa en algo fundamental porque esta vez contamos con asistencia elevada: si mamá lo dijo, es porque Mamita sabe.

Cariños, Hernán

De: Carola Henner
Para: Hernán Bruno
Re: Cuestión de gerundios

Hola, Hernán. Gracias por responder, como siempre, con tanta generosidad y en tiempo récord. Te juro que no pretendía una sesión a distancia. Solo quería contarte detenidamente lo que me había pasado otra vez, para ver si seguías con la idea de que esto que me pasa es *normal*. En este desafío de descubrir quién, realmente, soy para darle espacio, voz y respeto, a veces pienso que lo que realmente me impide hacerlo es el Código Penal.
Sé que te estarás riendo, pero no estoy exagerando. Mis desbordes me dan miedo. Intento reprimirme todo lo que puedo, por lo menos hacia los demás, porque comprendo todo lo que atañe a los derechos humanos.
Pero si no existieran, no sé cuál sería el final.
Tus respuestas me dan alivio. Me hacés creer que mis explosiones son tan sanas que hasta parezco una mina lógica. *Ja*. Pero sí, entiendo. Tampoco me quedan demasiadas chances como para tener el tupé de rechazarla. Acepto, obvio, pero pagaría en euros para que me dijeras por dónde empiezo. ¿Cuál es el primer movimiento? ¿Para qué lado me muevo? ¿Derecha o izquierda? ¿Cómo empiezo a descubrirme? ¿Dónde pruebo primero?
Estoy cansada, realmente cansada, de evaluar cada paso que doy como si fuera una resonancia magnética buscando el punto exacto del error que me hace vivir con tanta complejidad. Solo quisiera vivir y listo. Como si mi única función y propósito en esta vida fuera existir sin tratar de entenderlo todo. Así como hacen las plantas: que viven y chau. Que existen y chau.

Mi mamá —o el fantasma de mi mamá— tiene razón: esto es torturante. Al fin y al cabo, uno se pasa la vida sanando o, mejor dicho, sanando la vida que tiene y eso produce un desgaste tremendo. Es un círculo vicioso. Una

actividad en bucle. Porque cuando uno por fin cree que ya está preparado, prolijito, sin ecos de un pasado complicado, listo para insertarse en la realidad sin lastimarse ni lastimar al otro, la vida te la pone de nuevo. Y ahí estás con tu nuevo conflicto destinado a sanar a la brevedad.
Sanar está de moda. Es casi una obligación moral. Parece que, para poder ser parte del sistema, primero tenés que estar en ese proceso: la vida, para ser vivida, antes debe ser sanada.
Es un mantra: sanar el trauma, sanar el apego, sanar el pasado, sanar el vínculo con la comida, con el cuerpo, con el útero, con uno mismo, con el otro, con el perdón, con la muerte, con el choto, con tu ex, con tus padres. Tanta gente sanando al mismo tiempo que una mira alrededor y se pregunta: ¿de qué labura toda esta gente? ¿No tienen hijos? ¿Quién les limpia la casa? ¿Ninguno se curó todavía?

¿Sabés que mientras leía tu mail se me vino una escena infantil? Nada que ver. No tiene que ver con nada, o capaz tenga que ver con todo. Pero me llamó la atención la nitidez con la que se me representó. Capaz ya te la conté, no lo sé. Creo que no, porque ni yo la tenía presente.
Cuando era chica, tenía otitis crónica. Dolor de mierda, sí los hay. Esos que te perforan la cabeza. ¿Estamos de acuerdo? Muela y oído: castigos divinos.
La cuestión era que el dolor empezaba despacio, como un latido indefinido que iba creciendo hasta volverse insoportable. Me acuerdo de estar en mi pieza, acostada sobre las piernas de mi mamá. Aunque no lo creas, en ese momento, ella me acariciaba el pelo mientras yo lloraba.
En la otra habitación, mi papá jugaba a las cartas con Julia.
Quizá hoy pueda entender que verme sufrir le hacía mal, pero en ese momento odiaba su lejanía. Sentía un fuerte rechazo, indiferencia. Conductas de un mal tipo. Mi mamá, a diferencia de él, se quedaba, pero en su quedarse había enojo. El problema conmigo era que yo me negaba a tomar el antibiótico. Me daba asco, ganas de vomitar. Ella insistía, a los gritos, queriéndome hacer entender que si no lo tomaba el dolor iba a aumentar. Pero yo aguantaba, aguantaba presionando los labios para que la cuchara cargada con ese veneno terminara cayéndose arriba de la alfombra una y otra vez, y en esa procrastinación pensaría que iba a zafar del asco, no lo sé.

El final de la historia siempre era el mismo: me llevaban al médico para que —instrucción mediante— me amenazara con ponerme una inyección: amenaza que yo recibía en silencio, llorando, pero con gratitud.
No quiero mentir, pero creo que esa escena se repitió durante la mayoría de los años de mi infancia. Tal es así, que la hiperacusia que tengo es la secuela del daño que le generé a mis dos tímpanos.
El Dr. Kauyet se mostraba sorprendido de mi capacidad de tolerancia.
"Estuvo a dos minutos de que se le reviente el tímpano, señora. No puede volver a pasar. Es grave, estamos hablando de que puede perder la audición".
"Dígaselo a ella, doctor. Yo ya le expliqué, pero es tonta. ¿Qué quiere que le diga? ¿Es tan difícil hacerme entender? Soy la madre, no Mandrake. No puedo adivinar que le duele el oído si no me avisa. Es un órgano interno, no estamos hablando de una varicela. ¿Usted pretende que yo me meta adentro de su organismo? Y vos, Jorge, ¿podés decir algo en vez de llorar como un pelotudo? Es una otitis, no hay que sacarle el riñón".

Los dos tenían razón. Pero ante la idea de tomar el remedio no podía hacer otra cosa más que aguantar hasta que me salía pus.
No sé por qué aprendí a gestionar el dolor así.
No sé por qué me apareció esa escena ahora.
Supongo que, como siempre, vos sabrás mejor que yo. No lo sé, te doy permiso para que me tires las cartas. Así vamos al grano y te ahorro trabajo.
No te entretengo más, y gracias otra vez, mi querido Hernán.
Tengo en cuenta lo de volver a sesión si me hace falta y quitarle el sentido de regresión a eso. Aunque, a decir verdad, me importa un carajo.

Te quiero,
Carola

Para: Carola Henner
De: Hernán Bruno

Me reí mucho con lo del Código Penal, Carola. Es la primera vez que alguien me justifica su represión emocional con un código de leyes. Pero te entiendo. Lo que te asusta no son los desbordes, sino no saber cuándo llegan. Y, sin embargo, esos estallidos no son el problema. Son el resultado.
Si aprendés a escuchar antes, si no te forzás a aguantar tanto para retener al otro ofreciendo tu buen —pero falso— comportamiento, el cuerpo no va a necesitar explotar. Porque el desborde no es más que el pus de la otitis: la forma en que tu sistema te muestra lo que no pudo procesar a tiempo.
El problema no está en la erupción, sino en la contención. En la espera. En el silencio previo.
Si lográs registrar antes los latidos del enojo, del miedo o del deseo, y les das un cauce, no hace falta que lleguen las sirenas a buscarte. Eso es lo que intentamos hacer: que el cuerpo no tenga que gritar lo que vos todavía no te animás a decir. Y ahí, sí, cuando el cuerpo deja de defenderse, puede aparecer otra cosa.
Me gusta la escena que trajiste. Y me gusta todavía más que nunca me la hayas contado. Eso demuestra que todavía hay cosas que quieren salir, incluso cuando creemos que ya lo dijimos todo.
No, no necesito tirarte las cartas —aunque admito que sería un interesante cambio de rol, con esa escena ya me alcanza para leerte entera.

Lo que te dolía de la otitis no era el oído. No era el oído, Carola: es el recuerdo. ¿Me seguís? La herida física cerró hace años, pero la memoria del dolor siguió viva, como una alarma que no aprendió a apagarse.

Y si seguís tocándola todos los días como esa nena de siete años reposando en las piernas de su amorosa madre para ver si todavía duele, no vas a reabrir la herida, pero sí vas a engañar al cuerpo para que crea que sigue infectado.
Ese reflejo —el de comprobar, el de revisar, el de desafiar la herida recreando escenas parecidas para ver si mataste el nervio o si quedó un resto— se transformó en tu modo de vivir.
Estos son los momentos en los que siento que la vida cibernética nos queda corta. Justo ahora quisiera tenerte frente a mí sentada en mi consultorio, para decirte que te quedes tranquila: Ya no hay más otitis, Carola.
Ese dolor ya soldó. Entender esa escena sirve, claro, pero entender no alcanza si vas a seguir tocándote el oído.
Ahora se trata de otra cosa: de aprender a gestionar nuevos recuerdos.

Me decías que ves tu vida llena de barro; si mal no recuerdo, hiciste un listado frente al Buda como testigo de la cantidad de quilombos que tenés y es cierto, el barro está.
Pero el problema no es el barro, sino cuando te dedicás a dejarlo intacto. Cuando no plantás nada encima. Es una cuestión de economía, de balances. Siempre va a pesar más el pasado si no generás presente.
Siempre va a doler más la herida si no creás futuro.
Siempre vas a sentir que quedan cosas por sanar si no te atrevés a vivir con las heridas puestas como parte de la fiesta. ¿Me seguís? No. No tenés que estar sanando para meterte a vivir. No hay sala de espera. No hay tiempo para eso. Eso me lo enseñaste vos a mí. Las cosas que nos importan a nosotros tienen otro matiz. ¿Comprendés? Fijate dónde ponés tu atención. Tu foco. Tu energía. Entonces cada vez que el recuerdo te amenace, cuando sientas que el ataque viene desde afuera, acordate de esto: no viene del mundo. Viene del recuerdo, viene desde adentro. Es tu cuerpo en modo de vigilancia, repitiendo la vieja defensa, aguantando hasta que no quede más remedio que hacer salir pus. No para curarte, sino para no volver a sentir el mismo dolor de antes: el de esperar, el de necesitar y que no haya nadie; el que te enseñó que cuando mostrás la herida, quien más te quiere se retira o se queda, sí, pero con fastidio.

Quizás aguantar haya sido lo menos doloroso que encontraste. ¿Lo pensaste? Aguantar lo suficiente, procrastinar el dolor y el silencio, aunque te pusiera en riesgo. ¿Fue tu modo de sobrevivir a ese modo confuso que tuvieron de amarte? O quizá no, realmente. Quizá esa haya sido la percepción que te creaste acerca de lo que tenías que hacer para ser valorada. No lo sé. No lo sabemos. Y la verdad es que no me quiero poner técnico y mucho menos psicoanalítico con vos porque me siento un estúpido. Pero ya no hay peligro, mi querida Carola. Claro que hay algo que podés hacer. Siempre hay algo. Frente a cada una de estas escenas, plantá una nueva semilla. No importa cuál. No me preguntes a mí cuál. Es tu jardín. No el mío. No el de mamá. No el de Sofía. El tuyo.

Confiá en vos, Caro.
Confiá en tu percepción, en tus gustos, en tu propósito. Y si no sabés por dónde empezar, ahí tenés una opción: empezá por plantar una semilla.
No tengas miedo de mancharte con la vida, Carol. Ensuciate con la vida. Mirala. Observala. Creá nuevos vínculos, nuevos desafíos, nuevos modos de atravesar la ansiedad. Descubrí lo que te gusta. Hacé algo que no tenga explicación. Dejate querer. Dejate cuidar. Dejate ver.

No te estoy pidiendo que sanes. Te estoy pidiendo que vivas, así, tal cual las plantas que mencionaste. Que viven para existir y nada más: ¿no será ese un gran propósito? Animate. No tengas miedo. Dale, vamos que es por acá.
Lo viste, ya sé que lo viste. Claro que el barro va a seguir ahí, pero a diferencia de antes, es posible que con tantas semillas lo primero que veas sea un jardín.
Un jardín que no niega el barro, pero que lo trasciende y lo eleva.
Un jardín que dé más ganas de quedarse que de irse. ¿Por dónde empezar? Por abrir los ojos, Carola. Por abrir los ojos. Pero no me pidas que seleccione tus semillas. Dale, que me conocés. Sabés que no vendo soluciones mágicas. No porque no quiera, sino porque no las tengo.
Confiá en vos.

No está tan lejos.
Está más cerca de lo que te imaginás.
Este psicólogo tuyo, convertido en tarotista, que también te quiere, aprovecha para decirte que voy a estar varios días afuera con la familia. Cualquier cosa, sabés que te leo a la vuelta
A todo esto… ¿arreglaste el espejo de tu placar?
¿Viste? Ahora ya sabés que podés empezar por tu dormitorio.

Cariños,
Hernán

9

Dormí toda la noche.

No sé cómo, pero dormí. Sin pastillas, sin vino, sin pensamientos que dan vuelta como moscas. Dormí como hacía meses que no dormía: de un tirón.

Quizás fue puro agotamiento o un milagro químico del cuerpo, no lo sé.

La cuestión es que, a la noche maravillosa, le siguió un despertar de mierda. El ruido que me levantó fue doble: el encendido del auto de Ricardo y el aleteo de una paloma. No era un gorrión, ni una calandria, ni un murciélago fuera de hora. Era una paloma. Lo sé por esa manera sucia de batir las alas como si escupieran aire. Esta vez no me cabe duda alguna de que se complotaron.

Primero fue el motor.

Ese rugido estúpido que él hace todas las mañanas a la misma hora, como si el barrio necesitara recordar de forma permanente que el señor tiene un auto.

Después, el aleteo.

Torpe y sucio, justo arriba del techo.

El uno y la otra.

Una orquesta del infierno.

Hay dos cosas que odio en mi vida: a mi vecino Ricardo y a las palomas.

Y el problema con ambos es el mismo: saben lo que me pasa con ellos.

Estoy convencida, por el modo de actuar de los dos, que ambos me leen la mente: saben que los odio, que me dan asco, que me alteran el pulso.

Eso, como a todos los perversos, es lo que los excita: el saberse poderosos.

Por eso me siento amenazada: porque no hay forma de que pueda disimularlo.

Ricardo, con sus perros histéricos y su sonrisa de *buen tipo*, sabe que lo detesto. Las palomas, con sus patas blandas, esa panza gris de gorda vaga, su caminar de viejas apuradas, también lo saben. Las veo venir y siento que se me ríen. Que se burlan, que ya me robaron el pensamiento. Que me miran desde arriba como diciendo "sabemos que te damos asco".

Exactamente la misma mirada altanera que mi vecino. Por supuesto, él no me mira desde arriba porque la altura no le da para hacerlo. Pero si la genética lo hubiera asistido, no tengo la más mínima duda de que estaría pretendiendo incomodarme desde el más allá, colgado del techo.

Lo que no me cabe en la cabeza es cómo esos seres inmundos, me refiero a las palomas, lograron convertirse en un símbolo de paz. ¿Quién fue el idiota que les hizo esa campaña? ¿Cómo nunca nadie lo puso en jaque?

Si hay una justicia zoológica, el mérito debería ser para el sapo, el cuervo, la rata… Criaturas honestas, sin maquillaje, que no fingen

pureza. Esos son los que merecen veneración. Los que asumen su destino sin disfrazarse de inocentes. Pero no. Vivimos en el mundo del revés. A las palomas las alimentan, las fotografían, las dejan circular impunes, como si fueran las dueñas del cielo y de las plazas, entre los muertos, los niños y los viejos, vaya casualidad, justamente los más indefensos. Encima nos hacen creer que hasta su presencia es un gesto de ternura, cuando en realidad se acercan a pedir, no a acompañar. Mendigas. Hasta dicen que la mierda que largan traen suerte. Tal es así que te asedian y vos, encima, tenés que estar agradecida si una "te pintó" la cabeza. ¿Estamos todos locos? ¿Cómo puede sostenerse un mito popular tan absurdo construido en base a ignorancia y sinsentido? No hay nada, pero nada nada más desgraciado que la caca de una paloma. Te pueden arruinar la ropa, el día y hasta la salud. De hecho, los que saben dicen que transmiten enfermedades raras. Les creo. No solo por la evidencia científica, sino porque el asco que me dan excede lo racional, lo intuitivo. Es una certeza más primitiva, una especie de fe invertida, una creencia absoluta de su maldad. Siento un pánico tal, que, si una me roza la cara, me la comería viva. No solo lo siento: lo sé. Y esa repulsión, ese miedo, es el mismo que me genera Ricardo. No importa si es él o una paloma, el efecto en mí es el mismo: la certeza inequívoca de que pueden hacer lo que quieran. Sobre todo, daño.

Cuando escuché el aleteo me tapé la cara con la sábana, después, con la almohada. Por un segundo creí que estaba adentro, que me iba a revolotear encima para lanzarme, como un avión militar, todos sus virus. El corazón me latía rápido, como si fuera una alarma. La

voz internalizada de Hernán apareció como un eco para recordarme que el peligro no viene de afuera, sino de adentro. *Calma. Carola. Calma.* Los mails. Cierto, ayer habíamos intercambiado mensajes.

Me saqué toda la protección de encima y me senté en la cama. El cuarto olía a encierro y a ropa vieja. La luz se filtraba por las cortinas blancas, tibias, como de hospital.

Miré alrededor. El espejo del placar rajado. La montaña de ropa ocupando todo el campo visual, un paisaje abrumador. Ruinas de aquella noche de insomnio. ¿Cuánto puede tardar alguien en llamar a la vidriería para arreglar un espejo? ¿Por qué tardé tanto?

En ese mismo instante recordé con perfección la frase que había disparado Hernán al cerrar el mensaje. *¿Arreglaste el espejo de tu placar?*

Conozco ese tono. Sé que en la distancia que marca, cuando me dice que se va de vacaciones, me está poniendo un límite: *Movete, Carola, o te quedás afuera. No me quedo para sostener el síntoma. Me quedo para acompañarte y avanzar.*

El vaso de agua de la noche anterior, una planta marchita en el rincón cumpliendo una penitencia injusta. La grieta del espejo partiéndome en dos. Me detuve ahí, sin levantarme todavía. El astigmatismo me impedía ver con precisión. Por eso decidí, al fin, levantarme. Me acerqué tímidamente. Nerviosa. El dedo en la boca. El diente mordiendo la uña.

No me quedo para acompañar el síntoma. Me quedo para acompañarte y avanzar.

Ahí estaba yo: las canas crecidas, el pelo de ningún color específico, tirando a un verde agua indefinido, el pijama —mi uniforme— arrugado, los ojos hundidos, los labios caídos, la sonrisa extraviada: un retrato en baja resolución. Sentí culpa por el desastre que estaba viendo. Asumí mi responsabilidad en los hechos y la culpa se transformó en miedo. La voz de mi mamá, las palabras de Hernán, el cansancio en el mensaje de Sofía, la falta de insistencia de Silvina, mi editora, para saber si iba a firmar o no el contrato. Mis compañeras de la empresa que ya ni preguntaban cuándo regresaría. Una sensación rara. Diferente. Ya no era yo con ganas de dejar el mundo. Era el mundo amenazando con ganas de dejarme a mí. No era dolor por lo perdido. Era angustia por lo que todavía me faltaba perder.

¿Hace cuánto no invitaba a alguien a mi casa?
¿Hace cuánto nadie la pisaba, además de mis hijos?

Bajé las escaleras. Paseé la mirada por las paredes, por la cocina, por la mesa y por el living, y recordé lo que me había dicho mamá en su *mood* espíritu: *Esta casa se está convirtiendo en un museo, Carola. Le falta vida.*

Tenía razón. Cada cosa estaba en su lugar. Pero todo estaba muerto.

El sillón donde mamá había empezado a despedirse del mundo todavía conservaba la forma de su cuerpo recostado. No permitía que mis hijos se sentaran ahí. Mi manera torpe de conservarla, de no dejar que el tiempo la desdibujara del todo. El cuadro torcido que

nadie enderezó, la pileta —visible desde adentro de la casa— llena de plantas, de moho, de un verde sucio. Las macetas sin tierra. Las cortinas bajas. Fotos de mis muertos por todos lados.

Velas.

Velas.

Más velas.

Me quedé quieta. Mirando el reflejo de una casa que ya no respiraba. El barro no es lo peor. Peor es no tener una semilla que plantar. O no saber cuál. O no decidirme si quiero plantarla o no. O dudar de mi fortaleza. De mis restos emocionales para poder frustrarme. *El ataque viene desde adentro.* Lo estoy comprobando ahora más que nunca desde que me lo dijo Hernán en aquel mail.

Siento un calor subiendo desde la panza.

El pecho duro.

Un zumbido en el oído me recuerda que no es la otitis. No es la otitis, Carola. Es otra cosa.

La mandíbula apretada.

Ganas de llorar.

El cuerpo tenso, como si alguien me sujetara desde adentro.

Intenté respirar, pero hacer consciente la respiración me provocaba ahogo.

Tos.

El aire que entraba no alcanzaba.

Exhalé inflando la boca como un globo, soplando despacio para no romperme.

No sé gestionar ni mi respiración.

El corazón acelerado.

Vuelvo a escuchar las palabras de mi mamá. El mensaje de Hernán. La no insistencia de mi editora. Mis compañeras de trabajo brillando por su ausencia. *Ya sé, mamá. Como todo lo que está ausente.* Sofía cansada. El recuerdo de la rajadura del espejo de mi cuarto diciendo que él tampoco iba a seguir sosteniendo la mirada.

Amenaza.

El miedo a la pérdida en la garganta.

No puedo perder a nadie más.

Ya no soy yo queriendo dejar el mundo, es el mundo abriéndome el paso para que decida lo que quiera, pero ya sin él. Un ultimátum: se terminó la espera. Ya no hay tiempo para que nadie me rescate. La certeza de saber que, si no hago algo, el mundo, mi mundo, va a seguir sin mí, me resulta desesperante. Una cosa es dejar. Otra muy distinta que te dejen.

Apoyé la cabeza en el vidrio frío que separa el adentro del afuera de mi casa. De mi refugio. De mi cárcel.

Afuera todo se movía: el viento, las ramas, el sol, las hojas, la vida.

Adentro, solo el ruido de mi respiración, el aire entrando y saliendo con esfuerzo.

No sé, Hernán. No sé. Quizá no me interese saber quién soy. Quizá ya lo sé. A decir verdad, es un viaje que hice todo este tiempo. No creo que me desconozca. No sé, mamá, si deba volver al origen. No lo sé. No me queda claro si avanzar es regresar. Quizá se trata de eso y tengan razón o quizá mi salvación, si es que la hay, se

trate de convertirme en otra cosa. En alguien diferente de mí. En otra. Realmente otra.

Salgo de mi cabeza y vuelvo al presente. El vidrio. El afuera. El adentro.

El mundo se está yendo. Están cerrando la puerta despacio. No puedo salir.

No quiero salir. Las señales me atormentan. La voz cansada de Sofía otra vez. El silencio de Silvina. El mail de Hernán. Mis compañeras que ya no preguntan. Mamá pidiendo subir. El espejo rajado. La casa sin latir. Mi cuerpo inerte. El límite fue trazado. Las cartas están echadas.

El cuerpo se afloja. El aire se espesa. Presiono más fuerte la cabeza contra el vidrio para no caerme. Una imagen me envuelve. Tengo frío…

El mar.
Un océano abierto, gris, profundo.
Estoy al borde de un acantilado.
El viento me corta la cara.
El agua abajo, respira.
Enorme, impasible.
No sé si salto o me empujan.
Solo sé que estoy cayendo.
El aire me golpea.
El estómago se levanta.
El corazón se frena un segundo.
Y después, el impacto.

El agua.

El frío.

El silencio.

Estoy sumergida.

El cuerpo pesa distinto.

El agua me aprieta, me contiene, me disuelve.

No hay arriba.

No hay fondo.

Solo burbujas que suben y se rompen antes de llegar.

El pecho duele.

El aire no entra.

El miedo flotando.

Quiero salir, pero no puedo.

Intento mirar.

El cerebro inventa rostros mientras mi cuerpo danza al compás de la marea.

Mamá.

Hernán.

Silvina.

Sofía.

Mis hijos.

Mi vida.

Yo.

Todos allá arriba, borrosos.

Muestran cómo están soltando las sogas que me unían al mundo.

Quiero gritar, pero solo salen burbujas, lentas, transparentes. Llevan mi voz hacia adentro.

Estoy suspendida.

La ansiedad empieza a cambiar de forma.
Ya no hay empuje ni lucha.
Es un silencio que observa.
Me miro. Empiezo a mirarme desde afuera.
El cuerpo quieto.
La ropa flotando.
El pelo girando como un hilo vivo.
Sumergida.
Estoy sumergida.
Ya está.
El agua me rodea.
Dejo de resistir.
Pienso con la cabeza inundada.
Pienso en el barro, en el barro.
En lo que pesa quedarse quieta.
En lo que duele moverse.
La decisión está flotando conmigo.
No me queda mucho más tiempo.
Segundos.
Microsegundos.
O me quedo acá abajo.
Ahogándome despacio.
En mi propio barro.
En mi propia mierda.
O saco la cabeza.
E intento respirar otra cosa.



10

El despertador del celular suena antes de que amanezca. Por un segundo pienso que solo tengo que llevar a los chicos al colegio y volver a la cama para compensar las horas que no dormí. Sonrío con la calma de saber que el esfuerzo al que me enfrento es chiquito, y vuelvo a apoyar la cabeza sobre la almohada mientras cierro los ojos, tiernamente. Un latido violento me asusta y me sienta en la cama de golpe.

No, Carola. Hoy se termina la licencia laboral. Tenés que volver. Se terminó el plazo.

Agacho la cabeza con una mezcla de peso, fastidio y resignación. Volver… hay que volver.

Salgo de la cama con esfuerzo y camino hasta el baño. Me lavo los dientes con una mano y con la otra abro la ducha. El agua tarda. Cuando sale, sale tibia. El vapor empaña el espejo y me ahorro el mirarme. Me lavo el pelo sin ganas, me froto los brazos, como si pudiera sacarme el cansancio con las manos. Me visto sin pensar: jean, suéter, medias, campera, botas. Me cepillo el pelo mientras abro el cajón de las pinturas. Un poco de corrector, máscara, brillo en los labios, apenas lo necesario para parecer viva. Me debato

entre el rodete o el pelo suelto, pero me quedo en el medio: una colita sostenida con una gomita.

Paso por las habitaciones de los chicos y les prendo la luz. Les acaricio las cabezas y les aviso que ya está la ducha abierta. Tomás siempre se levanta primero, en un intento desesperado por usar el baño antes de que se ensucie con los pies de su hermano. Manu aprovecha la competitividad de Tomi para taparse la cabeza con almohada y descansar diez minutos más. Los dos creen que están ganándole al otro. Por suerte, tienen metas diferentes. Lola se quedó a dormir en casa de una amiga.

Bajo las escaleras con el cuerpo cansado como si en vez de salir estuviera regresando. No puedo creer que me falte vivir el día entero mientras que siento que ya debería estar descansando otra vez.

Pongo el agua para el mate mientras meto algunas cosas en la cartera que imagino pudiera llegar a precisar: lapicera, sello, cuaderno, notebook, billetera. Me quedo mirando el agua como a la nada mientras me balanceo al ritmo de mis pensamientos. Todos negativos, por supuesto. Me llevo la mano a la boca y empiezo a hacer figuras como si fueran de plastilina. Se me pierde la mirada en el fuego y, cuando regresa, el agua ya está hirviendo. Saco una taza y modifico los planes: café con leche. Saco dos yogures de la heladera y los apoyo en la barra desayunadora, a la espera de que bajen los chicos.

Me acerco a la ventana que me separa del parque y corro la cortina mientras sostengo la taza con las dos manos. El vapor sube lento y, por un instante, parece que también yo empiezo a

disolverme. La casa está en silencio. Esa clase de silencio que no es paz, sino una pausa en la batalla.

Escucho el ruido de una lluvia incipiente, finita, contra el techo y los primeros pasos de los chicos arriba. Manu grita algo. Tomás le contesta de mala manera. Las puertas se abren y se cierran. El mundo arranca.

Bajan apurados, me piden pan con manteca, mientras se meten los picos de los yogures adentro de la boca intentan preguntarme por las mochilas, las viandas, las zapatillas. Escucho el motor del auto de Ricardo empezando a rugir. Lloro sin lágrimas mientras enciendo mi primera vela intencionada del día: morite, Ricardo. Haceme el favor y morite de una vez.

Me muevo con la velocidad que me exigen los múltiples pedidos de los nenes. Reparto los tuppers, reviso los horarios, les unto las tostadas. Mi cuerpo cumple como corresponde mientras mi cabeza está en otro lado.

Nos subimos al auto. Manu canta algo, Tomas le pide que se calle. Solo los miro por el espejo retrovisor sin pronunciar una palabra. Cuando llegamos, Manu me da un beso, Tomás me esquiva un poco al darme el suyo, como si no quisiera mancharse con los gérmenes de su hermano. Los miro con amor, pero la sonrisa que me sale de la boca es de cartón. Bajan del auto dando un portazo. Espero que entren a la escuela mientras los veo agachando la cabeza en su intento de meterla debajo de un paraguas que no tienen. Imaginar les es suficiente. Estiro una mano para saludar a la preceptora y pongo primera.

Llueve más fuerte. El limpiaparabrisas arranca con su movimiento hipnótico: ese vaivén que limpia y ensucia, limpia y ensucia. El mismo gesto una y otra vez. Un movimiento que no cambia nada. Una acción que no transforma. Solo sostiene lo mismo. Casi una metáfora de mi vida.

Avanzo unas cuadras. El tránsito es denso, gris, igual que el cielo. En un semáforo en rojo se me viene una conversación con Sofía. La recuerdo tan claramente que parece estar sentada al lado mío.

—Desde que me avisaron que tengo que volver a esa mierda no la estoy pasando bien. Tengo miedo. Un miedo que ya conozco. Me aprieta el pecho, tengo taquicardia, me corta la respiración. Otra vez el insomnio. La tristeza. Esto no es depresión. Es estrés postraumático.

—¿Otra vez te cambiaron el diagnóstico? ¿Qué libro estás leyendo? Adhiero a los dichos de tu mamá, sea lo que sea, no te hace bien. ¿Empezaste el gimnasio?

—No sé si esté preparada. Todo lo que intenté recomponer con la licencia se está desarmando con la sola idea de volver al mismo lugar. Que yo haya hecho mis procesos no significa que la empresa haya hecho los suyos. Vuelvo al infierno.

—Se supone que la que vuelve es una persona con herramientas para abordar esos demonios. ¿Pretendías que cambiara el mundo mientras vos te recuperabas? Yo no sé, no es mi tema. Pero se supone que tus progresos tienen que ver con eso. Con hacerle frente a lo que antes no podías… o podías, pero de una manera un poco psiquiátrica. Desregulada. Loca. Carola, pensá en la jubilación. Es una pena que pierdas tantos años de aportes, amiga. Hacé tripa

corazón, ya conocés el lugar mejor que nadie. Tratá de distraerte, de pensar en otra cosa. Divertite con tus compañeras y bueno… la autorrealización dejala para otro momento, para otro contexto, realizate con los libros, que mal no te va. Son seis horas por día, no es tanto. Hoy no la ves, pero creeme que cuando te toque vivir de los aportes me lo vas a agradecer. Pensá que hoy con el avance de la ciencia el tiempo de vida se extendió, por lo menos veinte años más.

Miro para el asiento del acompañante. Sofía no está, pero está. Le sonrío desgraciadamente. El terror de la frase me quedó resonando en la cabeza, como una alarma vieja que no se puede apagar. Pensar en la jubilación como zanahoria existencial y propósito de vida me asustó. De alguna manera puso frente a mí el camino irreversible al que estaba llegando por no mover un pie: la realidad que me espera es peor que la que estoy viviendo ahora.

¿De qué me habla esta chica? ¿A qué amiga le está hablando? ¿Diez años más de lo mismo? ¿Una década más de aguantar, de contenerme, de silenciar hasta explotar, de convertirme en alguien que sobrevive para cobrar un descanso que quizá no llegue? ¿Toda una vida viviendo indignamente para tener una jubilación digna? ¿A qué tipo de sometimiento nos fueron corrompiendo los dueños del sistema? ¿Quién quiere ser inmortal si vivir implica todo esto?

—Sofía, si para jubilarme tengo que vivir muerta, me muero antes, amiga. Y no. No te confundas. No por suicida: no llego. Tampoco me interesa extenderme indefinidamente en el tiempo bajo estas condiciones. ¿Cuánto sale eso? Es guita destinada a sostener un cuerpo más o menos en condiciones. Obra social, botox, impuestos,

yoga. Es la supervivencia del más apto, y desde ya, es una carrera que no me interesa correr. No firmo. Te pido, por favor, que me desconectes. No soy negativa, te aclaro porque te conozco. Es que no me da el cuerpo, no me da la dignidad, no me da la cabeza ¿Entendés? Perdurar nunca fue mi meta. ¿A quién se le ocurre a esta altura del partido priorizar la cantidad sobre la calidad? ¿Para qué?

—¿Para disfrutar de tus nietos? ¿Ver crecer a tus hijos? ¿Viajar?

El semáforo cambia a verde y arranco con la bronca que da la impotencia de lo previsible. El limpiaparabrisas sigue su danza, obstinado y monótono. De repente un silencio vital se apodera de la escena. El silencio que antecede a la revelación divina. El silencio que queda al escuchar un secreto revelado: es el golpe estridente del *insight*, mi tan solicitada epifanía. *Te amo, Sofía. Diste en el clavo.* Le digo gracias al asiento vacío mientras la veo sonreír orgullosa de su parte en mi proceso de sanación.

Mi señal austera, un poco berreta, mundana, pero contundente como todo lo que se me cae adentro de la cabeza.

Llegó. Mi revelación, como no podía ser de otra manera, acaba de ser el espanto.



11

Junto con la epifanía del espanto se hizo patente algo mucho más primitivo, más antiguo que toda esta parálisis: el miedo.

Un miedo que evidentemente siempre estuvo, como un hilo conductor entre todas mis versiones. No el miedo torpe de los chicos, el que se cura con una luz encendida o un abrazo. El otro, el sofisticado, el que aprendí a maquillar con palabras y a exhibir como virtud.

Durante años, hasta hace cinco segundos, lo confundí con lucidez. Lo vestí de prudencia, de inteligencia, de sensatez. No hacer algo por miedo, a veces, se parece a una decisión sabia. Tanto se parece que me la fui creyendo y retroalimentando con esta parálisis mental, pero sobre todo física, que dejó de ser una emoción para convertirse en mi sistema de valores.

Con el tiempo le di rango de verdad, de oráculo. Le creí tanto que dejé de escuchar todo lo demás. Si algo me asustaba, asumía que era la señal que necesitaba para no hacerlo. Como si el miedo supiera algo que yo no.

Lo veneré. Lo traté como una entidad superior: una mezcla de brújula y castigo. Así fue como me fui achicando. Me volví devota de esa voz que me susurraba que no estaba en condiciones mentales de arriesgarme. De moverme. El miedo no me protegía. Me conservaba. Me mantenía viva, pero inmóvil. Era el guardián de mis

falsos cambios. El encargado de mantener los vidrios limpios para seguir mirando lo mismo. Mi manera elegante de no modificar el tablero. De quedarme jugando dentro de la misma trampa, convencida de que estaba pensando con el realismo y la sensatez que trae la adultez. Lo convertí en mi religión. Hasta hoy. Hasta hace un instante. Hasta Sofía. Hasta que sus palabras me devolvieron la imagen del altar donde rezo todos los días.

Miedo a equivocarme.

A tomar malas decisiones.

A fallar.

A pegar la vuelta.

A que sea tarde.

A no poder.

A que me abandonen.

A que no me quieran.

A que me quieran.

Miedo a sufrir. Qué ironía tan absurda: miedo a sufrir. Tan paradójico que me causa risa. Ver con claridad que el miedo al cambio es lo único que me mantiene en pie y que seguir en pie solo por el hecho de seguir es la meta que me mantiene viva. Necesito moverme. Otras calles, incluso y, por qué no, otros encierros posibles. No quiero adaptarme. No quiero resistir más. No quiero seguir jugando con las fichas que tengo: quiero otro tablero.

Un trueno me hizo volver al presente. Clavo los frenos. Las bocinas y los insultos de los demás mortales me hacen salir, una vez más, de mi cabeza. Bajo el vidrio, pido disculpas con las manos. Solo alcanzo a leer los labios de un tipo en un Peugeot 208 blanco.

—Vieja de mierda, andate a la puta que te parió.

Me parece un hombre hermoso. Carismático. Tiene algo, no lo sé.

Me acomodo la colita del pelo mientras le sonrío y asiento con la cabeza en forma de agradecimiento Me mira sorprendido y se ríe. Aprovecho el instante y le hago señas de súplica para que me deje doblar en la esquina. Me da el pase y me guiña un ojo. Le devuelvo el coqueteo mientras giro en U, con fuegos artificiales en el pecho.

Enciendo la música y suspiro con un aire nuevo: esperanzador. El auto avanza lento. La calle sigue ahí, llena de bocinas y furia que ya no me alcanzan. El sonido empieza a volverse lejano como si alguien bajara el volumen del mundo.

Miro hacia el costado. Toco una pierna que no está. El movimiento se detiene. El tiempo también. Me quedo un rato en esa paz extraña, dulce, que no necesita explicación. Entorno los párpados y visualizo un jardín: semillas, agua, pasto.

Un jardín dentro de mis ojos.

Son las flores de mi barro.

El hartazgo. La epifanía. El espanto.

Un golpe de suerte que destruye mi narrativa. El cuento que me conté. La novela que reconstruí con los fragmentos de aquello que recuerdo. Que mi cuerpo carga. Suficiente. Es momento de reescribir mi futuro. Al fin y al cabo, termino dándole la razón a Hernán, la única manera de saber quiénes somos es observando la manera en la que existimos. Probablemente mi insistencia en irme de acá no sea tan infantil, ni esconda una supuesta huida fallida a mis traumas del pasado. Es solo que, a veces, las personas, los lugares y las cosas que nos conocen de adultos son las únicas capaces de vernos como somos y no como fuimos. El espejo en donde nos miramos

devuelve una impresión actualizada. Puede que la Carola que hayan conocido —que hayamos conocido— no pudiera llevar a cabo esta nueva aventura. Seguramente que no. Pero si hay algo que agradezco de mi experiencia —no tan lejana— es la convicción empírica de que la vida y la muerte están a un solo latido de distancia.



12

¿Nicolás?

Sí, Carola. ¿Qué pasa?

Me estoy yendo a la costa por dos, tres días.
Hoy los nenes tienen doble turno. Salen a las cuatro de la tarde.

Supongo que es un chiste.
¿Cómo que te vas?
Está lloviendo a cántaros.
Los chicos hoy están con vos.
Es jueves, imposible.
No cuentes conmigo.

Conozco los días de la semana y no creo haberte pedido el parte meteorológico.
La semana pasada te fuiste a Río y me avisaste cuando te estaban pasando el bronceador por la espalda.
Lo mío fue un imprevisto.
Tengo que tomar decisiones importantes.
Cuando esté volviendo, te aviso.

No seas caradura, Carolita
Te avisé con tiempo, pero te olvidaste.

¿Y las decisiones no las podías tomar un poco más cerca?
Como adentro de tu casa, ¿por ejemplo?

Nicolás… te voy a bloquear ¿sabés? Es por unos días, nada más.
No quiero depositar energía en tus manipulaciones.
Lola sabe dónde ubicarme. Deciles a los nenes que los amo.

Ah, bueno.
Me hacés reír las medias.
¿Qué manipulaciones?
¿Vos dejás tirados a tus hijos y pretendés que les diga que los amás?
Carola, vos me

El contacto ha sido bloqueado.

13

Terminé de mentirle a Nicolás y repetí el pecado con Sofía. Comprendo su enojo. Intuyo que es la desesperación de quien necesita saberlo todo, y, sobre todo, el miedo a que reincidan mis ideas suicidas, lo que la lleva a insultarme, a decirme zorra traicionera, lo que sea. Pero si le decía la verdad, era como firmar un cheque en blanco: en media hora estaría tocando todos los timbres de mis aledaños, cruzando mis límites, con la bandera de querer salvarme aun si eso implicara meterse adentro de mi vida.

Hacé lo que quieras, Carola, pero te pido que antes me avises eran las buenas noches de todos los días.

Siempre fue así. Desde chicas nunca comprendió lo simbólico de una puerta cerrada si yo estaba del otro lado, incluso si era la del baño. *Hacé tranquila, Carol. Me plancho dos mechones y salgo. No te miro*.

La dificultad de comprender que éramos dos personas distintas, más allá de la amistad que nos unía, llegó a lugares poco comunes. Por supuesto que le debo mucho. Fue ella quien me enseñó a manejar, quien me acompañó a las primeras sesiones de tarot para superar la separación con mi primer novio. La que pasó conmigo las noches de hospital cuando nacieron mis hijos, durmiendo en una reposera con el pelo planchado, la boca pintada y los tacos puestos.

A su forma, en su propia incoherencia, pero ahí estaba. Al costado de mi camino; lista para levantarlos y alcanzármelos con los ojos mitad abiertos, mitad cerrados.

Fue ella quien salió corriendo al banco para prestarme los últimos dólares que necesitaba para poder pagar la casa que decidí comprar en un rapto de impulsividad, "de pasada" mientras hacía los mandados. Fue ella quien me salvó más de una vez de los horrores que la vida me puso en la puerta de mi casa. Fue ella la que la que me sostuvo la mano mientras mi mama se moría frente a mis ojos — frente a mis ojos, frente a mis ojos. Pero, por encima de todo, fue ella la que le sostuvo la otra mano a mi madre, la que Julia no pudo darle.

A veces, sin embargo, se excedía. Por ejemplo, cuando quiso enseñarme a usar un tampón y en lugar de explicar el operativo con palabras, me pidió que abriera las piernas, cerrara los ojos y que respirara hondo.

Con el tampón en la mano esperé las indicaciones, pero en un segundo, sentí cómo me lo arrebató de los dedos y lo introdujo sin ningún prurito.

—Tratá de no estornudar muy fuerte porque te moviste tanto que no llegó hasta arriba. No sé cuánto te va a durar.

Así es Sofía. Práctica, invasiva, amorosa, brutal.

Una vez, cuando vivía en la casa de mamá, que tuve la misma intención que hoy, quedarme sola, ella descartó mi pedido de respeto y en menos de una hora estaba tocando el timbre. Me

asomé por la ventana, y al ver su auto en la puerta me escondí detrás de la pared. Los ojos de Sofía estaban tirados en el piso y por la rendija de la puerta escuché su voz:

—Abrime, Carola, vi las sombras. No seas mala. Sé que estás ahí atrás. Un café y me voy.

El deseo de saberlo todo arrasa con la dignidad que ni siquiera siente que acaba de perder. Su autoestima no depende de nadie. Esa seguridad —tan firme, tan ciega— le permite irrumpir en la vida ajena con libertades que nadie le dio, amparada en la certeza de que lo hace por amor. Si sabe que necesito consuelo, compañía, consejo o alivio, no se le ocurre hacerlo desde la puerta ni desde la punta de la cama. Ella necesita meterse en la cama. En mi dolor, donde haga falta. Y si mi angustia le pide que me deje dormir, entonces cierra los ojos, se abraza a mi almohada y se duerme primero que yo.

Es verdad: lo hace por amor. Un amor que no mide, que no distingue fronteras, que mezcla presencia con posesión. Un amor que, a prueba de balas, nos permite ser quienes somos en realidad, con todos nuestros matices, con todas nuestras aristas sin miedo a la fractura del vínculo. Un lugar seguro. Un espacio, una casa, donde somos incapaces de abandonarnos.

Por eso, ahora, las dos sabemos que le estoy mintiendo, pero también sabemos que no sabe dónde estoy y si bien eso está mal, está todo bien. La puedo ver desorientada, compungida, mirando la pantalla vacía del celular. Yo me aprovecho de ese don que tiene —el de desenojarse antes de haber consumado el enojo— y decido que

voy a contarle toda la verdad una vez que haya terminado mis asuntos.

Dejé el auto a tres cuadras de mi casa, frente a otra en venta. Apagué el motor y, antes de silenciar el celular, le saqué la lengua a la figura de un Nicolás recientemente tocado y hundido. *Sorete*. *Esta vez te cagué yo*. Abrí la guantera y dejé mi vida social encerrada. Con un gozo pequeño, pero feroz, junté los bártulos del asiento y comprobé dos veces que la cerradura estuviera bien y el volante trabado, por si a algún idiota se le ocurría arruinarme la aventura con un intento de robo. Miré para los costados y, por fin, bajé.

Caminé moviendo los brazos, me solté el pelo y me puse la gomita en la muñeca derecha. Busqué un caramelo en la cartera, pero me puse contenta cuando vi la bolsa de chupetines de los chicos. Despegué el papelito de una paleta colorida con una emoción chiquita, pero potente. Estaba ilusionada. Ilusionada de llegar a mi casa, cerrar la puerta, esconderme del mundo y hacer lo que tenía que hacer antes a salir a la jungla otra vez.

Llegué con la paleta pegada en la boca. La llave giró despacio en la puerta con ese sonido que conozco de memoria, como si cada vuelta contara los segundos antes del salto que estaba por dar. Me saqué las botas para no contaminar el ambiente. Solté la cartera y la dejé caer, el golpe contra el piso sonó como un punto final. Apoyé la espalda en la puerta y la empujé hasta oír cómo el hierro encajaba en su marco. Ese ruido firme, pesado, fue algo más que una puerta cerrándose: era una parte de mí quedando del otro lado.

Afuera seguía lloviendo. Adentro el aire era denso, expectante, como si la casa supiera que algo estaba por pasar. Todavía era temprano, todos en sus rutinas, el ruido del mundo no me alcanzaba todavía. Un rato más de tregua.

Tiré el resto del chupetín al tacho, bajé las cortinas una a una y el golpeteo de la lluvia sobre el techo se volvió un ritmo, una especie de tambor que marcaba mis pasos. Mis latidos. Puse la pava, busqué la taza más grande y le eché dos cucharadas de café. Mientras esperaba, encendí una vela con olor a vainilla y saqué la notebook de la cartera. Me quité la ropa húmeda y la metí en el lavarropas.

Avancé con la taza en una mano y la notebook bajo el brazo. Me asomé a la ventana que da al jardín, la única a la que decidí dejar con la cortina levantada. Las gotas resbalaban por el vidrio, la luz del día se encogía temprano y en ese gris había algo parecido a la libertad.

Apoyo la notebook y la taza en la mesa ratona. Comienzo a tararear una canción desconocida casi macabra, como si fuera de una película de terror que nunca miré. Subo las escaleras despacio con un palo de hockey. Otra cosa que voy tener que comprarle a Tomi además de la tijerita. La melodía que sale de mi boca de repente cambia de género. Se parece más a la cortina musical de La Pantera Rosa. Me gusta. Me gusta el ritmo que tiene. Entro a mi habitación y me pongo las antiparras de la pileta que tomo del cajón de la ropa interior y las mallas. Me distancio del placar empujando la cama con la cola. La dejo bien cerquita de la ventana. Levanto el palo como si fuera Cristo elevando la cruz, carraspeo desde el estómago como si estuviera a punto de lanzar un escupitajo feroz

pero, lejos de eso, un grito samurái acompaña mi primer gran acto de liberación: el espejo que estaba rajado, pues bien, ahora está agonizando en el piso. Dos golpes descoordinados más y *al cielo, bebé.* Nunca más me miro en un espejo roto. ¿Entendiste? Nunca más.

Dejo el palo en la pared. Me sacudo la ropa. Le doy un beso en la frente al Buda y cierro la puerta. Bajo en un silencio llano. Estoico, como si hubiera cometido una masacre justa de la cual me siento profundamente orgullosa.

En ese estado de satisfacción inherente a la tarea cumplida, vuelvo a mi lugar elegido. Busco un almohadón entre los sillones y lo tiro al suelo. Me siento ahí, en el piso. Con la espalda recta y la respiración en calma, construyo mi oficina en un instante.

La ansiedad que sentía en el cuerpo no era miedo. Era una ansiedad funcional, viva, no paralizante. Supongo que será la adrenalina del poder: una corriente que subía por el cuerpo, un pulso nuevo. La alegría de quien está por recuperar algo que no daba por perdido, pero que hacía años no encontraba. *Dale, Carola. Es hora de quitar el consentimiento. Es hora de recuperar el control.*

Había llegado al punto álgido de la cuestión: no estaba a punto de cambiar mi forma de ser. Lejos de ese propósito me esperaba un desafío más osado: cambiar mi forma de existir. No quiero lamentarme más. No quiero pelearme más conmigo. Quizá, y, sobre todo, no quiera saber más nada. Quiero el remedio*. Quiero tomarme el remedio, mamá*. No quiero aguantar más.

14

8 de julio, 10 am
A la Gerencia de Recursos Humanos
Dr. Juan Carlos Martínez Vidal
Red Asistencial Estatal. S. A.

De mi mayor consideración:

Por la presente, comunico me decisión irrevocable de presentar la renuncia al cargo que ocupo en esta institución.
Podría limitarme a hacerlo mediante las fórmulas habituales —esas que encubren las verdaderas razones bajo el rótulo de "motivos personales"—, pero sería faltar a la verdad. En principio, porque lo único de personal que tienen esos motivos es que recaen sobre un cuerpo específico con nombre y apellido, pero todos los involucrados sabemos que las causas de los mismos las crearon ustedes. Y, por otro lado, a esta altura de mi vida, considero que el silencio también es una forma de complicidad que, de ninguna manera, voy a ejercer para dejarlos satisfechos y complacidos. De hecho, si hay algo que les deseo de todo corazón, es lo peor.
Renuncio porque me cansé de adaptarme a un sistema que confunde obediencia con compromiso y desgaste con vocación. Porque ya no puedo aceptar que la salud mental de los empleados —entre los que me incluyo— se deteriore al ritmo de las presiones, los controles y los miedos impuestos.

Renuncio a seguir ingresando por una puerta que conduce, cada día, a la misma sensación de vacío. A las reuniones donde se evita decir lo que se sabe, a las sonrisas obligadas y al silencio que opera como norma frente a las indicaciones de un ser humano inoperante que no tiene el jardín completo, y fue solo puesto por un dedo de quien está de turno cada cuatro años. Gerentes de *outlet.* Eso es lo que son. De segunda. Meter la mano adentro de ese despacho y que Dios nos ampare si uno pretende encontrar algo con un poco de buena calidad.

Volviendo a la formalidad que me convoca, manifiesto que, con esta renuncia, retiro expresamente mi consentimiento a toda práctica de hostigamiento y acoso, no solo hacia mi persona, sino hacia el conjunto de trabajadores que padecen de las mismas condiciones que yo. Sí, señores. Acoso. No miren para otro lado que me cuesta dos segundos abrir este celular de morondanga y exponerlos a cada uno de ustedes, no solo frente a la mirada de sus desgraciadas mujeres, sino ante la sociedad toda. Recordemos que hoy día y con el merecimiento social que me he ganado gracias a mi reputación intachable, cuento con los medios de comunicación a mi favor.
Ratas de alcantarilla.
Viejos verdes repugnantes.

Del mismo modo, considero inaceptable que la institución genere los contextos de desgaste emocional y psicológico que luego utiliza para sancionar, especialmente a quienes, ante el padecimiento, solicitan licencias psiquiátricas como única vía de resguardo. Dicho sea de paso, también fui parte del mismo mecanismo perverso por parte de quienes sí deberían retirarse por resguardo de las cabezas que tienen a cargo. Son ustedes, señores, los que crean los monstruos de los cuales después se quejan por incompetentes. Pues no lo son ni lo eran de antemano: sepan que los volvieron así.

Guardo excelente memoria y el cansancio en el cuerpo que dejan mis últimas historias clínicas como testigo de haber sostenido durante demasiado tiempo

lo insostenible. Me tomo el atrevimiento de mencionar a un gran libro —que antes de referir el título doy por descartado que lo hayan leído— llamado: *El cuerpo lleva la cuenta*… Interesante ensayo para comprender lo que es el trauma y las repercusiones *casi eternas* que dejan en quienes lo padecen. Espero no haberles dado más ideas que favorezcan sus técnicas de manipulación y desgaste ante sus víctimas por las cuales he entregado mi alma al diablo: los trabajadores.

Retomando la causa de mi mensaje y con todo respeto, les hago saber que si necesitan un motivo administrativo invéntense el que quieran y pónganlo en el casillero que más les resulte. La verdadera razón excede cualquier formulario, y creo que con estas líneas ya les dediqué demasiado tiempo. Evítense la notificación pidiendo el telegrama formal de renuncia.
Cuando regrese de mis vacaciones, si tengo ganas, lo mandaré y en el caso de resultarles impertinente y decidan echarme, me harían un grandísimo favor. Al fin y al cabo, les entregué veinte años de mi vida, no solo para que no los valoraran, sino para que los destruyeran por dos pesos con cincuenta. Si pensamos entre todos correctamente, lo mínimo que me merezco es una lógica indemnización. Ni siquiera como un acto de reparación. El daño emocional y moral no tiene precio.
Pero sí como un gesto de caballerosidad.

Atentamente,
Carola Henner
Psicóloga. Coordinadora del área de Salud Mental

8 de julio, 10.15 am
De: Carola Henner
Para: Hernán Bruno
Asunto: Final

Hernán, mi querido Hernán:
Mientras te escribo se me caen algunas lágrimas. Supongo que son esas que traen la nostalgia inevitable de ciertos finales. Y no, no me refiero a que nuestro vínculo se haya terminado, de ninguna manera. Nos conozco demasiado para saber que no podríamos enterrarlo, o, mejor dicho, que nunca dejaríamos de ejercer el afecto que nos tenemos. Pero —si me dejás robarte algunas palabras— lo que sí se terminó es el *modo* del vínculo que nos unía.
No hay más temporadas. Se terminaron las estaciones para nosotros.
Creéme que las lágrimas lo inundan todo, tengo miedo que se estropee el teclado. Siempre sostuve que detrás de mis ojos tengo una cisterna que se renueva cada vez que se vacía el tanque, de otra forma no puedo explicar cómo la cantidad de agua que me sale de los ojos es tan ilimitada. Abundante. ¿Te conté alguna vez que nuestras sesiones siguen haciendo efecto mucho tiempo después de haberlas tenido? No solo horas. Algunas cumplen su cometido años más tarde. Qué increíble es eso, ¿no? ¿Cómo puede ser que una palabra adquiera sentido fuera del contexto en el que lo charlamos? Lo entiendo. No te estoy pidiendo que me expliques. Claro que entiendo que es la expresión evidente de que no estaba preparada para escuchar lo que en ese momento me estabas mostrando.

De hecho, si algo no puedo dejar de valorar fue que, en esa especie de reparentalización a este yo herido y abandonado, siempre estuviste cargado

de kilos de paciencia y compasión para sostenerme en la espera. Siempre me esperaste. Te quedaste ahí, acá, sabiendo que, aunque ya lo había visto todo, aunque tenía las herramientas y el mapa trazado de mi vida vivida, todavía mi emocionalidad no podía acompañar mi lucidez mental.
Gracias por esperarme.
Por darme la seguridad que no tuve en otros lugares —de los que terminé yéndome, rompiéndolos, escapándome— por miedo a que me dejaran primero. Pero con vos nunca tuve miedo. Nuestra transferencia, nuestro espacio terapéutico, fue hogar seguro. Siempre conmigo en la trinchera de la vida o de la muerte. Sosteniendo. Apuntalando. Y, sobre todo, creyendo en mí, cuando yo no podía hacerlo. Mirándome en un espejo limpio y trasparente que, sin embargo, mis ojos lo veían roto. Destrozado.

Dicho sea de paso, te cuento que acabo de terminar de destruir el espejo de aquella noche de insomnio. No quiero verme más en las roturas. No quiero sostener un espejo roto nunca más, ¿entendés? Ya no lo resisto porque —y esta es la mejor parte— ya no quiero resistirlo.
Las cartas que me tocaron fueron chotas, sí. Pero ya está. ¿Cuántas veces más voy a repetirlo? Y además… ¿para qué? ¿Para qué otra vez y otra vez y otra vez este *loop* del infierno? Para nada. Para más nada.

Sé que mi mundo interior fue un campo de batalla. Mi cuerpo, un mapa de disparos que no terminaba de curar porque el siguiente siempre dolía un poco más, ardía un poco más, pedía urgencia. Arrastré un pasado —y un presente — miserable, tratando de integrar el bien con el mal, sabiendo que esa es la lección y la metáfora de mi vida. Desde esa fragmentación subyacente tomé mis decisiones. Hice lo que pude. Siendo honestos, ambos sabemos que ni siquiera lo hice tan bien. En el medio del proceso, perdí mi chispa, lloré, grité, llevé sonrisas que mentían, usé máscaras para poder sostenerme en pie, colapsé, enloquecí, me maté y resucité. Viéndolo así no sé si acaso lo manejé o si lo sobreviví. En retrospectiva, puedo inclinarme más por esta segunda opción. Pero, en ese caos emocional, me prestaste tu yo más entero para que el mío pudiera enfrentar lo que venía con energía que no tenía, enseñándome

la diferencia entre estar depresiva o ser depresiva. Entre un estado y un momento.

Comprendo tu último mensaje. No soy estúpida. Me resistí un poco porque tenía miedo. ¿Te acordás cuando me decías que de depresiva no tenía un pito, que si tenías que pararte en un lugar para diagnosticarme hubieras elegido poner un pie en el de la fobia? Me acuerdo como si fuera hoy. Te pregunté:
¿Fobia, Hernán? ¿De qué hablás? ¿Miedo de qué? Y me dijiste: *Miedo de ser vos, Carola… de creer en vos.*
Acepto tu sutileza. La acepto porque sé que tenés razón y porque tu criterio siempre guardó una lógica persistente. No quiero ser el hijo bobo mirando la nada, tirado en un sillón, mientras los padres le pagan los atados de pucho. Yo tampoco quiero que me sostengas los síntomas. Ni vos, y mucho menos yo. Me parece correcto y además me gusta ver cómo abrís la puerta de casa y me decís que es hora de irme. Que confiás en mí.

Me gusta recordar las veces que me decías, frente a cada intento de alta, que ni se me ocurra llamarte para contarte lo feliz que estoy plantando tomates — esa forma tan elegante, tan tuya, de recordarme a cada rato que la meta no era la felicidad perfecta ni el resultado final, sino el camino, el proceso, el modo en que iba a decidir cómo vivir. Lo sé. Sé que nunca te importó dónde y mucho menos los tomates. Sé que la potencia de nuestras sesiones siempre estuvo puesta en que pudiera ser yo misma sin pedir perdón ni permiso… y, en lo posible, sin tirarle huevos al vecino. Tu meta nunca fue la llegada, sino el camino: mi modo de existir, no la victoria del arribo.

Somos siendo, Carola. Somos siendo.

Dejame decirte que deberías patentar esa frase porque no me cabe duda alguna de que es tuya. Toda tuya.

Solo eso, Hernán. Agradecerte.

Agradecerte porque, más allá de haber validado mis emociones —y, sobre todo, mis batallas— me hiciste ver que nunca tuve tiempo para ser más que las versiones de mí que necesitaba para defenderme. Lo veo. Claro que lo veo. Como un perro amenazado, me debatí entre la huida, la lucha, la complacencia o el congelamiento para protegerme del nuevo daño que me estaba esperando frente a mi puerta. Pero en esa aceptación aprendí que cada golpe, al sacarme de mi zona de confort, me obligó a reescribirme una y otra vez.
A eso voy ahora. Recién ahora siento que puedo. A dar lugar a una nueva versión que todavía desconozco pero que está marcada por la renuncia. Renuncia a seguir sobreviviendo. Ya no. Necesito probar otros registros. Necesito vivir y no protegerme.

Sé que hay peligro. Soy consciente. Sé que siempre lo habrá. Pero, esta vez, quiero intentar recibirlo de otra manera. ¿Sabés qué quiero intentar, Hernán? Quiero flotar. Entendés lo que te digo. Flotar.
Me refiero a dejar de pelear contra la corriente. Dejar de intentar controlar cada ola. Confiar en que, si me suelto un poco, el agua me sostiene. Yo me sostengo.
No hundirme. No escapar. No remar con desesperación.
Flotar como chance que le doy a la vida de que no siempre los golpes ahogan, a veces, simplemente nos mecen.
¿Y mientras tanto? Respirar, Hernán.
Mientras tanto respirar y nada más.

Confiá, Carola, confiá en lo que sentís, en lo que pensás, en lo que sabés.

Bueno, recién ahora puedo hacerlo. Recién ahora.
Supongo que así funciona el tiempo de las semillas: se plantan en el barro, se hunden, parecen muertas y un día brotan.
Es hora de ponerme a regarlas… pero sola.
Quizá de eso se trate mi nueva temporada: de dedicarme a florecer.
De dejarme florecer.

De encontrarme en un espejo nuevo que todavía no está, pero que es momento de ponerme a construir. Sin vos, es cierto. Pero conmigo. Con otra distinta de mí. Sin vos ahí afuera. Pero con todas nuestras semillas internalizadas y bien plantadas.
Recién ahora puedo.
Recién ahora estoy preparada para trazar mi propio mapa.

Por eso, en este cierre enorme, pero simbólico, entiendo por qué nunca me diste el pescado servido en el plato. Sos choto, ¿eh? Pero acá tengo la caña, mi querido y, claro, que también y sobre todo, guardo la manera en que me enseñaste a usarla.

Te la hice larga, perdón. Me cuesta despedirme de vos, esta decisión no me es fácil. Me estoy deshidratando con el agua que voy perdiendo por los orificios oculares.
Pero es que ahora entiendo que la red ya no está afuera, ni en vos, ni en nadie.
La red soy yo.
Era yo…
¿Cómo no vi antes que la baldosa que me invitaste a construir durante todo este tiempo no estaba debajo de mí?
No era el lugar donde iba a pararme.
La baldosa soy yo.
El barro soy yo.
Las semillas tienen que estar en mí.
Aquel universo que me invitaste a construir no era sobre la tierra, era sobre mí.
Soy yo la que sostiene.
Soy yo la que florece, Hernán.

No puedo creer la cantidad de años que tardé en entender el mensaje.
No puedo creer cómo no me dejaste una pista más rápido.
¡No puedo creer cómo me aguantaste tanto!

No puedo creer cómo me aguanté tanto…
Pero acá estoy.
Plantando flores en el barro…
Imposible que no crezcan.

Te quiero,
Carola

8 de julio, 11.08 am
Para: Silvina Di Salvo
Asunto: Señales de vida

Hola, mi querida Silvina:
¿Cómo estás? Tanto tiempo.
Perdón por la demora en responder. Espero que no te hayas enojado. Pero la realidad es que estuve con algunos bloqueos artísticos. No podía escribir ni una letra, nunca me había pasado. Después te cuento bien, pero fue un infierno del cual pensé que no volvía más.
Si la propuesta caducó, asumo las consecuencias de los mails que nunca respondí. Pero si todavía siguen interesados, quiero que sepas que sí: que acá estoy para arrancar la novela. Demás está decirte que necesito ayuda. Sin vos del otro lado no la puedo hacer.
Vos me dirás cómo nos manejamos esta vez.
Guiame un poco, orientame sobre qué temática quieren que trabaje. Me gustaría hacer algo más relajado. No ir tan a las profundidades. Ya no sé qué más saldrá de este pozo, ni quiero saberlo. Ya sabés que me da miedo mi propio cerebro, ¿no?
Acepto sugerencias. ¿Lo charlamos por Meet? ¿Zoom? ¿En persona?
Como vos y las chicas prefieran.
En cuanto a mí: lo de siempre. Necesito que organicemos horarios, días, semanas, todo pautado. Fecha de entrega. Que me caguen a pedos. Eso que ya conocés.
El rigor del látigo, tal cual.
Pero, sobre todo, lo que necesito —fiel a tu estilo— es que no te detengas en nada de lo que te cuento. Mires para otro lado, juntes papeles mientras te

tomás un mate y yo me lamento y te dediques a hacer lo que mejor sabes hacer: tirarme al mar.
Necesito ponerme a nadar, Silvina.
Tirame al mar de una puta vez.

Con amor,
Carola

---

8 de julio, 11.09 am
Respuesta automática.

Estaré fuera de la oficina hasta el 12 de julio. Por temas urgentes, comunicarse con…
Saludos cordiales,
Silvina Di Salvo

8 de julio, 11.10 am
Para: Silvina Di Salvo
Asunto: ¿Dónde te metiste?

Silvina, sí, es urgente. Ni idea de ese mail que dejás en tu reemplazo. ¿Qué hago? ¿Te tengo que esperar? Avisame si estás ahí. Es solo un rato.
Besos, Carola

8 de julio, 11.11 am
Respuesta automática.

Estaré fuera de la oficina hasta el 12 de julio. Por temas urgentes, comunicarse con…
Saludos cordiales,
Silvina Di Salvo

8 de julio, 11.12 am
Para: Silvina Di Salvo
Asunto: Voy a tener que esperarte.

Silvina, ¿sos vos o es una máquina? No estás, pero me llegan rapidísimo tus respuestas, es raro esto. Bueno, te quiero igual.
Carola

8 de julio, 11.27 am

Querido tío Roberto:
Adjunto esta carta al mail que me reenvió Julia, mi hermana, tu sobrina, la hija de tu hermano Jorge, mi papá. Sé qué hace mucho tiempo que no nos hablamos, realmente he perdido la cuenta, y lo lamento mucho. Entiendo que Julia te contactó hace poco haciéndote algunas preguntas de la casa que estás vendiendo en la costa. Una casa de la cual, dicho sea de paso, conservo los mejores recuerdos, momentos que todavía se encuentran tan vívidos como si no hubieran pasado los años.

En ese momento, algunos problemas en el vínculo con mi hermana, que no vienen al caso, impidieron que finalmente lleváramos adelante la visita, y es por eso que hoy te contacto por esta vía formal para ver si podemos volver a pautar un encuentro. Demás está decirte que mi interés está intacto y que de ninguna manera espero contemplación financiera. Las cuentas claras, siempre.

Te dejo mi teléfono, quizá te resulte más fácil dejarme algún mensaje por allí.
221 675 8889

Bueno, tío, espero que la familia esté muy bien, mandale un fuerte abrazo de mi parte. Por acá, todo muy prometedor. Tenemos tanto para charlar…
Te mando un cariño, espero ansiosa tu respuesta.
Siempre en mi memoria y en mi corazón.
Carola (tu sobrina)



15

Después de mandar los mails me prometí no mirar la notebook hasta la noche.

Duré dos minutos.

Nunca me llevé bien con la ansiedad. Es otra de mis materias pendientes. No me importaba tanto el contenido de las respuestas, sino saber que habían llegado a sus destinatarios de manera efectiva. Mi decisión ya estaba tomada y no había vuelta atrás, pero necesitaba tener la mirada confirmatoria de mis disparos, para dar por cerrado un círculo que yo sola había decidido cerrar.

No recuerdo exactamente cuántas veces actualicé la bandeja de entrada, pero deben haber sido más de diez.

Fui hasta la cocina y abrí la puerta de la heladera.

Manoteé lo que encontré: sandía, un trozo de pan lactal, restos de torta que había quedado desde el día anterior, algo de queso y un yogur. Comer por comer. Sin hambre. Con esa mezcla de ansiedad y desahogo que no permite distinguir lo que entra ni por qué.

Tomé una gaseosa del pico para empujar el engrudo que acababa de ingerir Un banquete de la espera que fue coronado con un delicado y tímido eructo.

Volví al living un poco más tranquila y me senté en mi oficina improvisada e intenté respirar.

Ejercicios que aprendí en India, en YouTube, en podcasts, en clases de meditación y yoga, en mi posgrado de mindfulness, en retiros, en temazcales, en los grupos de El arte de vivir, en cualquier espacio donde alguien prometiera una vía, un atajo a la paz.

Intenté todos los métodos que recordaba: inhalar en cuatro, retener en dos, exhalar en seis. Respiración diafragmática, respiración alternante nasal. Respiración 4-7-8 y de repente el cuerpo empezó a fermentar.

Un calorcito en el pecho, una presión en el estómago y de pronto: hipo. ¡La reputísima madre que me parió! Perdón, mamá, perdón.

Otra vez. No pasa nada. Inhalo. Exhalo. Ommm…*Hip*.

Ok, Carola, tranquila querida. Esto no puede estar sucediendo.

Pero la insistencia característica de este mal marcaba su propio ritmo desesperante: *hip, hip, hip.*

En ese momento mi cerebro me acercó una bandeja con varios canapés en forma de pensamiento. Por algún motivo, elegí uno diferente al que me hubiera comido un par de horas atrás.

Si me voy a estrellar voy a disfrutar el viaje.

Me levanté del piso y apunté con el control remoto. Busqué en YouTube una lista de música hindú. Apareció un video de ceremonias en India: gente girando, cantando, aplaudiendo, llorando, leyendo, todas entregadas al movimiento del mantra.

Om Namah Shivaya
Om Namah Shivaya

Om Namah Shivaya

Sentí una alegría inesperada, como cuando te cruzás por la calle con un querido amigo y lo abrazás de forma inevitable. Sonreí, sonreí tanto como aquellas veces que lo escuchaba en las calles de mi amada India.

Lo acompañé primero con la voz, después con el cuerpo, y de repente el aquí y ahora. Nada más que el baile. Nada más que la entrega.

Empecé a girar despacio, sin dirección, solo ritmo. El hipo se mezclaba con la respiración, con la música, con el mantra. El bien y el mal convivían y se llevaban fantástico. Un viaje hermoso. Un gran trance doméstico.

Om Namah Shivaya
Om Namah Shivaya
Om Namah Shivaya

No había coreografía, solo la necesidad de girar. El movimiento me ordenaba. A veces los brazos acompañaban, a veces caían despojándose de su propio peso y morían rectos, relajados, descomprimidos. Mi cuerpo era un tambor latiendo, un vaivén, un desajuste, una torpeza, un ritmo sin destino.

Ay, Dios mío. Qué hermoso. ¿Qué es todo esto? Qué hermoso, por favor.

Giraba, respiraba, hipaba, me reía. Qué lindo: me reía…y cómo me reía.

El mantra seguía. Se repetía a sí mismo, giraba sobre sus propias notas mientras yo lo hacía sobre mis propios pies.

De a poco y sin pretensión alguna más el cuerpo fue adquiriendo su forma. Su quietud. Su templanza. Y cuando la música se fue, me di cuenta de que ya no había hipo. Ya no había espera. Ya no había nombres propios.

Solo respiración, sonido y movimiento.

Cuando menos me interesaba, *el ding* de mi computadora me dio el aviso: los dos primeros mails habían llegado.

La espera había dejado de fermentar.



16

8 de julio, 2.05 pm
Para: Carola Henner
Re: Renuncia

Habiendo quedado debidamente notificado y a la espera del telegrama correspondiente, dirijo su correspondencia a Asuntos Jurídicos.

Dr. Juan Carlos Martínez Vidal
Gerente de Recursos Humanos
Red Asistencial Estatal

8 de julio, 11.22 pm
Para: Carola Henner
Re: Final

Mi querida paciente y amiga:

Leí tu mail, como quien vuelve a escuchar una voz que conoce de memoria.
Qué placer, qué placer leerte una vez más.
Y claro que me emocioné.
¿Cómo no hacerlo?
¿Cómo no abrazar, aunque más no sea con las palabras, a la colega, paciente y amiga que me permitió acompañarla a sus profundidades más íntimas?
El agradecido soy yo, Carola. Este viaje nunca se trató de interpretaciones y diagnósticos: se trató del encuentro. Y fue en ese encuentro que fuimos, ciertamente y tal como lo relatás, hogar seguro. No existe terapia sin vínculo, ni cura sin esa corriente que nos mantiene vivos y atentos al otro.

Decís que es tiempo de salir, y tenés razón. Una vez más estoy de acuerdo con vos. Si lo propuse aquella vez, es porque sé que tenés con qué.
Hace tiempo que la puerta está abierta. Hace años entraste por decisión propia y hoy volvés a elegir: esa es la verdadera autonomía. No el salto. Sino la conciencia del salto. Qué dichoso poder verte hacerlo. Qué orgulloso me pone.

Confío en vos, Carola. Siempre lo hice.
Confío en tu brújula, en tu instinto, en el modo en el que aprendiste a sostenerte.

¡Celebro que hayas destruido el espejo rajado! Me quedo con las ganas de haber visto la función, pero conociéndote puedo imaginarla a detalle. Será por eso que me hubiera gustado estar ahí para mirarte desplegar las alas bien a tu estilo. ¿Era necesario? Claro que lo era. Mirarse en una fractura es seguir multiplicando la herida y ya estamos cansados de eso. Es verdad. Ahora te toca la mejor parte: construir uno nuevo, uno que no deforme la imagen por el simple hecho de no poder devolvértela entera.
¡Me gusta, me gusta lo que viene! Conozco a mi paciente. Te conozco. Y me encanta que decidas hacerlo sola. También lo celebro. Era hora, Carol. Tu hora.

Adelante, colega. A flotar. Y si la marea se pone densa y sentís que te arrastra: no te desesperes. La desesperación ahoga más que el agua.

Suerte en tu nueva temporada.
¡Por supuesto que no me interesan los tomates! Ni las flores. Ni la cima. Ni la punta del Everest. De hecho, ¡no me quiero olvidar de un tema importantísimo! Me sorprende que mi querida paciente piense que no le dejé el pescado servido. ¡Carola! ¿Qué pescado?¡No hay pescado! Nunca lo tuve. ¡Es más! No sé si existe. Si algo te prometí desde el primer día era que no tenía recetas ni fórmulas mágicas. No hay secretos. No hay cierres. Hay búsqueda. Encuentros y desencuentros. Por eso, por acá me quedo muy contento. Sabiendo que por fin estarás contemplando el camino. Tu propio camino. Buscando un tesoro que no existe, pero con la certeza de que está escondido en alguna parte.

Cariños,
Hernán

17

Pude descansar bastante bien. Lo suficiente como para tomarlo como una señal: todo lo que había decidido y ejecutado estaba alineado con un deseo genuino. Apenas me desperté, encendí la computadora que había dejado sobre la mesita de luz y mientras le daba tiempo a que iniciara, me lavé lo dientes y prendí la ducha. Volví a la cama como si caminara dentro de una escena reservada: me saqué el pijama, me solté el pelo y dejé que cayera hacia adelante para que me cubriera los pezones. Un pudor estúpido, como si alguien pudiera verme atravesar ese pequeño ritual. Me acerqué a la compu, incliné el cuerpo hacia la pantalla apoyé el dedo meñique en la comisura del labio de abajo como un vicio de la concentración y traté de focalizar lo que mi astigmatismo siempre convierte en un simulacro difuso. El corazón comenzó una inexorable taquicardia al comprobar que el resto de los mensajes habían sido contestados.



9 de julio, 11.43 am
Para: Carola Henner
Re: Querido tío Roberto

Hola, Carola, ¿cómo estás? Soy Gabriela. Tu prima. Acabo de recibir tu mail. En principio imagino que te dirigías al viejo, ¿no? Ernesto, Ernesto se llamaba, no Roberto, el primo hermano de tu papá. No eran hermanos. Eran primos. No te preocupes por la confusión, cosas que pueden pasarnos a todos, solo para actualizarte un poco. Lamento comunicarte que papá falleció hace unos meses. Aún conservo su mail por si alguien lejano busca contactarse con él. En breve lo doy de baja. Nos sorprendió no verlas en el velorio, creo que alguien se comunicó con Julia en su momento, no recuerdo bien si fue mamá o mi hermana Carmela. Fue una agonía injusta realmente, pobre viejito, pero por suerte, si es que se puede decir así, ya está descansando en paz.
En este momento estoy de viaje por trabajo. Ni bien regreso te mando un mensaje a tu celular y nos juntamos a tomar un café y nos ponemos al día, ¿te parece?
Ah, casi lo olvido: en cuanto a la casa, lamento decirte que no, que ni bien falleció papá preferimos conservarla en la familia y la quitamos de la venta.
Un beso grande para vos y otro para Julia. Espero que hayan resuelto esas rispideces. ¡Las recuerdo como un gran equipo!

Cariños,
Gaby

18

12 de julio, 9.30 am
Para: Carola Henner
Re: Señales de vida

¡Mi querida! Ya me estaba preocupando. Siempre es un gusto recibir noticias tuyas. Por supuesto que sí, Carola, nada ha caducado, de hecho, me da mucho entusiasmo volver a trabajar juntas.
¡Y sí, tengo el látigo en la mano, como siempre!
Carola: hacé lo que quieras. Escribí lo que se te cante, como se te cante, pero… No te olvides que respondo a un plan editorial y mi cabeza rodará si nos demoramos en los plazos de entrega (qué dramática).
Si mi memoria no falla, vamos por la segunda parte de *Loca*, ¿verdad? Segunda parte, especie de saga, perfecto. Allí vamos.
No tengo métodos para el supuesto bloqueo artístico del que me hablás. Solo puedo decirte que te manejes con la libertad que te estoy proponiendo. El único método que conozco, y perdón por el pragmatismo, es que te sientes a escribir y salga lo mejor de vos: la historia con tu voz, la que esperan escuchar las lectoras.
Confiá en en tu cabeza, tus ideas. Divertite mientras lo hagas, permitite jugar, ¿sí? Dejemos de dar vueltas porque estoy atrasada con otros trabajos y

además ya las debés haber dado todas. Anda pasándome lo que tengas, así voy leyendo. Confírmame si martes o miércoles a las 10 am de la semana siguiente te viene bien y te paso el link.
¡Empezamos!

Saludos,
S.

Me quedé unos segundos delante de la pantalla, sosteniendo esa mezcla improbable entre la confirmación de algo que se abrió y la interrupción de mi sueño vital. Maldita mi bendita casa del campo. En rigor de verdad, había hecho todo, o por los menos pegué un par de coletazos a la biografía de mi vida bastante interesantes. Sin embargo, el sí más profundo —o quizá como dice mamá muerta, aquel que estaba brillando más por su ausencia— se me estaba escurriendo de las manos.

Cerré la computadora y entré a la ducha. Sentía la cabeza cargada. Los pensamientos habían transpirado adentro mío. Por un lado, estaba relajada, como quien siente que algo se logró, pero al mismo tiempo había una tensión que no sabía desarmar. Otra vez me tocaba seguir buscando. Pensando. Decidiendo.

Con el correr de los años, empecé a visualizar mi vida como una carretera. Me veía manejando en la ruta en medio de la noche. Algunas veces más atenta que otra, pero siempre mirando hacia adelante. Cada tanto, un perro se me cruzaba en el camino a una distancia en la que me era imposible implementar alguna maniobra

para evitar el inminente destrozo. El perro desaparecía, y yo siempre volcaba. Cuando despertaba del golpe ya estaba en la cama recuperándome y punto. Nada que entender. Nadie a quien preguntar. Jamás se me ocurrió echarle la culpa a nadie. Nunca reparaba en el estado de la carretera, en el despiste del animal o en mi probable desatención. Simplemente creía —y lo sigo creyendo— que se trataba de la vida haciendo su labor: manifestarse. Ahí estaba otra vez. En la carretera, manejando, sin posibilidad de esquivar el nuevo perro que había aparecido sin ningún tipo de intención moral más que la de ser perro caminando en medio de una carretera, y a pesar de que no esté cuestionando la contingencia de este animal, no puedo negar lo que me perturba la imposibilidad de vivir sin sobresaltos.

El vapor empezó a subir como si me diera tiempo antes de mojarme. Metí el cuerpo debajo del agua y sin pensarlo agarré el shampoo. Un ritual sin poesía. Pero cuando las manos tocaron mi pelo mojado, se trasformaron en otra cosa: dos puños trabajando contra mí. Se movían rápido, bruscamente, casi con urgencia, como si hubiera una prenda embarrada que necesitara dejar blanca. Un refregar torpe y feroz sobre una tabla de lavar que en ese momento era mi cerebro. Un vaivén mecánico pero voraz.

No era una ducha rápida. Era una ducha violenta. Una ducha compulsiva disfrazada de costumbre. Me di cuenta porque estaba respirando con agotamiento. Pero en esa noción de lo que estaba pasando, lejos de relajar la fricción, mis manos apretaron más como si esa intensidad fuera una forma de eficiencia: si lo hago fuerte,

está bien. Si lo hago más fuerte, está mejor. Una lógica absurda, pero conocida. La misma que sentía cuando me arrancaba los pelos para calmarme, la de comer sin hambre para no sentir, la de comprar hasta que la bolsa cortara los dedos, la de amar como si hubiera que golpear la puerta interna para que alguien atendiera. Una escena mínima que lo contenía todo como un fósil húmedo. El modo en el que me traté sin darme cuenta durante años seguía vigente en este gesto insignificante de mi vida. Como si mi cuerpo fuera un objeto resistente, un territorio a corregir, una suciedad a eliminar. No un cuerpo a habitar.

No sé cuánto tiempo estuve tratándome así. El tiempo compulsivo es raro: empuja, avanza y se detiene de golpe como si un movimiento más de ese repertorio hubiera chocado contra una pared invisible. De repente, apareció el silencio. Ese silencio que no viene de afuera. Un silencio que viene desde adentro del cuerpo cuando deja de defenderse y dice basta. Tranquila. Calma. Miré hacia los costados con vergüenza. Me quedé quieta bajo el agua. Las manos colgando. El pelo cayendo pesado. La cabeza latiendo. ¿Acaso alguna vez le lavé el pelo así a alguno de mis hijos? ¿Podría ser tan cruel con alguien que no fuera yo?

Probé hacerlo de otra manera: el agua más fría. Más caliente. Una mezcla exacta para que la piel no retroceda. Dejé que el agua me corriera despacio, como si quisiera enseñarme el ritmo que mis manos no conocían. Pasé los dedos abiertos por el pelo, esta vez sin urgencia, con la suavidad recién lograda, como si fuera algo ajeno. Incluso el jabón cambió de textura en mis manos: antes era un

arma, ahora era espuma. Incliné la cara hacia atrás y dejé que el agua me cayera en la boca. A veces, me animaba a tragarla, otras, la escupía, otras me encomendaba a sentirla. Me senté en el piso y me quedé. Me quedé. Me quedé dejando que el agua cayera sobre la espalda. Moví el agua de un lado hacia el otro. Me salpiqué. Jugué con el recuerdo de los patitos de goma que les había comprado a los nenes. Los vi, me vi. Junté los shampoos, las diferentes cremas de enjuague y los puse en fila. Reviví mi propio juego. Reté a esos alumnos que tan mal se portaban en los momentos en los que mi yo maestra quería dar su clase. Los volví a acomodar. Limpié las paredes con jabón haciendo espuma con mis propias manos hasta que empecé a sentir las yemas de los dedos achicharrándose.

Cerré la ducha y me envolví en la toalla. El cuerpo parecía otro, no por su forma, sino por el modo en el que podía sostenerse sin tensión. Me senté en la cama y agarré el aceite con aroma a cereza. El olor se elevó antes de que tocara la piel. Lo extendí por los brazos, por las piernas lentamente, incluso por la cara. Tocarme empezaba a convertirse en un lenguaje. Hay gestos que no necesitan resolver nada. Solo quedarse. Estar. Mimarse. Disfrutarse.

Me puse un camisón livianito de seda blanca, me peiné el pelo con ternura, lo até con un rodete para despejarme la cara, y tendí la cama, todavía deshecha con una precisión cálida, sentida. La perfumé y me recosté apoyándome en el respaldo.

Tomé la computadora y escribí el último mail que me faltaba. Un mail a Rubén, mi querido psiquiatra. En realidad, fueron dos. Tres. Bueno… al final, agregué uno más. Esta vez estaba guiada por la

satisfacción de estar escribiendo, contando, relatando. Sin euforia, sin lágrimas, sin desesperación, sin urgencia, con placer. Con mucho placer. En ese ritual descubrí algo hermoso: la calma como lujo.



19

Sofía no me da tiempo a sacarme el abrigo.

Apenas me siento, ya empieza:

—Lo único que te pedí es que me avisaras lo que ibas a hacer antes de hacerlo. ¿Todos estos movimientos porque te comenté que un día te ibas a jubilar? ¿Cómo pudiste estar escondida en tu propia casa y no avisarme? Esas cosas las hacías de pendeja, Carola, dejame de joder. Cada vez estás perdiendo más aceite, es realmente preocupante.

—¿Yo?

—Sí, vos. Mirá... porque te conozco y sé dónde vas con esa carita. Puede ser que yo venga con mis propias fugas, no te lo voy a negar. Pero la diferencia entre vos y yo es que mis goteras no las ve nadie. Yo las llevo con más glamour que vos. No se entera nadie, no salpican a nadie. En eso soy bastante más viva. Más recatada. ¿Por qué te exponés así? Explicame por qué todo tiene que ser tan bestial, tan tajante, tan…Cuidate un poco, nena. Eso es lo que te digo.

—Así que tus cagadas son más glamorosas que las mías… Mirá vos. ¿Sabés qué pasa, Sofi? Tus goteras no salpican a nadie porque vivís poniéndoles brillantina. Si yo hiciera eso, me ahogo en purpurina, y antes que eso prefiero la honestidad.

—¿Y por qué no? Al fin y al cabo, te estoy mostrando una propuesta mucho más beneficiosa para vos, Carola. ¿Porque no es tu modo, pensás que el mío es superficial? ¿Que sea superficial lo hace menos honesto? Enroscarte no te hace superior y mucho menos defender ese cadáver.

El mozo pasa con una bandeja y el olor del café me llega antes de que pueda contestar.

—¿No lo habías pensado? —sigue—. Me refiero a la jubilación. La gente crece, sí. Un día deja de trabajar y en el mejor de los casos, se jubila. Lamento haber sido yo quien te dio *el notición* que tanto te perturbó. Debería haberte aclarado a tiempo que te faltan mil años para eso. Pero. además, ¿cuál sería el problema? Te lo dije justamente para que no renuncies pensando… a muy laaaaargo plazo en una pensión más o menos digna. Todo lo otro fue una interpretación tuya. Un delirio desproporcionado. No voy a hacerme cargo de que, de repente, la supuesta epifanía fue mi culpa. ¿Para qué lo dejaste a Hernán? Imagino que las pastillas que te da el psiquiatra las vas a seguir tomando, ¿o eso también lo sacaste de la lista de la nueva Carola? ¿Era necesario renunciar de esa forma? Vos sos una tipa conocida, viejo. Una profesional destacada. Tenés que cuidar tu imagen. Irte con altura, con la boquita cerrada, más allá de que el tipo sea una rata inmunda, no haya terminado la guardería, le falten los dientes o sea un inútil, es tu gerente y punto… ¿Vos? *Muzzarella.* Calladita la boca. —Cierra los labios uniendo el pulgar con el índice—. No sé, Carola. Vos conocés a esa gente, pero yo me hubiese manejado de una manera más prolija. Aunque pensándolo bien, por lo menos no te pueden echar… Nada, un chiste malo. Lo

del espejo no lo entendí. Me niego a aceptar que eso está bien. ¿Quién te fue a juntar todo ese desastre? ¿Dónde te mirás ahora? ¿La opción intermedia de arreglarlo no se te cruzó por la cabeza?

Apoyo las manos en la mesa fría y cuando abro la boca me frena y le hace una seña al mozo.

—Lo único bueno de todas estas novedades es que vendieron la casa del tío Rodolfo. No estaba de acuerdo en que te fueras. Me parece que tus hijos te necesitan, que Nicolás no te va a dejar que te los lleves a plantar sombrillas en la arena, en caso de que esa sea la otra opción que estés considerando y, por otro lado, nada más incoherente que irte a cumplir el supuesto sueño de tu vida en un lugar que va a confrontarte una y otra vez con los fantasmas de tu infancia, tu pasado, tu historia, justamente aquello de lo que te querés despegar. —Mira al mozo que espera y escucha—. Disculpame, qué tal, ¿me podés traer un café cortado con leche vegetal y el combo ese de la tostada con palta, huevo y queso? ¿Puede ser?

—Ernesto. No Rodolfo. Y es mi tío, no el tuyo. —corrijo—. Yo también te pido, buen día. Quiero un cortado con tostadas con miel y queso crema. Nada más.

—Da igual, Carola. No te hagas la graciosa. Un pobre viejo que ni sabías que estaba muerto. Te conozco hace más de la mitad de tu vida, si lo nombraste dos veces es mucho decir y diciendo *tío*, porque ni vos sabés cómo se llamaba el difunto. Me imagino la cara de tu prima leyendo ese mail delirante. ¿Gaby? Otra que no la registro. Pero contame, contame lo que vas a hacer. Evidentemente, ya lo decidiste, ¿cuál sería el plan? ¿Seguís con la idea de envenenar a los perritos de al lado? ¿Lo de hacerte linyera sigue en pie?

¿Raparte la cabeza con una tijerita de plástico? ¿Irte a Nepal a fumarte un palo santo? Contame.

Me río sin ganas.

—Cuando termines con el stand up, te cuento.

—Yo soy de la idea de que te falta magnesio, hierro, vitamina C, vitamina D. Darle alimento a ese cuerpo. Los carbohidratos no te suman. No podés almorzar y cenar tostadas con miel. Mirá lo que sos, no tenés un solo músculo. No podés no cuidarte, de verdad te lo digo. Te agarra la menopausia así y te termina de destruir. Dejame ayudarte en eso, no me das bola. Es a lo que me dedico. Ahora hay un montón de suplementos. Necesitás proteína. Alimento. Ese cerebro necesita reprogramar tus neuronas. Deberías empezar con Omega 3 para desinflamar un poco. Sabés perfectamente la correlación entre el intestino y los problemas mentales. ¿Lo charlaste con tu psiquiatra? No me contestaste lo de tu psiquiatra.

—Le dejé un mail. En verdad, algunos mails. Varios. Necesitaba no olvidarme de nada y como no tenía el celu… No me contestó. Pero los otros días me mandó un turno por wasap, lo veo la semana que viene.

—¡Pero claro! Con buen criterio el hombre. Tiene que verte, me parece perfecto. Qué locura la incontinencia *escritural* que te agarró, ¿así se dice? ¿Fue como un brote? Con tantas profesiones lindas que hay, qué necesidad de dedicarse a esto. Te digo que la mina del chat gpt es buenísima, ¿eh? A mí me resuelve bastantes cuestiones cuando necesito respuestas rápidas, y no jodo a nadie.

Mientras habla, mira el celular, responde mensajes, vuelve. Como si pudiera hablarme y ausentarse al mismo tiempo. Y algo en mí se

parte, pero no de enojo, sino de certeza. Cuando calla, aprovecho el aire que queda en la mesa.

—Sofía, hay cosas que solo se vuelven ciertas cuando se dicen en voz alta. ¿Te diste cuenta? Por eso escribí esos mails. Mi manera de hablar es esa. Cuando escribís, el cerebro hace como un efecto embudo y de todas las ideas que tenés en la cabeza…

Levanta la vista del teléfono y lo deja dado vuelta sobre la mesa. Me interrumpe mientras se peina con las manos.

—Carola, ¿me estás jodiendo? Decime que me estás jodiendo ¿De qué embudo me hablás? ¿De qué estás hablando? Explicame cómo pensás seguir y, si es posible, que sea en castellano.

—Primero, calmate. Bajá un cambio porque estás un poco agresiva y no entiendo por qué motivo. Al fin y al cabo, es mi vida, no la tuya. Te estás pasando ocho pueblos con la ironía. Como si vos fueras ejemplo de algo… Tampoco sos la lúcida del equipo, te aclaro. Estás un poquito violenta… y sorda. Porque si me escucharas te darías cuenta qué te estoy explicando… Lo que te quiero decir es que cuando las cosas bajan al papel toman rigor de verdad. Antes, son solo ideas que flotan en la mente, livianas, sin peso alguno. Pero cuando se escriben: chan, hacen su magia. Caen. Y al caer, se vuelven verdad.

Hace una mueca de desconcierto, pero no interrumpe.

—Cuando dijiste que algún día me iba a jubilar, no me confrontaste con la muerte. No me refería a esa epifanía. Tampoco dijiste nada glorioso, quedate tranquila. No estás iluminada. Yo no le tengo miedo a la muerte, no hace falta que te lo aclare. En aquel momento se me vino la película de mi historia en un segundo y se me cerró el estómago. No lo sé, pero frente a ese manantial de

diapositivas mentales, le tuve miedo a la vida. No a cualquier vida: a la no vivida. Cuestión que en ese instante empezó a caer en mi cabeza todo un listado enorme de todos esos *nunca* que fui relegando por miedo, por incapacidad, por la depresión, por enojo, por locura, por lo que sea. Todo lo que nunca viví. Todo lo que no me animé a ser. A sentir. A intentar. Una procesión de ausencias infinitas. Y no por resignación, sino por haber vivido en pausa. No te creas que fue un listado cliché de los sueños que me quedan por cumplir, ojalá se tratara de eso: mi inventario fue una lista de terror. Una conciencia brutal de todos los *ya no*. Y en esa conciencia, sentí un poco de desesperación. Todo se me acercó demasiado. La idea de una potencialidad que se agota, el cuerpo que envejece, el tiempo que se estrecha… el tic tac de un reloj avanzando y yo… durmiendo. Freezada. Inerte.

Sofía se mueve incómoda, revuelve el café y no levanta la mirada.

—Cuando envié los mails, algo se aflojó. Me sentí suspendida, sin urgencia. No fue una decisión impulsiva. Entiendo que parezca que sí porque fueron todas juntas. Pero, en verdad, se trató de un movimiento hacia adentro. Vital. Me vi contra las cuerdas. Y me dije: ahora o nunca y bueno, tiré las cartas arriba de la mesa, ¿me comprendés? Eso me obliga a moverlas. A jugar. A pensar no solo en un ahora, sino en un mañana. Y, por otro lado, y te lo digo con cariño, tampoco tengo que contarte todo para que me entiendas, ni para que lo apruebes o lo desapruebes. No tengo que explicarte cada paso que doy, ni justificar lo que siento. No necesito que me corrijas, ni que me diagnostiques a cada rato, ni siquiera que trates

de resolverme las cosas. No me falta un lóbulo prefrontal. Tampoco es que el tuyo esté en mejores condiciones que el mío…

Sonríe con un dejo de vergüenza mientras zarandea un sobrecito de azúcar para arriba y para abajo.

—Basta, de verdad, Sofi. Dejá de cagarme a pedos por todo. Ni yo tengo cinco años ni vos sos mi niñera. ¿No te parece? De hecho, en unos años me estaré por jubilar. —Le guiño un ojo—. Si me equivoco, me haré cargo. Como hice siempre. A mi manera, de mi forma, porque no conozco otra, o mejor dicho no podría hacerlo de formas que no estén alineadas con mi esencia. Soy esto, amiga. Necesito que me quieras, no que me retengas. Porque no te estoy dejando, me estoy eligiendo. No porque no te veas en la foto es necesario que la rompas.

—Pará. No quiero que te vayas, es cierto. No es por egoísmo, o quizá sí. Pero egoísmo del bueno. Siempre estuvimos juntas en todas, ¿cómo no me voy a ver en la foto? Afuera no me dejás ni loca. Encontraremos el modo intermedio, no lo sé. En definitiva, yo me adapto mucho más que vos, lo sabés. No te quiero frenar. Te juro. Es… ¿prevención?… Miedo a que le pifies, a que te frustres, a que enloquezcas otra vez, a que termines enroscada con un chamán en el medio del bosque comiendo hongos. No es algo que podría soportar, y no por oligarca, como me dijiste aquella vez. Que me cuide y me guste la buena vida no me hace superficial ni más tarada que vos. No soy boba, me doy cuenta que es una idea, que me la hacés saber más de una vez. No va por ahí. Soy tu amiga y me gustaría que puedas encontrar la paz que buscás rodeándote de gente… ¿sana, quizá? De cosas… ¿normales? ¿De que no mates

perritos, hables con palomas y rompas espejitos, tal vez? ¿Es mucho pedir?

—Estás midiendo mi vida con la vara de la tuya, y no funciona así. Nos recorren diferentes historias. Nos pasaron cosas distintas, vos tenés tus propias heridas que las llevás como podés, y las resolvés a tu manera. A veces bien y otras, como el culo. Nos movemos en lugares diferentes, con personas distintas, Sofía: ¡ni siquiera nos gustan las mismas cosas! Vos no comprendés que yo vaya a caminar a la plaza y disfrute hamacándome por horas, mientras podría estar caminando por el perímetro de tu barrio privado. Y yo no entiendo qué hacés caminando al lado de un alambrado que te separa de una villa por una arboleda preciosa, celular en mano, los labios pintados —por si te cruzás con alguien conocido— pensando que eso se llama libertad y naturaleza... Dale, como si los mosquitos que te pican ahí tuvieran otro ADN que los que me comen las piernas en *mi* plaza del bien. Sofia, nuestra relación es un lugar donde hacemos piecito. Un paréntesis compartido donde somos de verdad, y por eso funciona bien. No usamos máscaras. Cada cual sabe a quién tiene enfrente. Tenemos permitidas hasta las mentiras porque conocemos las verdades que están debajo. No me quiero poner romántica, pero somos bendecidas con esta amistad. ¿Te das cuenta? Nunca jamás la pondríamos en juego por nada, ni mucho menos por nadie. Las pocas veces que alguien intentó meterse fue eliminado en medio segundo. Lo nuestro es monogamia o bala. Y todo eso es hermoso. Confianza, cero reclamos, ni una demanda… pero a veces siento una diferencia: yo te escucho sin pretensión de que actúes de formas que no existen en vos, de hecho, ¿alguna vez te sentiste juzgada por

mí? ¿O presionada para que hagas cosas que sé que no la pasarías bien haciéndolas?

—No. No. Nunca dije eso. Pero, bueno. Convengamos que me muevo entre otros extremos. Yo no me haría el daño que vos fuiste capaz de hacerte. Mis cagadas son de otro tenor… son cagadas humanas.

Se le quiebra la voz, agarra el celular, lo vuelve a dejar y me clava la mirada.

—¿Me prometés que te vas a portar bien?

Se ríe y se junta los mocos con el dedo índice.

—Me hacés llorar, boluda.

—Y vos me hacés reír. ¡Deberías ponerte contenta, che! Son buenas noticias. Y no. No te puedo prometer que me voy a portar bien porque en tu diccionario eso significa cosas diferentes a las que significan en el mío. Convengamos que tenés un historial de cagadas dignas de escribir tu propio libro, pero te doy mi palabra que no me voy a hacer mal. No me voy a morir, o por lo menos no hasta después de que cobre la jubilación digna.

—Basta, estúpida. Me preocupás.

—Confiá en mí, Sofi. Te estoy planteando lo opuesto a lo que estás pensando. Necesito otra cosa. Necesito existir de otra forma, me estoy dando una posibilidad, ¿comprendés? Claro que acepto que hay cosas que no van a suceder porque la realidad me demuestra lo contrario. Lo sé: fue justo ahíííí, en esa certeza, donde encontré la salvación.

Sofía mira para los costados, mueve el cuello como una jirafa hacia adelante, gira su torso hacia atrás y regresa a mis ojos.

—¿Y? ¿Es una película de suspenso? ¿Una adivinanza? ¿Ahí dónde, Carola? ¿Dónde?

—No la ves, amiga. No la ves. Me mata que no la veas. ¿Entendés que llegamos arrojados como ratas a un mundo al que no pedimos venir? ¿Habitados por lo ajeno? ¿Insertos en un relato que no escribimos? Y, aun así, la vida es tan chota que nos exige hacer algo con todo eso que no elegimos: con este cuerpo. Con esta herencia, con este nombre, con este destino. Nos la pasamos arreglando platos que no rompimos, lo cual es bastante agotador, no solo eso: vivimos intentando hacer arte de esa masacre ajena… Pero en esa injusticia, en esa desventura… hay un resquicio, un margen diminuto. ¿Me seguís?

—Supongo que sí, utilizás un lenguaje complicado al divino botón, es un poco agotador, pero entiendo. Igualmente, hablá más bajo, si no te jode, la mujer de atrás se da vuelta a cada rato y me da vergüenza que nos escuche. —Se rasca el cuello con incomodidad y lo mueve de un lado al otro.

—La de atrás me da exactamente lo mismo, es más: por mí, que se muera en cinco minutos por chusma. Escuchame a mí. Es la advertencia, Sofía… un aviso: con lo dado, solo tenemos solo un rapto de libertad. Un puto instante en el que te das cuenta que algo, solamente un algo chiquito, pero mágico, podés decidir…

—¿Un poquito más corto, Carol? Es lenguaje oral la cosa, no librito.

—La pregunta que nos queda por hacer, el atajo, es pensar qué hacemos con todo eso que nos vino puesto. ¿Qué pensamos hacer

con lo dado?

—Tal cual. ¿Otro cafecito? Se me parte la cabeza.

—Ya conozco ese camino, no hace falta que te recuerde que abrí todas las puertas que me conducen hacia allá atrás para resolver, muchas veces, hasta lo irresoluble. Toqué la herida tantas veces que ya nos saludamos a los besos. Tenemos una relación tan cercana que le debo una lealtad familiar, tan es así que a veces pienso me da pena dejarla. No pena. Peor que eso… a veces pienso que si la dejo la estoy traicionando.

—Muy fuerte eso que estás diciendo. Casi un hallazgo. Decime que te acabás de enterar de esto en este instante.

—Viví en un presente infiltrado, por lo que no tuve injerencia. Ahora, se me agota el tiempo. Mi epifanía del espanto, esa, la que me regalaste en una visualización vulgar y corriente, me dijo presente.

—Bueh, tan vulgar tampoco debió haber sido. —Saca un espejito de la cartera y se retoca los labios—. Por lo que me estás diciendo, te salvé la vida. ¿O no? Encima gratis. —Se ríe sola—. Me escucha tu psicólogo y se entierra vivo con el título en el fondo de la casa.

—El futuro me está mirando. Tengo los ojos encima. Tan encima que le está haciendo perder peso al pasado. Me da un miedo que no te explico. Pero, por otro lado, creo que se hizo evidente el elefante en el placar, ese que las gafas del dolor no me dejaban ver. Quiero inventar otra historia. Necesito inventar otra historia. ¡Merezco inventar otra historia! No me alcanza tener otra forma de mirarla. La idea de resignificar un pasado de mierda, en la teoría, suena una posibilidad hermosa, pero en la práctica, es una migaja berreta. Me cansé de mí. Al final, soy como las palomas inmundas que tanto

detesto. Pero… ante tanto dramatismo, ante lo inevitable, lo único que puedo hacer es eso: un pequeño desvío. Torcer medio grado lo heredado. Dejar de obedecer la lógica que me formó…

—¿Cómo lo pensás hacer?

—Creando nuevos momentos. Esos momentos construirán nuevos recuerdos. Nuevas memorias. Nuevas versiones. Y ese baúl, ese baúl, Dios mío, —cierro los ojos y me paso la lengua por los labios como si estuviera saboreando un enorme pastel de chocolate— ese sí será mío. Será mío. Mío. Mío. Mío. ¿Y qué pasa cuando algo es tuyo, Sofía? ¿Qué pasa, amiga? ¡¡¡Hacés lo que se te cante el culo!!! Ahí, Sofía, ahí encontré la salvación: en la posibilidad de ejercer un puto y pequeño desvío.

Sofía se estira hacia atrás, hace una contorsión rarísima como si necesitara acomodarse la columna después de un cimbronazo. Sacude los brazos hacia los costados de la silla, un movimiento brusco, casi cósmico, como quien intenta descontracturar un peso invisible.

—Guuuuaaaauuuu. No sé si eso fue un conjuro, un gualicho umbanda o qué mierda, amiga. Yo creo que la mina de atrás se hizo el día. Te juro que no me quedaba en claro si se pegaba un corchazo, te lo pegaba a vos, o si se levantaba para aplaudir. No te diste cuenta, pero fuiste levantando el tono de voz y se escuchó todo, supongo que por la misma adrenalina que ibas generando.

Mueve la cabeza y revuelve un café que ya no está.

—Dale con la de atrás, qué pesada.

—Parááá. También te lo digo por vos, nena. Para que te cuides un poco más. La verdad, es que en un momento tuve miedo, no te lo

voy a negar. Esa cabeza es un dis-pa-ra-te. Todo eso que decís en biología lo llamamos neuroplasticidad y te lo explican en dos patadas. Pero te entendí. Te entendí. Por eso insisto con el tema de los suplementos. —Se ríe, y se toma de los laterales de la mesa como si necesitara aferrarse a algo para volver a la tierra.

Chequea su celular, suspira y levanta la mano sin aviso—. Bueno, amiga, por hoy ya fue bastante, tengo que volver a casa porque me van a matar. Tengo una contractura tremenda. ¿Algún cambio más en la lista de los ya nunca?

Se ríe con ganas mientras mueve el cuello haciéndolo sonar primero del lado izquierdo, luego del derecho.

—No sé si entra dentro de ese rango. Pero tomé una decisión que me parece fundamental. Por un buen tiempo, voy a practicar el celibato.

—Me tengo que ir, Caro. ¿Pedimos la cuenta?



20

Querido diario:

No importa cuándo me leas.
Mamita no siempre tiene razón.



21

Conocí a Matías a los pocos meses de la muerte de mamá. Nos lo recomendó Gustavo, el escribano que llevaba los papeles de la casa. Para solventar su derivación, dijo una sola frase acerca de él: "es una persona de confianza". Y como mamá creía ciegamente en Gustavo, seguimos esa línea sin hacer más preguntas.

Fue Julia quien habló primero con Matías por teléfono y, después de ese primer contacto, dio el visto bueno.

Yo estaba, entonces, intentando salir de mi último pico depresivo, el más devastador de toda mi vida. La idea de mezclar el dolor de su muerte con dinero me resultaba insoportable. Pero, por otro lado, pretender separar una cosa de la otra, tal cual me proponía Sofía, me parecía un autoengaño moral, una forma elegante de escapar del peso de la culpa que ya sentía por creerme con el derecho a sacar a mamá de su propia casa, solo porque estaba muerta. Julia abandonó rápidamente la intención de explicarme que mis emociones no me estaban ayudando. No quiso convencerme. Solo me marcó el terreno con una claridad que me lastimaba y me ordenaba al mismo tiempo.

—La culpa que sentís es producto de los manejos de los que fuimos víctimas durante toda la vida, Carola. ¿No te das cuenta de que nos separaba y nos retenía con eso? ¿No te das cuenta que lo

sigue haciendo desde el más allá? Es la ley. Nos corresponde. Como nos correspondió siempre.

Su voz solía rajarse a pedazos cada vez que recordaba el daño que mamá había causado en nuestra relación; un daño que, aunque lo intentáramos, jamás pudimos volver a reparar del todo. La escuchaba con la cabeza gacha, con un llanto trabado en la garganta que no me dejaba poner palabras donde solo había una mezcla espesa de vergüenza, lealtad y horror. Pero entendía. ¿Cómo no voy a entender lo inentendible?

Por supuesto que mi hermana tenía razón. Pero yo conocía a mi mamá. Conocía la arquitectura de su oscuridad. Mi silencio era una forma de seguir protegiéndome de los efectos colaterales de asumirla tal cual era. La generosidad nunca fue su virtud, y el sistema de leyes que regía su comportamiento no tenía nada que ver con el Código Civil. Ella tenía su propio manual y lo hacía cumplir a cualquier precio.

Antes de ceder *su* casa —esa que durante años usó como arma ante papá—pero, sobre todo, ante nosotras, era capaz de cualquier cosa. Por ejemplo: meterse en terapia intensiva con una lapicera y pedirle a mi abuela moribunda que ponga *el gancho* en la escritura para ceder el porcentaje que le correspondia y así evitar un trámite más, totalmente innecesario. Ante la barbaridad de lo que estaba contando, a modo anecdótico en medio de un almuerzo, las lágrimas de Julia se le treparon a los labios, mientras le preguntaba con esa tristeza disfrazada de furia que la caracterizaba, cómo podía haber

hecho semejante barbaridad. Mamá respondió pestañeando rápido, con un asombro casi teatral:

—¿Vos qué me estás queriendo decir, Julia? ¿Vos podés pensar que yo la traté mal? Se lo pedí con cariño, como corresponde. Tampoco te creas que se dio cuenta de lo que estaba pasando. ¿Acaso alguna vez me viste faltándole el respeto a tu abuela? *Es por ustedes, carajo.*

Esas cuatro paredes siempre fueron su caballito de batalla. Cuando alguien insinuaba dividir ese bien que era familiar, ella se aferraba a un repasador, o a lo que tuviera cerca, lo llevaba al pecho y repetía con su voz ronca:

—Es mía, ¿entendieron? Es mía.

La discusión terminaba ahí, porque para abrirle las manos —para sacarla de ese corset de hierro al que se aferraba— había que tocarla, casi violentarla.

Así me sentía yo en ese momento: golpeándole las manos a mi mamá para arrancarle algo que consideraba que era suyo. Me sentía una ladrona. La peor de todas, aquella que arremete contra lo más indefenso del universo: una madre. Una madre muerta.

Su manipulación tocó la campana del horror poco tiempo después de su fallecimiento: el día que tuvimos que ir a retirar las pertenencias de *su* casa, lo único que no apareció fue justamente la escritura. Ese papel que solía sacar de diferentes escondites, en medio de cualquier discusión, para demostrar que seguía siendo la dueña de nuestra infancia. Ninguna de las dos dudó un solo segundo en asumir que, con la proximidad de su muerte, lo que, por

supuesto, su alma ya sabía, tomó la decisión que más tranquila la iba a dejar: *comérsela.*

Cuando llamamos a Gustavo, le explicamos que no teníamos un solo papel de la casa, y que la escritura no había aparecido. Con vergüenza evidente, le explicamos que estábamos convencidas de que estaba mezclada con las cenizas del cuerpo de Mamita, razón por la cual no queríamos perder tiempo en intentar recuperarla. Gustavo, que bien conocía a mi madre desde hacía más de dos décadas, contestó sin dudar:

—Estoy de acuerdo. Avancemos.

En ese contexto de depresión, dolor, muerte, papeles, apareció Matías.

Si bien Julia hizo el primer contacto con la intención de ponerse al hombro la situación administrativa —como siempre lo hizo—, no pasó demasiado para que Matías me escribiera a mí. Porque doliera lo que doliera, yo era parte inevitable de la ecuación.



22

Carola, qué tal buen día, ¿cómo te va? Por acá te habla Matías Arriaga, el abogado encargado de la sucesión.
Avisame cuándo te puedo llamar así te explico algunas cositas.
Abrazo.

Hola, buen día.
Prefiero que lo veas con Julia. Ella maneja esas cosas. Yo no estoy para eso.

Entiendo, algo me comentó tu hermana. ¿Te puedo llamar?
Siempre es mejor por teléfono.

Fui a su foto de perfil buscando en ese cuadradito mínimo una excusa para decirle que no. Quise ver la cara de la superficialidad. De la frialdad de aquel que solo quiere sacar tajada del dolor ajeno sin importarle el contexto o, peor aún, aprovechándose de él. Fui a buscar ese traje, esa selfie arrogante con el título detrás como constatación empírica de su altanería, esos anteojos de sol para taparse esa cara de estafador. Cualquier impulso que me sirviera de motivación para decirle que me dejara en paz. Para explicarle que no estaba en condiciones de hablar de esos temas de mierda. Que no

podía meter las manos en una herida abierta. Que no podía tocar lo que aún no podía ni mirar. Que me parecía un desubicado. Que…

Pero no había foto de él.
Había una frase.
Justo esa frase…

La salida es colectiva

Sonreí, respiré hondo y escribí: Bueno, dale. Llamame.



23

Lo primero que escuché del otro lado del teléfono fue la risa de Matías. Una risa pícara, cómplice, cálida. Una risa que registraba con absoluta claridad que de todas las cosas que no tenía ganas de hacer en ese momento, hablar con él encabezaba la lista.

Mientras él se presentaba con esa cosa tan coloquial, tan relajada —como si hablar de la sucesión fuese lo mismo que ponerse al día después de unas vacaciones—, fui apoyando la espalda contra la pared del living como si necesitara sostenerme en algo más firme que mis piernas. Sentí que la cintura cedía hacia un costado, acompañando el achicamiento que me hacía el corazón. Cuando quise hablar, el llanto llegó antes que las palabras.

Me derretí. Literalmente.

Me fui deslizando por la pared hasta quedar sentada en el piso, casi en posición fetal, sosteniendo ese teléfono como podía.

—Ey, Carola. Tranquila… tranqui —respondió como si pudiera estirar con la voz un lugar donde apoyarme—. Vamos, che, entiendo que es un tema complejo. Lo sé, lo sé. Tranquila. Yo las voy a acompañar. Esto es así. Respirá. ¿Dale?

Hizo una pausa como si buscara palabras que no lastimaran.

—Sé que las cosas con tu hermana no están muy bien… Algo me comentó. Pero necesito tener comunicación con las dos. Esto les

pertenece a ambas y tenemos que tratar de conciliar.

Su tono se suavizó todavía más. Un tono poco técnico. Profesional, sí, pero lejos de ser distante era humano… Humano.

—Hagamos una cosa, ¿me escuchás? Venite a mi estudio. Conozcámonos. Hablemos tranquilos. No pasa nada, che. No me tenés que pedir perdón de nada.

—Pablo, ¿eras? Estoy nerviosa. Pero es que se murió hace unos meses, ¿vos me entendés? Todavía estoy en un momento raro como para hablar de esto. Me hace mal.

—Matías, soy Matías. —Volvió a reír—. Claro que te entiendo, pero esto no es algo que vaya a resolverse tan rápido. Solo es iniciar el trámite. Repito, propongo que nos juntemos. Venite al estudio, tomamos unos mates y charlamos tranquilos, creo que es parte del cierre. Me parece una buena idea que puedas verlo así, ¿no te parece?



24

Me abrió la puerta con la misma expresión que imaginé cada vez que lo escuchaba reír del otro lado del teléfono: un pibe adulto de barrio. Tenía un aura antigua. Era de esos que parecen congelados en una foto de hace veinte años. Pero no por inmadurez, sino por algo más profundo: había una marca. Una herida. Una historia que se le escapaba por la postura, por la manera de habitar el cuerpo. Había algo en él que delataba su esencia de inmediato. Era como encontrarse con la injusticia encarnada, pero sin amargura. Con la dignidad de los que perdieron demasiado y, aun así, eligen no negociar la ternura.

Su estudio era un mapa emocional: el cuadro enorme de Perón, la compu vieja que parecía un televisor ochentoso, un mate chiquito, un termo de goma, una mesa robusta. Un par de papeles amontonados y un adorno en forma de estatuita de un pañuelo verde, ese que simboliza la lucha por los derechos de las mujeres y también como continuidad simbólica de luchas anteriores por los derechos humanos.

Matías tenía un carisma especial; su forma confianzuda de expresarse, de gesticular, de mirar, de estar presente, recreaba un ambiente familiar: uno de esos lugares que se sienten conocidos aun cuando no pertenecen a la memoria de una. Era el pibe de la

esquina de un barrio que yo no conocí porque estaba parada en la esquina del mío. Conocerlo se pareció más a reencontrarlo.

La relación se instauró en ese mismo instante. Nuestras conversaciones eran entretenidas, profundas, divertidas, pero sobre todo tenían esa textura que pocas veces aparece en la vida: una intimidad que se instala sin pedir permiso. A veces, nos llamábamos por teléfono; otras, salíamos a tomar un café, a escuchar un poco de música, a ofrecerle un poco de aire a lo que veníamos cargando.

Matías conoció mi casa con una anticipación de cinco minutos.

—¿Estás? Paso y nos tomamos unos mates, ¿tenés ganas? No te vayas a vestir formal ni nada, así como estés, está perfecto, *relax.*

Y lo dejé entrar.

A mi living.

A mi herida.

A mi duelo.

A mis sueños.

A mi vida.

Conoció mi historia con mucha más precisión que yo la suya, no porque él insistiera, sino porque su modo de escuchar abría compuertas: hablarle era descansar. Ser escuchada por él era una forma de volver a respirar dentro del desastre. Tenía una forma muy particular de estar sin meterse, de acompañar sin absorber, de ver sin invadir.

De él sabía muy poco, pero lo suficiente. No necesitaba narrar su vida para darla a conocer: él la dejaba ver. Su dolor estaba presente sin pronunciarse. Pero a pesar de no ponerle palabras, yo lo veía. Lo sentía.

Esa forma suya —esa mezcla de claridad y reserva— me corría del lugar habitual que solía ocupar con los demás. Me dejaba un poco desajustada, como si él supiera regular la distancia exacta mientras yo, sin darme cuenta, como una marea silenciosa pero inevitable, me iba acercando más de la cuenta.

Cada tanto le demandaba un poco más de su historia, no con la intención de meterme. Quería darle el espacio que él generosamente me regalaba y, de paso, equilibrar el terreno. Pero frente a cada uno de mis intentos, él volvía a su refugio de siempre.

—Quedate tranquila, che. Si estamos hablando. Estamos conversando los dos. No te preocupes por mí, que yo estoy bien.

En algún momento, sin preámbulos, me contó lo que mi intuición ya venía señalando: su padre, Eduardo, había sido secuestrado y asesinado durante la dictadura. Un hecho que no solo explicaba su tono y su postura, sino también su forma de sostener el mundo: ese modo de hablar, de abrazar, de escuchar, de involucrarse, de mirar, de respetar, sus fugas temporarias cuando la injusticia social lo saturaba.

—Estoy bien. ¡Qué bueno saber que hay alguien del otro lado! Qué bien encontrar algo de profundidad en este mundo de hoy en día. Gracias por preguntar, che. Solo me quiero quedar un poco en casa. Estoy volando un poco bajito, puede ser. A veces ver la realidad, el quilombo en el que estamos viviendo, me apaga, no lo

voy a negar. Pero siempre intentando retomar el rumbo y ver cómo podemos incluirlos a todos. En la semana te llamo. Tranquila, compañera, je. Son solo unos días de descanso para retomar el coraje y volver con más impulso que antes.

Un tipo de confianza, simple, disponible, que supo hacer de su dolor el motivo de su lucha, entendiendo que la única forma de salvarse en este mundo era salvando al otro.



25

No pasó mucho tiempo para que la conexión cruzara de vereda. Quizá una línea que nunca deberíamos haber atravesado.

O, quizás, sí. Probablemente, sí.

Lo que vino después de aquel intento de vincularnos sentimentalmente fue una experiencia profunda y triste. Muy triste.

Yo me fui enamorando, y él no.

No lo digo con rencor.

Lo digo con verdad.

No me interesa encontrar una forma más delicada de decirlo, no necesito aderezar la realidad, porque el verdadero dolor al que asistí —ese que fui sintiendo a medida que la asimetría se afianzaba— no tenía que ver con el desamor. Lo juro. Si hay Biblia, pongo la mano encima: si hubiera habido correspondencia, seguro que la historia habría sido hermosa tan solo por vivirla: una experiencia vital de amor maduro que todavía no conozco.

Pero la verdad es que, cuando supe que esto no estaba tomando ese camino, no me importó la idea de soportar un duelo amoroso. Puedo entender la contingencia del amor, y que el nuestro, o mejor dicho el mío, haya sido un acontecimiento que no encontró su cauce. Afrontar esa frustración no me daba miedo. Lo que realmente me partía el alma en pedazos era la posibilidad —cada vez más concreta — de perder lo único que me importaba de toda esta historia:

Matías. Perder su presencia. Su escucha. Ese refugio raro, pero tan necesario en el que se había vuelto. Posibilidad que tiempo después se convirtió en una certeza irreductible.

Cuando la diferencia emocional empezó a volverse evidente, lo primero que sentí fue miedo, culpa y una deslealtad que me acompañaba como un zumbido constante. La sensación de que si algo iba a arruinar mi vínculo con él no sería un acto, sino un sentimiento proveniente de mi corazón, me destrozaba el alma. A medida que más me iba enganchando, ese desbalance se hacía más evidente, al punto de volverse insoportable. Supongo que, en un intento de no lastimarme —porque sabía perfectamente lo que me pasaba—, Matías acentuaba su distancia. Distancia que, paradójicamente, me hería más que mi deseo no correspondido.

En cuanto a mí, todo ese tiempo, me dediqué a intentar no sentir lo que sentía.

A quitarle peso a mi deseo. A borrar mis proyecciones románticas. A pretender volver a la orilla de nuestra relación. Una orilla segura, donde todo se veía futuro y en calma, sin riesgo de ahogarme. Yo quería volver ahí para no perderlo: y en esa odisea era capaz de ahogar mi sentimiento con tal de sostener el vínculo.

Sin duda alguna fue lo más elevado que hice por alguien: intentar apagar el amor que sentía justamente por el mismo amor que le tenía. Pero…

¿Dónde se deja un amor que el otro no toma?

¿Cómo se borra?

¿En qué rincón se lo apoya?
¿Quién lo recibe?
¿Dónde se tira?
¿Dónde se esconde?
¿Dónde, carajo? ¿Dónde?
¿Cómo me lo arranco?



26

Nada nunca funciona como uno quiere. Intencionar un deseo y sumarle acciones en concordancia tampoco sirve.

No alcanza.

No resuelve.

El amor se caga en las buenas intenciones. Se ríe de los manotazos que pega la voluntad para no ahogarse. Una vez que el corazón toma el timón, la experiencia humana hace de la razón lo que quiere. Es justo ahí, cuando uno empieza a verlo todo desde otro sitio, que regresar al punto de partida se vuelve una batalla perdida. Una trampa del destino: una vez que uno cruza la frontera de lo invisible, "desandar" es un verbo imposible de ejecutar.

¿Se puede acaso prevenir el cruce cuando no se lo ve?

¿Se puede decidir no cruzar cuando el corazón ya fue primero?

Yo creo que se puede.

Claro que se puede. Pero a un gran costo emocional: la caída de la ilusión.

Ilusión que también estuve dispuesta a destrozar.

Me sentí desleal, traicionando la alegría que los dos habíamos tenido desde aquel día que nos *re-encontramos.* Pero no solo con él: conmigo también. Al fin y al cabo, si bien el motivo de la pérdida me correspondía a mí, iba a repercutir en los dos. En medio de esa

culpa torturante me fui, volví, le pedí tiempo y distancia para ver si la magia se hacía presente y transformaba mis emociones, quitándole la mancha del deseo, pero no pude.

Me mezclé con otros.

Me fui de viaje.

Me encomendé en actividades que requerían mi motivación.

Acepté citas.

Me obligué a distraerme.

Me alejé.

Me acerqué.

Hiciera lo que hiciera, no había forma de volver al estado inicial.

Entonces me retiré otra vez, volví otra vez, le pedí perdón otra vez.

Frente a todas mis idas y vueltas, él tan solo permanecía del otro lado de la orilla de forma estoica, con una paciencia extraña, desproblematizada, casi indiferente, mirándolo todo desde afuera, bajándoles el volumen a mis emociones, queriéndome demostrar que sea lo que fuera, nada era tan grave como lo realmente grave.

Tranquila, che. Relajá, no pasa nada, Caro. Tomate el tiempo que necesites.

Por acá me quedo esperando entonces.

Más allá de su paciencia, entiendo la incomodidad por la que debe haber pasado frente a ese vaivén emocional. No cualquiera puede sostener semejante intensidad afectiva. Pero yo estaba desbordada. Literalmente, estaba atravesando el peor momento de mi vida. Era

solo un pedazo de carne viva intentando recuperar el rumbo que hacía un par de meses acababa de matar. Una gran herida abierta en forma de mujer tratando de volver a respirar en un mundo marcado por el dolor de la pérdida. Del cansancio. De la orfandad.

Quizá por eso su aparición fue como una manta tibia en medio de tanto frío. Su abrazo, ese que él había presumido antes de envolverme ahí adentro, ciertamente era el más grande del mundo. Estar ahí se sentía como un rescate.

Inmersa en la inestabilidad por la que caminaba, solo Dios sabe el espacio que le di a la situación haciendo todo lo posible para evitar que se rompiera lo que teníamos. Ojalá supiera algún día el propio Matías cuánto lo quise en el momento en que mi único objetivo era dejar de quererlo para no perderlo. No por mí, yo ya lo sé. Sino como un regalo a su autoestima. No sé si cualquiera es digno de ser honrado en su existencia como yo lo estaba haciendo con él, a pesar de y ofreciendo pisar mis propias emociones.

Pero el deseo es traicionero. No es algo que se tenga o no se tenga. Que se pida o no se pida. El deseo es algo que te captura desde atrás y se te enreda en la piel como una maldita telaraña, justamente cuando más libre te estás sintiendo. ¿Qué cosa puede hacer una frente a semejante monstruo si, en el mismo instante en que pudo advertirse secuestrada, ya está adentro? Nada. Pero además de nada, una cosa peor se puede hacer: caer. Por supuesto que caí y en esa caída me llevé todo puesto.



27

Mis amigas me querían hacer entender que eso que me estaba pasando no era real. Que todo era producto de mi fantasía, de mi tendencia a darle rienda suelta a la imaginación. Que me había enamorado del mito. De la tragedia. Del relato. Una especie de creación literaria.

Me recordaban que lo conocía hacía muy poco y que, en rigor de verdad, lo que Matías y yo habíamos compartido no alcanzaba para justificar semejante profundidad emocional. Esa era la carta que siempre ponían arriba de la mesa para demostrarme mi supuesto error de lectura.

Julia, por su parte, fiel a su estilo, insistía en que el hecho de que fuera militante peronista era razón suficiente para que no me registrara como mujer.

—Carola, esa gente es sectaria. Él te ve con botas largas, pelo planchado y una cuenta bastante activa en Instagram y no sabe que, atrás de eso, lo que hay es otra cosa a lo que parece. A mí me cae rebién, pero convengamos que a los ojos de cualquiera él es el Che Guevara y vos sos Kim Kardashian. ¿No te lo dijo Sofía el otro día?

—Yo amo al Che. Escucho a Silvio Rodríguez, mi ambición es vivir en una plaza, ser linyera y ayudar a los más necesitados. Me visto

cuando tengo que salir, pero mi uniforme es un pijama, Julia, con pantuflas rosas y mi peinado cotidiano es el rodete. Me veo más parecida al tío Raúl que a las Kardashian. ¿Qué querés que te diga? Convengamos que mi arte de seducción no pasa por ahí. Ya no sé bien por dónde pasa, realmente, pero por ahí seguro que no. Además… mamá lo quería mucho y con papá se hubiese llevado rebién.

—Me alegro un montón lo que me estás contando, pero lamento darte una mala noticia: mamá no lo conocía porque se murió antes de que aparezca; para ser más precisa, Matías apareció porque murió mamá, y en cuanto a papá… ¿qué decirte, Carola? lamento ser la portadora de las últimas novedades, pero papá ya no está entre los nuestros desde hace un par de años: Perdón por el golpe.

—Fue una forma de decir, Julia. No tengo alzhéimer. Te estoy hablando en serio, boluda. Me da pena, nada más, pena que no lo hayan podido disfrutar.

—¿A quiéééénnn? Pero si no lo conocés. ¿Cuántas veces lo viste? Diez, quince como mucho. ¿Qué cosas compartieron? ¿Qué sabés de él además de lo que imaginás? Evidentemente, hay cosas que no me las contaste. ¿Cogieron?

—Tampoco te veo tanto como para contarte los detalles. Aparte, no sé si él hubiera querido que justo vos supieras.

—¿Justo yo? ¿Y a mí qué mierda me importa? Y en cuanto a tu doble personalidad, eso solo lo sabe la gente que te conoce. Las botas que tenés en el placar no son las del comandante, te las compraste en Miami. Que seas solidaria no te convierte en Evita. Y sí, sí, ya sé que participás en las marchas de Plaza de Mayo, pero Carola… seamos sinceras. ¿Alguien sabe que llegás en Uber porque

tenés miedo a que te fajen en el tren, que vas con bloqueadores de sonido porque te hace mal el ruido de los cuetazos y que después estás un mes de reposo para recuperarte de la cantidad de nenes que te pidieron para comer antes de que llegues a destino? Yo soy tu hermana, me da lo mismo. Pero imaginate si se entera el flaco. ¿Sabe que querés matar al vecino porque tiene un perro que ladra? Disculpame que te sacuda la cabeza con un golpe de realidad, pero si hay algo que sos es incongruente.

Yo la escuchaba mientras insistía como modo de resistencia.

—Sí que lo sabe. Yo soy honesta con él, lo suficiente como para que ni tenga que comentárselo. No me juzga. Se divierte. Pero eso no tiene nada que ver, tengo algunas particularidades, es cierto, pero mi lucha es la misma que la de él, el mundo en el que me muevo, mis intereses, los valores, mis prioridades. El modo en que yo…

—Es que vos, nada. No me armes la lista del supermercado de tus virtudes. Es aceptar que esta gente tiene otra cabeza. Separan la realidad en dos: ellos y los otros. Te querrá mucho, se habrá encariñado, no lo discuto, yo qué sé. De hecho, para mí el pibe es re buen flaco, no lo niego. Lo que te quiero decir es que no sos una mina que él vaya a presentarles con orgullo a sus amigos militantes. ¿Conociste a alguno, acaso? No es tu culpa, no te lo digo de mala. Son así. Están moldeados de una forma diferente, tienen otro cerebro. No busques demasiadas explicaciones, Carola. Es peronista y punto.

Sofía insistía en que el problema no era Matías, sino un estado excesivo de disponibilidad con el que me relaciono con la especie humana. Siempre pensó que la causa de todos mis fracasos amorosos se debía al hecho de que suelo abrirme demasiado, que entrego mi intimidad sin dosificar, una especie de margarita que se deshoja antes de tiempo y que en esa falta de estrategia me salteo los pasos del histeriqueo divertido y sensual.

Insiste en que deje las cosas por la mitad, que me muestre más misteriosa, que manipule un poco las cartas que muestro, que ocultar no es mentir y que me iría mucho mejor si dejase un par de frutillas para ofrecer de postre.

La gente tiene que sentir que llegar a vos no es tan fácil.

Esa su arma y le funciona muy bien: dar tan solo un poco, mostrar, colocarse el pelo detrás de la oreja, sonreír lo justo y necesario hasta una vez logrado el objetivo, saber retirase a tiempo. Con altura. Regia. Moviendo la cola como un perro contento. Circuito que repite las veces que sea necesario para sostener el lugar del objeto del deseo, que, por sus propios motivos, disfruta ocupar. Es cierto. Doy fe de que le funciona. Y no estoy hablando solo de tipos, Sofía juega así con todo lo que respira o late: perro, planta, la cajera del supermercado. Como una vertiente infinita de polen atrayendo mariposas, pero a resguardo de su intimidad.

Del otro lado de la vereda estoy yo: caminando torpemente, a cielo abierto, sin armadura, con la piel expuesta, sin permitir que las

heridas me conviertan en una piedra. Ni mejor ni peor: son tan solo las formas que cada una adopta para vincularse con el mundo.

Mi recorrido, desde su punto de vista, es poco inteligente; y desde el mío es el único posible. No solo rechazo la idea de que tener apertura emocional me deje en desventaja, y mucho menos el hecho de que el otro "llegue a mí" es garantía de nada. Todos somos espejismos, incluso para nosotros mismos. Para conocer los pasillos de mi mundo habría que nacer y morir cien veces.

Pero, además, a mí no me interesa ganar haciendo trampa, no por recato, sino por cagona. Vivir mentirosamente tiene un costo demasiado alto, que, en mi caso, no estoy dispuesta a pagar. No solo porque el otro, en definitiva, termina conociendo tu versión editada, sino porque detrás de esa ficción está uno sosteniendo un telón de hierro a punto de desmoronarse en cualquier momento. Nadie que elige habiendo sido engañado te está eligiendo realmente y el día en que ese misterio se devela —porque se devela— la caída es irrecuperable.

Pero son dialectos que nos diferencian con Sofía, nos cuesta entender lo que la otra está diciendo porque tuvimos experiencias diferentes con la herida. Intento explicarle que cuando le digo que lo que ella supone astucia es pan para hoy y hambre para mañana, no se lo digo ni por fastidio ni por moralina. Siento terror de que un día le explote la bomba en la cara y sea descubierta mientras está jugando. La quiero cuidar, pero ella piensa que la que necesita resguardo soy yo. En el fondo, es cuestión de verbos: ella teme el peligro inmediato al que me someto y yo temo al inevitable e irreparable tsunami al que se expone.

Desarrollé una personalidad de emergencia. Mi cuerpo es un scanner que reconoce señales mínimas. Vivo en alerta. Estuve en la mayoría de los daños posibles, y sé que, a veces, la nada se puede transformar en una ruleta rusa. Entonces todo esto de prevenir, de anticipar, no es solo por la gente que quiero, también es por el coletazo inevitable que me genera el dolor de los que amo. Por eso, cuando Sofía minimiza mi prevención, me desespero. Mientras ella se ríe, yo estoy mirando el pozo que tiene frente a sus narices y que ella todavía no vio porque se está divirtiendo con la adrenalina del fuego. En ese error de cálculo, no veo una tristeza pasajera: veo un posible derrumbe psíquico. Si soy fatalista es porque conocí la fatalidad; y ahora la anticipo para no volver a caer, incluso, si los pies que están por pisarla no son los míos. Mi exposición, como ella la llama, no me funciona como sistema de protección: entiendo que, si me abro, corro el riesgo de que me rompan. Pero prefiero saber que me rompieron al conocerme y no desdibujar mi esencia para adaptarme a un mundo ajeno.

La traición siempre es más fatal que el duelo: no solo invalida el vínculo, sino la identidad.

En cuanto a Matías, no voy a asumir de ninguna manera que el problema fuera mi falta de estrategia. A mí no me falló el método. El tipo vio lo que tenía que ver y dijo que no. No recibió de más. Recibió exactamente quién era yo y no le gustó. ¿Qué más podía hacer además de aceptar y retirarme?

Pero había algo más. Una experiencia mucho más trascendente y valiosa a la que me aferraba para bajarle el volumen al dolor del

desamor. Algo que no les quería contar. Por eso, muchas veces, frente a las razones de mi supuesto falso amor no correspondido, yo respondía con silencio. Un silencio que no era negación ni capricho, sino un secreto. El resguardo de una verdad que jamás iba a ser revelada. No por prudencia. No por vergüenza. Sino porque todos sabemos que cuando uno se expone a contar ciertas cosas, corre el riesgo de que sean profanadas. Fue por eso que guardé esa verdad dentro de mi corazón como quien guarda una caja fuerte: no quería que nadie la tocara, que nadie opinara sobre ella, que nadie la manchara con propósitos bienintencionados, pero equivocados.

Lo que yo hice por Matías fue, sin exagerar, lo más descabellado, profundo y emocional que hice en mi vida. Contarlo haría que perdiera su fuerza y además ya no sería mío: lo cerré en un baúl y me tragué la llave.



28

Mientras nos estábamos conociendo y frente a su reserva, la cual me dejaba inexorablemente en un lugar de egoísmo pasivo, me puse a investigar, a leer, a caminar por los pasillos de su historia como quien entra descalza a un templo ajeno. Miré entrevistas, escuché audios, busqué documentos, conecté puntos que nadie me había pedido que conectara.

Miré películas. Leí libros de historia. Me metí en los archivos de la causa de su lucha frente a la desaparición de su padre. Seguí el desarrollo del juicio.

¡Perón! La cantidad de películas del General que miré, para actualizarme, con tal de estar cerca sin invadirlo, ya no recuerdo. No estaba stalkeando su privacidad amorosa, no me interesaba meterme en sus sábanas, yo quería comprender su historia desde que fue concebido: el ADN de su dolor, de su lucha, de su pensamiento; en definitiva, qué herida arrastraba para comprender de qué manera podía ayudarlo, si alguna vez él me necesitaba como yo lo estaba necesitado a él.

Fue en ese contexto, motivada por la idea de devolverle la luz que con él había reencontrado, que una noche, la más insólita de todas, me senté en la mesa del living. Un poco ansiosa, apoyé los codos

sobre la mesa y crucé mis manos a la espera de que alguien que todavía no había llegado se sentara del otro lado de la mesa.

Encendí una vela y miré hacia arriba.

Me quedé quieta, respirando hondo, con un incipiente dolor de panza, esperando que mi invitado llegara a la cita.

Miré hacia los costados, y miré el reloj: 2 a. m.

No fue un gesto dramático, no hice ruido, no lloré a los gritos, no lo llamé, ni abrí sus redes sociales. Estaba yo sola, fijando el precedente de mi historia con un movimiento mínimo, casi imperceptible, aunque enorme y vital.

Un acto de amor silencioso, casi ceremonial, con un profundo respeto de quien sabe que está entrando en un lugar sagrado.

29

Señor Eduardo… ¿está ahí?

Discúlpeme si lo interrumpo, no es mi intención incomodarlo. No sé si usted —o vos— está habituado a conversar con los vivos; por mi parte, quiero que sepa que yo sí estoy acostumbrada a charlar con los muertos. Es algo que aprendí a fuerza de necesidad, casi como parte de un sistema de supervivencia. ¿Qué quiere que le diga, Eduardo? Las piezas de mi árbol genealógico se me fueron cayendo una por una, tanto que intento hacer una reunión de consorcio… Casi nunca me responden, o no como me gustaría. Pero no me importa, como verá, aquí estoy, insistiendo: firme como rulo de estatua.

No le voy a mentir, a veces me avergüenza este impulso; otras, siento que acerca a *los de allá* un poco a mi alma, y con eso me alcanza y me sobra. En definitiva, no me ve nadie. Momentos épicos sí los hay. Días donde me sorprendo expandiendo mi ser como un pulpo, intentando agarrar la mayor cantidad de muertos posibles y que, aunque sea, uno me dé esa palmada en la espalada que tanto necesito y poco encuentro entre los vivos.

Eduardo… Si me permite, voy a tutearlo, no por maleducada, sino porque me hace un poco más fácil este temblor. Si le molesta, o no le parece adecuado, me lo hace saber… No lo sé. Puede romper un vaso, hacer un ruido, apagar la vela, lo que guste.

Soy Carola Henner, amiga de tu hijo Matías.

Lamento con el corazón lo que te hicieron. La injusticia, el daño, el sometimiento. Todo me apena profundamente.

Nunca debió suceder semejante atrocidad y, mucho menos, a raíz de una causa tan noble en la que te habías embarcado para defender a tanta gente víctima de las miserias de los más poderosos. Lamento todo, pero, más que nada, lamento que Matías no te haya podido conocer.

Si te sirve de algo, tu muerte no fue en vano. Lejos de eso, se trasformó en bandera. Una lucha que enarbolan quienes creen como vos en una vida más justa, y dejame decirte que tu hijo se encarga de mantenerla despierta.

Te cuento —y perdón si me voy por las ramas— que conocí a tu hijo porque es un gran abogado y está llevando adelante la sucesión de la casa de mi mamá, recientemente fallecida. Nos hicimos amigos casi de inmediato. Incluso, por teléfono conectamos de un modo que no sé explicar. Los dos somos personas bastante macanudas, es cierto, pero al menos en mi caso, pude hacer algo sin dificultad: mostrarle mi herida. Te diría mi mundo, pero la realidad es que, justo en ese momento del camino, mi mundo era mi herida.

Yo estaba desbordada y él supo bancarme la cabeza. Me acompañó profesional y emocionalmente en medio de ese trámite, y sobre todo intentó conciliar mis altibajos con mi hermana Julia. También pude confiarle los problemas que atravesaba con mi

exmarido, en mi trabajo, con mi hija y, lógicamente, con la muerte de mi mamá. Podría estar enumerando por horas, mi querido Eduardo. Pero lamentablemente —y digo lamentablemente, no porque tu hijo no valiera mi amor, por supuesto que no, si hay alguien que se lo merece es Matías— la fatalidad se hizo presente. Eduardo: me enamoré de tu hijo, amor que no fue correspondido como hubiera deseado.

Más allá de este monólogo que ya te debe estar rompiendo los huevos —y haciéndote bostezar en el más allá— te convoco por otro motivo: Matías habla muy poco de su historia de vida, y siento que, al buscarla, como hice todo este tiempo, estoy entrando en un territorio que él resguarda con celo.

Pero estoy acá porque lo amerita.

Eduardo, te convoqué porque quiero pedirte permiso.

En realidad, más que permiso, quiero pedirte la mano de tu hijo.

Tu bendición.

Quizá hoy no esté disponible, pero mañana, ¿quién te dice? Es diferente si un padre le aconseja que intente conocer a la mujer que tiene enfrente. ¿Qué pensás al respecto? Te prometo cuidarlo, honrar su historia, ser buena persona y compañera. No voy a lastimarlo jamás. Es un chico que nació ya herido y quiero que te quedes tranquilo: mi intención es protegerlo de todo lo que pueda sumarle más dolor. Eso mismo, Eduardo, es lo que tu hijo hizo conmigo. ¿Comprendés? Me siento en deuda con él. Y me desespera que no pretenda cobrarme. Quizá sepas algo que yo pueda hacer para aliviar el peso que, seguramente, lleva cargando desde hace

años y que, por algún motivo, prefiere no compartirlo conmigo… Mi querido Eduardo… No sé cómo pedirte semejante favor… pero necesito hacerlo: interferí desde donde estés, si es que podés, por supuesto, en sus emociones, para que él pueda abrirme la puerta de su amor.

Quiero hacerlo feliz.
Quiero que me deje entrar donde yo ya lo dejé entrar a él.

Podés ver mis antecedentes, archivos, conferencias desde allá, y cualquier información que consideres necesaria. De hecho, mis padres están allí, también. Podés conversar con ellos y, más allá de mis particularidades, ellos podrán decirte decir que soy una buena mujer, incapaz de lastimar a nadie, al menos no de manera intencional.

Ay, Eduardo… Son las tres y media de la madrugada.
Disculpame el tiempo que te hice perder.
Para mí fue un verdadero gusto este encuentro. Preferiría que esta charla quedara entre nosotros, me haría bien que nadie lo supiera, sobre todo, para no poner en riesgo lo que siento, y mucho menos incomodar en Matías.

Sé que no sos mi muerto, pero al quererlo tanto a él, por cualidad transitiva, te considero parte de mis afectos. Jamás quisiera que Matías leyera esto como un gesto oportunista, como si yo fuese alguien que se cuelga del cable del vecino para acceder a una intimidad que no le corresponde. Esto es un acto profundo, sincero,

silencioso. Por eso, te pido reserva y que sepas que acá estoy a disposición. Si hay algo que quieras hacerle llegar a Matías, confío en que encontrarás la manera adecuada: desde ya que me ofrezco como puente.

Gracias por tu tiempo.

Fue un placer haber tenido esta charla con vos.

Quién iba a decirlo, ¿eh?

Acá estoy: charlando con el papá de Matías.

Te dejo descansar en paz y trataré de hacer lo mismo con mi cuerpo.

Un fuerte abrazo. Seguramente la vida, o mejor dicho la muerte —perdón por semejante torpeza—, nos cruzará en algún momento del camino.

Hasta la próxima vez.



30

No siempre tenés razón, mamá.

Quizá, en un momento originario buscaste a Matías para que llevara adelante tu sucesión porque lo consideraste un tipo honesto, incapaz de cagarme, y encima, habrás vislumbrado su potencial para cuidarme un poco en medio de tanta mugre. Es cierto. Todo eso pasó. No te quito el mérito de ninguna manera. También asumo que enamorarme de él no estaba en los planes que trazaste en tu misión. O que, en todo caso, considerabas que yo no estaba en mis cabales para establecer una relación amorosa en aquel momento, probablemente ni con una ameba. Pero, sin embargo, algo poderoso llegó con su existencia que superó, por completo, la simple idea de que todavía pudiera existir un ser humano honrado: mi historia con Matías se jugó en otra liga, mamá. Arriba de las superiores, si es que existen. ¿Entendés que no era él a quien yo estaba enalteciendo? Era a mi forma de amar.

Haberme enamorado de su historia, su militancia, su causa, su modo de pararse ante el mundo a raíz de sus raíces, no fue un acto de debilidad, ni mucho menos de ingenuidad. Dejá de decirme que soy estúpida porque no lo soy. Me enamoré de mí, de cómo fui con él. De cómo amé. De cómo quise entrar en su herida sin invadirla.

De cómo supe honrar lo que él no tenía fuerzas o ganas de contarme. De cómo pude ver su dolor solo por intuirlo.

Pero lo que me interesa es que se entienda la hondura de lo que quiero decir, mamá. No hablo de recuperar el estado de placer que sentí al amar así. No me refiero a un amor narcisista. Ese cuento pertenece a otro libro… (te lo digo a vos que te gusta olfatear los títulos que tengo en la biblioteca y tanto espanto te producen).

Lo que yo quiero, mamá, es que me quieran como yo lo quise a él. ¿Te das cuenta? El aprendizaje no fue él. Fui yo. Fue mi modo. Mi profundidad.

Mi capacidad real de querer a alguien, desde un lugar íntegro, silencioso y verdadero. Mi espejo no fue él. Fui yo. ¿Te parece una ingenuidad lo que estoy diciendo? Porque, lejos de sentirme una estúpida, me siento casi bendecida por sentir lo que estoy sintiendo.

Mamá: quiero lo mismo para mí.

Un hombre que pueda abarcar mi historia toda, que pretenda conocer mis rarezas. Mis heridas Mis sombras. Mis contradicciones. Mi profundidad. Que pueda leerme más allá de mis botas, mi pelo o mis libros. Que quiera conocer y elegir a esa Carola entera, aunque de vez en cuando aparezca partida en pedazos.

Matías no fue ese hombre, es verdad. Quizá no pudo. Quizá no quiso. Quizá fue un simple y doloroso "no", y punto. No importa. Eso no me vuelve estúpida ni ingenua, ni mucho menos fantasiosa como quieren hacerme creer los demás. ¿No se dan cuenta de que esta vez la vara del amor no la puso él?

La puse yo. ¡Yo, mamá! Y ahora que la vi, que sé que existe, que sé que alguien puede sentir lo que yo sentí, no solo lo quiero, sino que no voy a aceptar menos que eso.

Vuelvo a vos, mamá, a ese momento en que te preguntaste cuándo me volví tan insegura porque creo que lo comprendiste erróneamente. Tampoco nunca insinué que fuera culpa tuya. A veces te preguntás y te contestás sola —me da la sensación de que estás hablando de vos y no de mí— pero quizá ahora, al leerme desde donde estés, te estás enterando. Esa inseguridad que bien notaste no venía de sentirme menos frente a nadie. Nunca tuve ese tipo de titubeo. Mi imprecisión, mi desborde, mi duda, venían de la fragilidad que deja el dolor cuando te rompe el cuerpo emocional. Estaba herida, mamá. ¿De verdad no comprendés la diferencia? Nadie con las alas rotas viaja tranquilo. Sin miedo a que la próxima caída vuelva a romper lo que uno va reconstruyendo muy de a poquito. No siempre es el ego lo que hay que alimentar. No me temblaba la autoestima, no. No era eso, mamá. Era mi estructura interna caminando en una pierna, buscando tiempo, sostén y calma, para poder elevarse otra vez sin miedo a la próxima caída. Rota, mamá. ¿Quién vuela con tranquilidad cuando viene de estrellarse?

Necesitaba espacios seguros y de contención real. No necesitaba amarme más y mejor: no es que no conozca el valor de mi alma. Lo conozco demasiado, por eso necesitaba encontrar un lugar donde pudiera descansar.

Espacios donde anidar. Y él lo fue. Matías lo fue… hasta que me enamoré y dejó de serlo. Pero ¿qué importa, mamá? ¿Cómo voy a

detenerme en esa tontería si ahora no solo conozco el tipo de amor de pareja que quiero encontrar, sino y, sobre todo, entendí que la mejor forma de volar en paz es haciéndolo en un cielo que sea capaz de contenerme y no expulsarme?

Y para que eso suceda quiero encontrar a alguien, no que sea capaz de alojar mi forma de amar; quiero encontrar a alguien capaz de amar como yo estuve dispuesta a alojarlo a él. No quiero alguien que me reciba. Quiero alguien que ame con la misma intensidad de verdad, con la que amé yo. De hecho, y es por eso, que hasta tanto no suceda me mantendré en un celibato hermoso, pero hermoso de verdad.

¿Viste, mamá? Y vos que me creías insegura, estúpida y carente de amor propio. ¿Qué me decís ahora que te estás enterando de cuánto me valoro como para sentirme digna de elegir a un otro con la vara que yo misma pongo como medida? Tuve que hacer varias cosas para llegar hasta acá, es cierto, sí. No me da vergüenza asumirlo. Parece que para estar preparado hay que prepararse un poco, ¿no? Eso es lo que estuve y estoy haciendo.

Lamento destrozarte el ego, mamá, pero no: no siempre sabés todo.

Mamita no siempre sabe.



31

Hola

Hola

¿Carola?

¿Quién es?

Julia

¿Qué hacés? ¿Cómo andás? ¿Pasó algo con los nenes?

Siempre tan positiva. Los "nenes" ya van a la facultad, están por recibirse.
Y no, no pasó nada. ¿Por qué cambiaste el teléfono y cerraste las redes? Me rompí el dedo llamándote. ¿Y tu foto de perfil? Lo llamé a Nicolás y me pasó este número. ¿De quién te estás escondiendo?

Pero si hace un año que no me hablabas. La verdad es que pensé que después de aquella discusión no me querías ver más.

Yo no tengo ningún problema con vos. Me molestó lo que hiciste la última vez, pero ya está. Te lo dije en su momento, pero se ve que no

me entendiste. Vos tampoco te mostraste muy desesperada por verme. No me contestaste de quién te estás escondiendo.

Tenía miedo de que me mandaras a la mierda. No quería discutir más, cada vez que peleamos me quedo mal, ya te lo dije.

¿Me contestás lo que te estoy preguntando?

De nadie, no me estoy escondiendo de nadie.

No me mientas, Carola. Me dijo Nicolás que le inventaste que te fuiste a la costa. Hacías lo mismo cuando tenías 13 años con tus pretendientes. Me hacías atenderlos y decirles que estabas durmiendo, en el médico o muerta. No entiendo por qué te cuesta tanto decir que no como un ser humano normal.

¿Nicolás qué sabe? ¿Cómo se enteró?

Pasó por la puerta de tu casa y vio velas prendidas, Carola. ¿Sos estúpida? Te mandan a espiar y tocás el timbre. Se ve todo desde afuera.

Tuve que asilarme por unos días, fue una mentira no tan mentira. Esperá que te respondo tu pregunta porque si no vas a pensar que la evado: decidí cerrar las redes por una cuestión de salud mental. No soporto más escuchar a 200 personas diciéndome lo que tengo que hacer. Y el celu lo mismo… yo qué sé. Necesitaba un cambio. Me retiré de varios lugares. Es largo de explicar. Por acá no da.

Escuchame… Me escribieron los de Pinamar. Si necesitabas contactarte me hubieras avisado y yo te explicaba que el tío Ernesto estaba muerto hacía unos largos meses. ¿Cómo te vas a mandar así sin

preguntar? Me contó Gabriela que no sabías ni el nombre. Yo sí seguía en contacto con ellos, ¿te acordás que te conté? Deberías haberme avisado. Un papelón evitable. El viejo palmó. Estuvo enfermo mal, se lo comió un cáncer de páncreas en cuatro meses. Yo no fui al velorio porque tenía un cumpleaños y ni te avisé porque supuse que sola no ibas a querer ir y menos a llorar a un muerto que casi ni conocías. Nunca en la puta vida me imaginé que les ibas a escribir.

Ah… qué lindo… ¿Qué cumpleaños? ¿Cómo estás? Sí, sí. Tremendo lo del tío. Un bajón. Contame algo de vos. Tengo ganas de verte. De verlos a todos. No aguanto, Julia, esta pregunta. Me dan ganas de llorar. ¿Cómo puede ser que no sepa nada de ustedes? ¿Por qué no nos vemos un rato?

¿Dónde estás?

En casa, escribiendo. Ahora llorando.

Qué agradable es conversar con vos. Siempre tan entusiasta. Si tenés tiempo paso un rato. Odio los mensajitos. Me doy una vuelta, ¿querés?

Dale, ¿vamos a algún lugar tranqui? ¿Sin ruidos?

Sin ruidos es imposible: si hay gente, hay ruidos.

Me refiero al caos. La gente que te habla cerca, las cucharitas que se golpean con las tazas, nenes que te empujan. Tengo ganas de salir, pero no ir a la guerra. ¿Un barcito que no te peguen?

A mí no me pegaron nunca. Y todo eso que describís me parece un montón. Pero bueno, dejame ver dónde puede ser.

¿Y si vamos a la plaza? Llevo unas reposeras… ¿unos mates?

Buenísimo. Yo llevo la sombrilla y la heladerita. ¿Te parece? ¿Vos me estás jodiendo?

Bueno, qué sé yo…

Dios. Hay un lugar, relindo, pero me da miedo ir con vos y que algún hijo de puta se le dé por revolver el café. Dejá. Voy para tu casa. ¿Podés o no? Porque si seguimos con estas vueltas ya es mañana y tengo cosas que hacer.

Ok. ¿Te paso la ubicación?

No. No soy vos. Me la acuerdo y sé llegar solita. Vivimos a cinco minutos, Carola. Ya salgo para allá. Beso.

Beso



32

Golpeó la puerta, cortito tres veces, su ritmo exacto.

—Abrime que me muero, me estoy meando.

Su voz rompió la distancia que habíamos tallado una vez más en nuestra relación, sin ningún tipo de protocolo ni explicación.

—Pasá, pasá. ¿Qué hacés?

Me dio un beso seco, me apoyó la cartera en la mano y caminó corriendo hacia el baño.

—Decime que tenés coca light con un poco de hielo porque me estoy deshidratando. Se me rompió el aire del auto y es una hoguera. ¿Tenés?

—Sí, sí, acá te estoy sirviendo. Hacé tranquila.

Salió y tomó un sorbo largo todavía parada

—Ay, por Dios, me estoy recagando de calor. Acá está lindo. No guardes la coca cola, tengo sed —dijo levantando la voz mientras despegó la silla de la mesa y se sentó. Clavó los codos y se apoyó la cara en las manos.

—Bueno, dale. Contame.

—¿Cómo contame? Pensé que íbamos a charlar de nosotras.

—¿Otra vez con lo mismo? No tengo ganas de revolver mierda. Es lo que te dije, no me gustó lo que hiciste la última vez y punto. Si cada vez que discutimos hay que revisar la relación entera, es

agotador. Contame qué decisiones tomaste. No tengo mucho tiempo, tengo que hacer mil cosas.

—No sé. Este último tiempo, o mejor dicho estos últimos días, moví unas piezas importantes. Renuncié al trabajo, resolví —resolvimos— dejar la terapia con Hernán, retomé mi escritura, tengo un nuevo libro pendiente que me tiene entusiasmada… Estoy atendiendo.

—Bueno, bien. ¿Y esa cara?

—El vecino. La locura que manejo en esta casa me saca del eje que necesito para poder concentrarme. Y, después… Los otros días recordé la historieta con Matías. Lo extraño todavía. Me da mucha pena haber terminado o haber provocado la distancia. Todavía no puedo con la culpa de saber que la cagué.

—No me parece que hayas provocado nada. El tipo tampoco apareció con intenciones de recuperar nada de lo que tenían. Yo no siento que haya sido tu culpa. Me parece que, además de ser peronista, es un tipo que no estuvo a la altura de las circunstancias. Lo lamento, no quiero ser dura, pero a veces hay que soltar al otro y no porque lo dejemos de querer, sino porque te das cuenta que él tampoco te quería demasiado.

—Ya sé, ya lo sé. Pero, bueno, extraño su presencia, saber que contaba con él. Y, por otro lado, la casita en el campo que no se dio me dejó media frustrada. Pero si se hubiera dado, no sé cómo mierda conciliar esa vida con los chicos. No me puedo ir a vivir a otro lado y dejarlos acá. No quiero. No quieren venir al campo ni locos y no tengo intenciones de separarlos de Nicolás, ni de sus amigos. No puedo salir de esa situación. Eso. Te hice un buen resumen.

Me mira como si me hubiera visto ayer. Me responde como si me hubiera escuchado hace dos días. Nuestra relación no tiene cronología. Es solo lo que sucede entre hoy y la próxima vez que nos veamos. En ese medio, el tiempo que transcurre se mantiene congelado, no pierde el ritmo.

—¿Qué no se dio? La casita del tío que ni sabías que existía no se dio. Cobraste tu parte de la venta de la casa, ¿no? Me imagino que con eso podés comprar algo. Comprate un terrenito y lo vas haciendo de a poco y como vos querés. Ponés a un tipo de confianza y que vaya levantando las paredes sin apuro. De alguna manera, le vas ganando tiempo a la edad de los chicos. No comprendo cuál es el quilombo todavía. En dos años, estos dos ya no te dan más bola, y está bien que así sea. ¿Me dijo Nicolás que Lola se va unos meses a Europa por una pasantía? Crecen… Estos chicos crecen. Y esta casa… Me tenés harta. No podés seguir esperando que se muera el tipo como solución. Te conozco, te veo invocando a *diosymaríasantísima* para que le dé un infarto. Pero estos tipos son así: no se mueren.

—¿Y qué hago? No puedo trabajar así. Necesito silencio, un lugar tranquilo, seguro. ¿Sabés lo que es atender a un paciente y verlo pasar en calzones para agarrar a los dos perros de mierda que rompieron por enésima vez el alambrado? ¿Sabés lo desagradable que es?

—Lo vi, sí. Es Shrek el hijo de puta. ¿Y cómo pasa con ese cuerpo? ¿Probaste con ponerle llave a la puerta? No creo que a ese cuerpo le dé para volar. De todas formas, yo creo que te haría bien

alquilarte una oficina para trabajar. Mientras tanto poné un boyero de punta a punta, así los perros te dejan de joder. Ahora le aviso a Gerardo, ¿te acordás de Gerardo? En este preciso momento está levantando una medianera en casa, porque nos quisieron entrar a robar. ¿Me das el ok y le mando un mensajito? Le digo que se dé una vuelta y te resuelva el tema.

—Sí, obvio. Pasale mi teléfono.

—Te aviso, por tu cara de alegría, que es para los animales. El tipo es albañil, no asesino a sueldo. Y si el boyero no te alcanza, ¡levantale una medianera y listo! Te conviene pagar la multa antes que seguir quejándote. ¿Cuánto te puede cobrar por levantar una pared? Preguntale antes porque estos son rapidísimos. Traeme la computadora, dejame ver qué hay en la costa.

—¿Tan simple lo hacés?

—No lo hago simple, vos lo hacés complicado. O, mejor dicho, no lo hacés. ¿Me traés la computadora, por favor? Acá te dejo el celu de Juliana, ¿te acordás de Susana Oviedo, mi amiga del secundario? Es la hermana. Tiene una inmobiliaria, es una genia. Decile que te mandé yo y que te asesore en todo: oficina, casa, lo que sea. ¿Me podés dar más coca o preferís sentarte a mirarme?

Quiero a Julia de una manera que no puedo explicar. Todo el tiempo siento que se me va. Que estoy a punto de pisar en falso y volver a perderla. No puedo celebrar su existencia al igual que con mis otros hermanos, porque tengo miedo de que me deje, le pase algo grave o se muera. Es un amor sufriente. Verla llorar es ver desmoronarse la habitación de mi infancia. Cuando hablo de Agustín y Milagros, lo hago con orgullo. Cuando nombro a Julia, se me parte

la voz. Es una nena que nació siendo grande. En esa desventura, seguramente inventada, me hago culpable de una infancia que no pudo vivir porque todos siempre estaban preocupados por mis emociones. A ella no le decían "cuidá a tu hermana". A ella le decían "mirá a tu hermana". Con protegerme no era suficiente. Por eso, es la única que tiene la autoridad para llegar a mi casa, sentarse a la mesa, pedirme la computadora y mostrarme la manera en la que necesito hacer las cosas, a pesar de haber estado separadas hace uno, dos, tres años o el tiempo que sea. Julia me mira desde donde esté. No necesita tenerme al lado para saber cómo y por qué estoy haciendo las cosas. Yo le cuento y ella me traduce lo que estoy diciendo. Sabe demasiado. Por eso, la quiero con miedo. Si algo malo le pasara a Julia no podría seguir. No tengo manera de calcular cómo se tramitaría semejante dolor. Ya vi que cuando me morí, ella se enojó conmigo. Pero si eso llegase a pasarle a ella, yo no podría enojarme jamás. Me moriría con ella.

No sé vivir sin que Julia me mire. No quiero aprender a hacerlo. Pero comprendo el cansancio que debe sentir por no poder dejar de cumplir con el mandato de mis padres. Debe ser por ese motivo por el que a veces no me quiere tanto. Me entristece, pero no la juzgo. Se merece salir a respirar una vez cada tanto. ¿Alguien le preguntó si quería ocupar ese lugar? Por lo que sé, solamente le indicaron lo que tenía que hacer mientras ese puesto estaba vacante. *Mirá a tu hermana, Julia*. ¿Se habrá sentido mirada por ellos alguna vez? Si yo no hubiese nacido, ¿le hubiera hecho un favor? Julia aprendió a no contar sus cosas. Solo lo hacía con papá. Con mamá, nunca pudo. Y conmigo, cuando termina de escucharme, se levanta y se va. No es una relación simétrica. Nunca salió de ese lugar de testigo, garante

y… adulto. No reprocha esta disparidad. A veces creo que la percibe, pero la prefiere. Hace rato no me comparte la profundidad de su vida. Quitarme ese acceso es una manera de protegerse. No logro descifrar de qué, pero se protege.

Sin embargo, cuando siente que no la defiendo, que pienso mal de ella o que no la resguardo, le duele tanto que llega a odiarme. Lo sé porque su dolor tiene una manera particular de existir. Es un dolor de color rojizo, corporal, agresivo y reactivo. En esos momentos es cuando más tengo miedo de que se muera por mi culpa.

—Te sugiero que no sea en Pinamar. Puede ser muy lindo, pero no deja de ser un lugar turístico. Te va a terminar pasando lo mismo que acá. Buscate algo más virgen. ¿Qué querés? ¿Qué tiene que tener?

—Un árbol… Cerca de la playa y distancia entre las casas. Necesito silencio. Nada más. Tampoco muy grande, algo que lo pueda mantener. ¿Te parece que me alquile una oficina? —le vuelvo a preguntar mientras ella busca propiedades y sostiene varias ventanas abiertas a la vez.

—Sí, te dije que sí. Una de dos mangos. La ponés linda y punto. ¿Me traés un cuaderno y una lapicera, así no se me pierden algunas cosas?

—No me parece mal lo del boyero o la pared, tenés razón. No te creas que no lo pensé. De hecho, lo charlé mil veces con él, pero cuando, en medio de una discusión, le doy esa opción, deja de responderme.

—¿Y para qué le seguís consultando? ¿A qué vecino esperás encontrar cada vez que intentás una nueva conciliación? Vos no sos

ninguna santa, tenés más problemas que los Pérez García. Pero el flaco es un hijo de puta. Sabe que estás sola con tres nenes. Un tipo ya lo hubiera cagado a trompadas. Tu violencia son tres huevos en el cemento, y cada tanto le inundás un terreno que se le descomprime con un par de horas de sol… No anda la lapicera. Trame otra.

—¿Quién te lo contó?

—¿Lo del terreno? Nadie, ¿quién me va a contar? Te conozco, Carola. Nada más.

—Los otros días, cuando los perros estaban en el parque mientras yo estaba atendiendo, corté la sesión y…

—¿Y qué?

—Salí desnuda. —Me reí con espasmos.

—No entiendo lo que me estás diciendo. Acá me parece que encontré un buen lugar. Perdón, sí. ¿Que saliste qué cosa?

—Los perros habían destrozado la basura, la revolearon por todo el parque, vi a su mujer entrando a casa con una escoba y una pala. Es lo que suelen hacer como una estrategia de reducción de los daños causados. Y eso: me saqué la ropa y salí al parque.

—¿Qué quisiste hacer, Carola? —Deja de mirar la computadora por un instante.

—Una forma inmunda de marcar mi territorio. Que le dé asco, pudor, vergüenza. Quise que se diera cuenta de una manera abyecta que es mi casa y puedo estar en culo, cogiendo en el parque o haciendo lo que sea. Quise ponerle frente a sus narices lo que podría pasar si entra el sorete de su marido y me ve así. O ella misma. Da igual.

—¿Y? ¿Vomitó? ¿Le dio un ACV? ¿El marido se transformó en una buena persona? Los perros, ¿qué dijeron?

—Juntó todo, mirando para otro lado, y se fue pidiendo mil veces perdón.

—Me imagino, sí. Después llegó a la casa y se lo contó al marido mientras se tomaban unos mates y todavía se están riendo, Carola. ¿No te das cuenta que les da igual? ¿Que te ven desesperada, haciendo pelotudeces en vez de plantarte como una mujer adulta? Yo te recomiendo que en esos casos llames a la policía. No es muy difícil. ¿Tenés miedo de llevarte mal? Ponele una perimetral. Algo de ese tenor. No hace falta que te saques la bombacha como medida cautelar. Pero qué sé yo, hacé lo que quieras. Tu método roza lo desagradable, pero, además, es lo más inútil que escuché en mi vida.

—Nooo. Salí en bombacha y tetas. Tomando mate, fingiendo que fue un hecho casual.

—Yo creo que te toma el pelo, Carola.

—¿Por?

—Porque es algo que yo también haría. Te estás enfrentando a un monstruo con un escarbadientes y pensás que tiene miedo. Pero, además, fijate que cada vez que le pedís que reaccione, te canta la misma perorata de siempre. No quiere conciliar. No le interesa. Te pide perdón, pasea por tu propiedad como si fuera la suya, te junta el caos que te dejaron y te promete el cambio del siglo. Sabe que te tiene contenta por unos días. ¡Pero si hasta yo me sé las heridas de la infancia de los perros que los convierten en bestias salvajes! Ya está. Si rescató dos mierdas, que se los fume él. Él adquirió una responsabilidad, no vos. Ponele un límite. Un paredón al hijo de puta. Algo. No le llores más. ¿No te das cuenta que llorar o enojarte no resolvió el quilombo durante cuatro años? ¿Y vos lo seguís

trabando así? Es un montón. No sabía que era para tanto. Igualmente, es la casa de los nenes. Esos chiquitos son dos buditas, mi vida, y Lola que se debe encerrar en su cuarto. Al final acá adentro están todos con un bozal menos los perros de al lado.

—En el lugar que más ansiosa me siento es en mi propia casa.

—Ya que dejaste ese trabajo de mierda, aprovechá y armate un nuevo lugar. Haceme caso. Te formaste toda la vida para hacer lo que estás haciendo, es evidente que mal no te va a ir. Invertí unos pesos y listo. Tenés buena reputación. Años de experiencia… ¿No te das cuenta de que el tipo es feliz generando lo que genera?

—Feliz de una manera muy amoral, a mi parecer.

—¿Y? ¿A quién le importa tu parecer? Además, ¿cuántos hijos de putas felices conocés restando al de al lado? Nada más peligroso que un sorete feliz.

—¿Me querés decir que es un psicópata narcisista?

—Desconozco en qué idioma hablás. Me estoy meando otra vez. Debe ser la menopausia, no sé. Te estoy diciendo que te alquiles algo. Nada más.

—Tengo miedo de errarle. De suponer que así estaré mejor y que, si eso no sucede, me dé cuenta de que la culpa no la tenía Ricardo. No tengo con quién consultarlo tampoco.

—¿Por qué tenés que consultarlo con alguien? Acabás de tomar un par de medidas importantes, todas me parecen ok. Pero si no me parecieran, ¿por qué me darías más crédito a mí que a vos? ¿Cuál es la duda? No hace falta que deposites en el lugar ninguna función más que la que viene a cumplir. Es una oficina que vas a alquilar para laburar. Punto. Enfocate en que sea un espacio silencioso, cerca

de tu casa y cómodo. Llamala a Juliana ahora, antes de que me vaya. Te quiero ver. Sé que me voy y empezás a dudar otra vez.

—Ok, ok. Ahí le dejo un mensaje.

—¡Ahora! Así sigo buscando terrenos. Ya estoy cerca me parece…

—Listo. Todavía no lo leyó, pero ya le envié. —Le muestro la pantalla del celular y asiente con la cabeza.

—Mira… Mirá, Carola, vení. No conocía este lugar. Se llama La Serena. ¿Escuchaste vos? Parece que está ubicada entre Pinamar y Ostende. Ya sé que no tenés idea de lo que te digo, pero está a menos de tres horas de viaje. Hay cuatro seres humanos y toda naturaleza. No entiendo bien, pero sería como una zona franca. Acá hay uno que no me parece caro. Mirá… La Serena…Ya el nombre es muy vos. ¿Te gusta? A 350 metros del mar. Acá hay un teléfono. Prestame el celular. ¿O lo llamás vos? Es dueño directo.

—Sí que es lindo. Parece tranquilo, ¿no? Mirá, ahí cerquita hay un hotelito… Es buena esa. Porque mientras están construyendo tengo donde parar. ¿Viste el ombú que tiene? Me encanta.

—¿Llamo? —Me mira con el celular en la mano.

—Pero ¿qué le vas a decir?

—Lo mismo que le decía a toda la gente que me hacías llamar cada vez que tenías miedo de tartamudear. Que soy Carola Henner y el resto ya me lo sé de memoria. Te hago el primer contacto que es el que más problemas te genera y después seguí vos.

Lo último que dijo me dolió. Como a veces me duele Julia. De tanto mirarme, es la única persona que me conoce sin tener que explicarme. De vez en cuando, si alguien no entiende lo que quiero transmitir y Julia está sentada a mi lado, la miro como pidiendo que

traduzca mi lenguaje. Y ella: "Te está diciendo que…". Julia no me cuestiona, no me pide referencias, ni moraliza mis palabras. Sabe que no le pertenecen y eso la deja despegada de mi accionar. Su función es muy sencilla. Abre la boca y hace lo que tiene que hacer.

Cortó la llamada con evidente éxito. Cerró la computadora y se levantó de la silla.

—Emilio Suárez se llama. Tenés que coordinar para hacer una videollamada, bueno, ya escuchaste todo, no hace falta que te lo repita. Me tengo que ir.

—Pero no me contaste nada de vos, de los nenes, de tu vida. Siempre me hacés lo mismo, Julia. Me siento una egoísta. Todo se trata de mí.

—En la semana arreglamos y te cuento. Carola, una última cosa te voy a decir antes de irme: esto que pasó recién fue la última vez que va a suceder. La última. Todo lo que viste fue en razón de los deseos que vos tenés. No de los míos. Pegá el salto de la cabeza a la tierra, querida. Hace rato que no hay vacío abajo. ¿No te das cuenta? Me tengo que ir. En la semana contame cómo te fue con todo.

Mientras yo permanecía en la silla, tomó su cartera, vació un último vaso de coca cola, se levantó y se inclinó sobre la mesa para darme un beso seco. De compromiso. Me dijo que me quedara para terminar de resolver lo que ella había iniciado y cerró la puerta sin más que un *cuidate* cargado de hartazgo.



33

Durante semanas me despertaba en plena noche y permanecía escribiendo por un tiempo indefinido mi nueva novela. Estaba entregada a las letras, que volvieron a salir con la misma precisión y entusiasmo de otros tiempos.

Cuando me cansaba, seguía escribiendo otra cosa. Por ejemplo, me detenía en detallar listas de actividades posibles, ínfimas, pero importantes que quería realizar al día siguiente. Lo mismo que hacía cuando era una adolescente.

Volví a escribir un diario. No para entenderme, sino para dejar constancia de las emociones que me estaban atravesando. Al despertar, anotaba los sueños. Me llamaba la atención la cantidad de contenido, de cosas tan diferentes pero potentes que tenía para relatar. Todos tenían algo en común: estaban llenos de colores que recordaba con una agudeza desconocida.

Gerardo levantó un mural entre Ricardo y mi casa. Pusimos alambres de púa en la parte de arriba, solamente para arruinarle la vista. Cambié la puerta de entrada. La única forma de abrirla es desde adentro. Es un portón eléctrico. El cantero de adelante tiene instalado un boyero del cual no fue notificado. Supongo que se va a enterar cuando vea que las bestias salvajes recibieron la advertencia

eléctrica de regreso a su casa. La medianera fue castigada por el consorcio con una multa, a pedido de Shrek. Decidí pagarla en cuotas, solamente para saborear la victoria una vez por mes.

Puse la casa en venta. Con la ayuda de los chicos comenzamos a ordenar las cosas muy de a poquito con una premisa fundamental: todo lo que queda será susceptible de ser trasladado. Una manera de matar la ansiedad de la espera, pero, sobre todo, de ir disfrutando el viaje antes de irnos. No importa cuándo ni dónde. Por el momento, estamos viviendo la previa con alegría.

Arrastré la cama hasta la puerta de entrada. Decidí no venderla ni tener injerencia en su destino. Alguien se la llevó en menos de lo que canta un gallo. Era mi cama de la muerte. En ese lugar donde yo había querido morir, otro le estaría dando la vida que yo no pude. Compré una más chica. Necesito tener control sobre los espacios que habito. En esta, el cuerpo me entra perfecto. El vacío de al lado se siente menos vacío. Cambié el espejo que había destrozado: la ruptura simbólica con mi biografía anterior. El sillón, lo vendimos, y con esa plata pudimos comprar uno más chico, pero muy lindo. Mamá muerta ya no está acostada entre nosotros.

Cuando quise ordenar el placar, tuve la sensación de que la ropa se separó sola. Cada prenda que ponía en la valija era una manera de dejar de defender versiones mías que no existían. Vestidos para eventos que nunca habían ocurrido. Zapatos para una vida que no había vivido ni pretendía vivir. Solo me quedé con lo que uso. Con lo que soy cuando no proyecto.

Agregué algunas plantitas y pinté la pared central de un color rosado antiguo.

De a poco, y con ayuda de los chicos, fuimos limpiando y decorando la oficina que terminé alquilando frente a una plaza cerca de mi casa. No es la plaza que hubiera querido, pero está muy bien igual. Compré una mesa Luis xv y la transformé en un escritorio bien grande. Dos sillas cómodas. Un sillón para que mis pacientes se sienten. Un par de plantas, velas, dos budas. Y trasladé la biblioteca para allá. Es un edificio tranquilo. No se admiten mascotas. Las oficinas vecinas por el momento están desocupadas. El ruido es mudo. Tiene un pequeño balcón que me sirve de respiradero, además de darme un paisaje calmo.

Empecé a alimentarme mejor. Y a tomar agua más seguido. No pretendía cambios hegemónicos. Solo ir acomodando de a poco mi cuerpo al compás de lo que estaba intentando hacer con el resto de mi vida.

La ausencia de las redes sociales ayudó muchísimo a bajar mis momentos de impulsividad, de ansiedad y de cansancio crónico. De vez en cuando, pienso en Matías. Ayer ganó Boca, por ejemplo. Me lo imaginé en la cancha, festejando, contento, y compartí su emoción mientras miraba el partido desde la tele de mi cuarto.

Pasé días enteros en casa. Limpiando. Compartiendo con los chicos. Leyendo. Manteniendo mis idas y vuelta con mi editora, Silvina. Sigue sin registrar que detrás de Carola hay un ser humano.

Creo que eso es lo que más le agradezco. Su manera de evitar mezclar mi vida personal con la del personaje me ubica en donde quiero estar: aprendiendo. Si lloro de la emoción o de angustia, ella nunca me mira. Nunca supe qué tiene debajo de la computadora que mira tanto, pero intuyo que es el refugio donde deposita la mirada, y a mí me alcanza para que no se detenga en cualquier cosa que me corra del motivo que nos une. Me sugiere cambios, o maneras, de enriquecer el relato que no solo no descarto, sino que lo aprecio como si fueran reliquias que me está poniendo en la mano. Todas las veces que apago la computadora lloro como forma de agradecimiento. Es la única que lee mis producciones. En el intervalo que no nos vemos, me separo de mí, me siento en la silla de enfrente y charlo conmigo en voz alta acerca de cambios, ideas o correcciones. Hablar conmigo nunca fue hablar sola, a pesar de que técnicamente lo sea.

Hace mucho que no destruyo cosas. A mí tampoco.

Todas las tardes doy un paseo por la plaza. Imagino vidas posibles que me sirven de inspiración para mis próximas novelas. Entro y salgo de esas escenas con un placer inexplicable. La medida del tiempo me la marca el cuerpo y no el reloj. A la noche, sigo poniéndome los tacos, me pinto los labios y bailo frente al televisor. Sostengo un vaso con coca light, hielo y limón y reproduzco escenas donde siempre hay otros mirándome. De vez en cuando, me dan la mano y me sacan a bailar. Me gusta decirles que sí a todos aquellos que todas les dicen que no. Cómo me divierto cuando nadie me ve. Convoqué a un par de muertos que se me venían a la memoria y

pude tener conversaciones muy íntimas. Les pedí pocos consejos a mis viejos. Casi que ni los estoy buscando. Últimamente, si veo mariposas trato de entender que son mariposas y no el nuevo cuerpo que adquiere papá una vez al día. Siento que también es una manera de liberarlo a él. Saqué sus fotos de mi altar. La ropa de mamá la dejé en una bolsa en la puerta de casa.

Recibí un mensaje de Sofía. Es la primera vez que me agradece por empujarla a liberarse de lo que siente con las personas que quiere. Tuvo gratas experiencias cuando soltó la especulación y ahora dice que quiere repetir. Mientras lloraba de emoción, yo la acompañaba en el sentimiento desde este lado. No pude compartir demasiado tiempo con ella, a pesar de sus insistencias, porque estoy abocada a estas pequeñas tareas.

Le dejé varios mensajes a Julia que contestó con emoticones o monosílabos, dándome a entender que estaba al tanto y en conformidad con mis pequeños cambios. Le sigo preguntando por ella, pero solo responde que ya nos veremos.

Retomé mis meditaciones y me anoté en pilates, porque me duele el cuerpo de las posturas de mierda que conlleva esto de estar todo el día sentada en una silla. Hace días me laten los ojos. El chat gpt me sugirió hidratarme y hacer algunos movimientos oculares específicos para descansar la mirada. Parece que solo es cansancio visual.

Tuve conversaciones con Emilio, el dueño del terreno. Me parece un tipo muy agradable. En pocos días nos vemos para firmar la escritura. De vez en cuando me manda videítos del lote desde perspectivas diferentes para que me vaya haciendo la representación mental de como quiero ir dándole vida a mi esperada casa.

Tuve mi sesión con Rubén de la que extraje cosas chiquitas, pero fundantes. Respecto a la medicación, solo decidió bajar un cuarto la fluoxetina. Más allá de estar mejor, sostiene que es mejor acompañar todos estos cambios con prudencia. Me pidió como un favor casi personal que delegue la clínica en él, y que mientras tanto me dedique a vivir. Festejó mi renuncia a la empresa, mi distancia sostenida con Nicolás, las modificaciones que hice en mi casa, y se puso de pie para aplaudir la compra del lote. Me dio calma en sus devoluciones. Sostuvo con precisión quirúrgica algo que jamás se me había ocurrido ver con esos anteojos. Llamó desposesión al proceso que estaba atravesando y me pareció muy atinado. Entre todos estos actos encontró un factor común, un hilo conductor que le daba la garantía de que esta vez no estaba siendo gobernada por el impulso.

—Cada cosa que se va, te está dejando más espacio para estar. Nada tiene que ver con el orden. Tiene que ver con la construcción de un ecosistema donde puedas respirar. Para trabajar en ciertos lugares, para sostener ciertos vínculos, incluso, para escuchar las cosas que escuchás a través de las redes sociales, tenés que usar mecanismos defensivos que no tenés. En esa imposibilidad de anestesiarte, de endurecerte, de sobreadaptarte a lo que tu cabeza

registra como hostil, feroz y mentiroso, el cansancio vital es una salida inevitable. Tenés que asumir lo que no sos y también lo que no estás dispuesta a ser. Por eso, mientras que el de al lado te tiraba los perros por el alambrado, vos seguías pidiendo compasión para que tomara medidas de convivencia. Llega un día en el que hay que asumir que conciliar no siempre es posible, mi querida reina de las palabras. Evolucionar no es volverse un manipulador para estar a la altura de los manipuladores. No, señora. Es verlo, poder ver el medio en el que estamos insertos y fortalecernos en las áreas que sí queremos desarrollar ya no para cambiar al mundo, sino para ir hacia aquel del cual queremos ser parte. Por eso celebro estos cambios y los apoyo con toda mi fuerza, mi querida Silvina Ocampo y toda la fila india de los poetas malditos que habitan en esa cabecita. No se trata de sanar ni de ordenar la vida de forma prolijita y saludable. Lo que vos hiciste, Carola, seguramente movida por la epifanía del espanto, y marcando el comienzo con el sablazo que le metiste a ese espejo, se trató y se trata de dejar de sostener una biografía que ya no era habitable.

Antes de irme, ya en la puerta, me clavó la mirada mientras hablaba y se reía al mismo tiempo, y recitó una suerte de manifiesto:

—Nada de asustarse de usted misma.

—Ni se le ocurra confundir recogimiento con patología.

—Y, sobre todo, a mí no me toque esa locura, ¿eh?…

—¿Qué pretende? ¿Terminar como el Don Quijote? No se lo voy a permitir de ninguna manera. No nos olvidemos que el día que recobró la cordura solo lo hizo para morir.



34

Doce del mediodía en punto.

Me bajé del micro con el bolso apretado contra el pecho. Caminé dos cuadras desde la pequeña terminal hacia el hotel que había reservado la semana anterior. No había nadie alrededor. El impacto del olor a tierra sin estrenar y ese viento suave en la cara —un viento que por primera vez no traía ruido— se me fue juntando en la garganta como un airbag emocional que se inflaba paso a paso, intentando retener el llanto. No pude. Tampoco quise poder más. ¿Cómo iba a contener semejante emoción? ¿Por qué motivo inútil estaba tratando de hacerlo? No era angustia, no era miedo, no era dolor. El ADN de esas lágrimas venía de otra cepa. Tengo que asumir que ese momento fue el primer destello de felicidad absoluta que tuve durante toda mi vida.

Y digo *primer* y digo *absoluta* —sin temor a equivocarme— porque en esa experiencia había algo gratamente novedoso: la convicción de merecimiento y la gratitud consecuente que sentía hacia mí. Hacia nadie más que a mí. Por supuesto que no estoy hablando de la contingencia del éxito, ni del logro de una meta cumplida, ni mucho menos estoy haciendo referencia a la idea vacía de un Universo que, conspirando a mi favor, me estaba premiando por el solo hecho de existir. Lejos estoy de esa idea infundada. Estoy

hablando de verdad. Con honestidad, sin intenciones de darle de comer a mi autoestima y mucho menos a este sistema de porquería.

Si llegué a este estado, fue con la marea en contra. Con las cartas de la vida dadas vuelta en casi todas las partidas, avanzando con la voluntad rota, con el cuerpo cansado y la cabeza llena de miedos. No me movió la ambición ni la creencia en mis potencialidades, ni mucho menos el coraje. A mí no me respaldó la disciplina, ni las ganas, ni un deseo maduro; mucho menos una energía heróica. Yo no llegué insistiendo: a mí se me terminaron las opciones y fue, en esa decadencia, donde encontré la última bocanada de fuerza que queda entre los escombros cuando el derrumbe ya hizo su desastre. A mí me trajo la última gota de pulsión de vida a la que me aferré como un mono a su fina rama, entendiendo que mi debate era entre dar una vuelta más o desaparecer. La epifanía del espanto que me acorraló contra las paredes del ahora o nunca. Y fue en esa inercia del agotamiento que aposté la última ficha: quebrar la narrativa de mi vida que me atravesaba o morir en esa cama para siempre.

Aún con la decisión tomada, los pasos de mi camino no los hice motivada. Ni con la agenda ordenada, ni a través de hábitos saludables, ni horarios pautados. Lejos de eso, me fui moviendo como pude. Apenas un pie delante de otro. Apenas el pulso. A veces gateando, a veces durmiendo, a veces renegando; a veces, esperanzada y la mayoría de las veces, gracias a la eficacia de un instinto de supervivencia que me mantenía viva un día más y punto. Así, como cada tanto seguimos los seres humanos.

No había ganado una medalla. Le había ganado a la pulsión de muerte.

Mi intención, mi sueño, esa fantasía que por años solo fue apenas compensatoria, por fin encontraba su sitio en el mundo exterior gracias a mí. A mí y solo a mí. Era, justamente, en eso donde se diferenciaba de las otras vivencias cumbres que también fueron edificantes de mi historia personal: no solo no hubo nadie a quien mirar para agradecer la colaboración, sino que esta vez me lo había ganado a pesar de mi destino, y en esa ganancia, abracé de manera inesperada el otro pilar que me llevó a vivir semejante emoción de plenitud primera: la gratitud hacia mí por haber seguido.

Por haber seguido.

La sensación de merecimiento y gratitud me llevaron a querer festejar solo conmigo. La única mano a la que le quería chocar los cinco era la mía. Un aplauso de mí para mí. Una felicidad que no necesitaba testigos. Ni fotos. Ni compartirlo con nadie más. Estaba decidida a contemplarlo todo, pero, sobre todo, a no dejarme en ningún momento fuera del paisaje.

Una expansión trascendental me empujaba hacia adelante, las lágrimas seguían corriendo como un manantial imparable, las piernas me temblaban; un impulso extraño en los brazos, como si el propio cuerpo supiera, antes que yo, dónde tenía que ir, me fue moviendo con agitación.

Un espectáculo maravilloso de alegría, de vida, me dejó en la puerta del primer destino.



35

Entré al hotel con la dignidad intacta de quien decide llevar las lágrimas bien puestas.

—Hola, buen día. —Aspiré los mocos para poder respirar y acomodé la voz como pude.

Detrás del mostrador de la recepción me encontré con el primer ser humano oriundo de mi nuevo hogar. Me entusiasmó que fuera un hombre ajeno, extranjero de toda mi historia. Altura media, morocho, con esa presencia calma que identifica a la gente de campo. Le calculé unos cincuenta años. Llevaba remera blanca, una malla azul marino, y un olor a desodorante Axe que se me metió por las fosas nasales como una droga intravenosa. Tenía un par de canas incipientes que le quedaban bárbaro, la piel curtida por el sol, ojos marrones. Sonrió como recibimiento y al hacerlo se le marcaron dos pocitos mínimos en las mejillas.

En cuanto a mí, venía toda desacomodada, mitad por las horas de viaje, mitad por la euforia evidente. El vestido torcido, el bretel caído, el pelo sin forma específica, la cara húmeda. Cuando lo vi, en un gesto rápido me organicé como pude. Intuyo que lo notó y sin exponerme subió el volumen de la computadora que tenía enfrente para romper el hielo y acallar los ruidos que estaba haciendo con mi torpe llegada.

Una musiquita suave, una guitarra lenta, me llevaron a balancear el cuerpo mientras esperaba que abriera la boca.

—Buen día. Bienvenida. ¿Viaje largo? —preguntó con esa voz mansa, que viene del campo y del silencio.

Me acerqué al mostrador y le di la mano

—¿Qué tal? Soy Carola feliz… perdón… —Me reí. No sé por qué dije eso—. Y sí, un viaje largo. O no. No lo sé. Un par de horas, no las conté. —Respiré—. Carola Henner, quise decir. Soy Carola Henner y tenía una reserva. Lo de *feliz*… debe ser porque estoy feliz. —Sonreí torpemente.

Él acompañó mi risa con una sonrisa chiquita.

—Perdón, señor, discúlpeme todo este desparpajo. No estoy controlando mi sistema nervioso. Estoy emocionada.

Él se animó a reír.

—Soy Juan —dijo dándome la mano—, podés tutearme. Es más, te lo pido encarecidamente.

—Claro. Claro. Juan… Juan ¿qué?

—Juan. A secas.

—Ah, bueno, fácil de recordar.

Bajó la mirada, tímido, pero con esos pocitos iluminándole toda la cara.

—Después hacemos el *check in*, no hay apuro. Ahora acomodate tranquila. Te acompaño a la habitación. No venís muy cargada, pero… —Me tomó el bolso—. Una mano nunca está de más. Te cuento que por estos dos días serás la única inquilina. Todavía no llegó la temporada y, encima, entre semana, difícil que esto se mueva. El primer vecino lo tenemos a cien metros. No sé si sabías adónde venías. —Sonrió mientras me levantaba el bolso.

—¿No hay vecinos? Estoy viviendo un sueño. Todo lo que decís suena impecable. No necesito gente en absoluto. Es más, odio a la gente. Despreocupate.

—¿Cómo? No, no te entendí bien, me parece. Estoy medio sordo.

Subimos las escaleras, caminamos por un corto pasillo y llegamos a mi habitación. Me mostró cómo abrir la puerta con la tarjeta y mientras yo pasaba, él se quedó apoyado en el marco, sosteniendo un aire indescifrable. En silencio, presente, respetuoso.

Apoyé el bolso junto a la cama y me senté en el colchón, todavía temblando. Me froté las manos contra los muslos como con intenciones de anclarme en ese suelo nuevo.

—Bien, Carola… La puta madre… Bien. —susurré mientras que mis lágrimas volvieron a salpicarlo todo.

—¿Estás bien? ¿Necesitás algo? ¿Te alcanzo un vaso de agua?

—Ay, no. ¿Juan a secas seguís ahí? Que papelón. ¡La propina! Esperame un segundo.

—No, no. Por favor, ¿qué propina? —Sonrió—. Este bolichito es mío, no tenés que darme un peso más. Solo que debería haberme ido. Disculpame.

—Escuchame. —Lo detuve con mi brazo en el aire—. Yo me voy acá nomás, unas cuatro cuadritas, pero no sé a qué hora voy a regresar. Te quería preguntar cuán seguro es que deje todo esto acá.

—A cuatro cuadras, ¿dónde? —preguntó sincero, sin otra intención más que orientarse.

Saqué un papelito y repasé en voz alta:

—Salgo de acá, camino cuatro cuadras derecho, doblo a la izquierda y ahí está mi casa —dije directo. Sin rodeos. Con

seguridad. Feliz … pero llorando otra vez.

Juan me miró raro, como si estuviera tratando de descifrar si hablaba de algo literal o simbólico.

—¿Tu casa? Pero…

—¿Puedo dejar el bolso acá, entonces? ¿No pasa nada?

Juan se rio suave, tiernamente.

—¿Qué va a pasar? Si no hay nadie acá. —Hizo un gesto amplio con las dos manos—. Como te comenté, recién el fin de semana viene alguien de gente, pero vos ya no vas a estar.

Se encogió de hombros.

—Dejalo tranquila, voy a estar yo solo. Cada tanto viene mi hermana o mi hermano a reemplazarme. De más está decirte que son de absoluta confianza, ya los vas a conocer. Va a estar todo bien, relajate y disfrutá tu estadía. No conocés a nadie por la zona, por lo que veo. Se me ocurre que si llegaras a necesitar algo… ¿te dejo mi número, te parece? Ahora te hago una llamada perdida, tengo tu teléfono abajo. Voy a tener que cambiar el apellido, eso sí… ¿Carola feliz, me dijiste? Porque yo te tenía agendada como Carola Henner. —Hizo una sonrisa ladeada que profundizó sus pocitos de una manera que no esperaba.

—Sí, sí. Esa soy yo. —Sonreí llorando mientras me juntaba los mocos con la mano.

—De todas formas, para encontrar señal acá necesitás un poco de suerte y el viento a favor. Va y viene a cada rato. Te aviso porque ustedes, los de la gran ciudad, entran en pánico enseguida. Es cuestión de ejercitar la paciencia, nada grave, disculpame. —Entró al baño y cuando salió me apoyó un rollo de papel higiénico en la mesita de luz mientras me lo señalaba con el dedo.

—Ah, no, si es por mí, no te preocupes. A mí la señal… me chupa un huevo. No vine para estar con el telefonito en la mano. Y sí, vivo en la ciudad, pero no por voluntad propia. Lo mío fue un error de logística que tuvo la cigüeña, nada más. Gracias por eso. —Señalé el papel con la cabeza.

—¿De quién? Ah… disculpame, pero creo que esta vez no te seguí.

—No importa, no hace falta. —Le devolví la sonrisa mientras me afirmaba al borde de la cama y empezaba a balancear las piernas como si estuviera en una hamaca.

Nos quedamos un segundo en silencio. Una posibilidad limpia, mínima, vibró entre los dos y que, por supuesto, tuve que romper de alguna forma.

—Gracias y disculpame por este festival del llanto que acabas de presenciar. Pero esto es *mucha cosa* para mí, ¿sabés? No, claro que no sabés, si es la primera vez que me ves en tu vida. Pero bueno. Estoy emocionada y cuando me emociono…

Juan respondió con una sonrisa lo que acababa de escuchar.

—Nada que explicar. No te entretengo más, cualquier cosa estoy abajo. Con el cero, línea directa.

Cerró la puerta. Él y sus pocitos se fueron.

Ni bien quedé sola, el cuerpo me hizo un estallido.

36

Me dejé caer de espaldas, hundiéndome en el colchón. Me reí. Me reí libremente. Me reí de estar riéndome.

Estiré el cuerpo como una nena que recién despierta: abrí los brazos, abrí las piernas, me alargué entera. La sangre se me llenó de una electricidad suave, limpia. Me incorporé un poquito y, sin pensarlo, di una media vuelta carnero torpe en la cama: mi celebración física, animal. La frutilla del postre.

Estaba feliz. Feliz de una manera que no sabía que existía. Feliz de mí. Feliz por mí. Me senté de nuevo en la punta del colchón. Me abracé con ganas. Me acaricié los brazos. Me besé las manos. Y por supuesto: lloré otra vez.

Gracias, Carola, gracias me dije con una gratitud que nunca antes había sentido.

Me levanté despacio, un poco mareada por la destreza que había improvisado, y fui al baño. Me lavé la cara y el agua fría me ordenó la respiración. Cuando estaba por anudarme el pelo con un rodete —ese gesto automático, obediente—levanté la mirada.

Y me vi.

Me vi de verdad.

Tenía una sonrisa tan hermosa, tan pura, tan infantil, que la sola idea de atarme el pelo me pareció una traición.

En ese reflejo vi una nena feliz.

Una nena adulta feliz.

Las nenas felices no se atan el pelo. ¿Alguien vio alguna vez una nena con un rodete hecho por sus propias manos? Peor aún: ¿alguien vio a una nena feliz con un rodete fabricado por sus propias manos?

No. Nadie. Es una imagen imposible de fabricar incluso en la imaginación. Esas dos variables se repelen. No podrían convivir jamás en el mismo cuerpo.

Solté la gomita, la dejé caer adentro del cesto sin miedo a necesitarla y con el pelo suelto, la cara fresca, un cuerpo dócil, por fin obedeciendo a su propio pulso, bajé las escaleras.

—Chau, Juan a secas, nos vemos más tarde.

—Chau, Carola feliz… Que tengas lindo día en… ¿tu casa?

Frené la marcha de repente, me acomodé el vestido, carraspeé como como si necesitara despejar la garganta antes de decir algo importante y me di vuelta. Le regalé la mejor sonrisa que tenía, esa que hacía rato no sacaba a la calle y asentí con la cabeza:

—Sí, señor. Escuchó muy bien. En mi casa.



37

Abrí el alambrado y estiré los brazos con una expansión liberadora. Me quedé en esa apertura con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás un par de segundos. Necesitaba dejar de llorar un poco —al menos— para contemplarlo todo con las pupilas desempañadas. Descansé en esa postura intentando que el agua haga el camino inverso y se meta por otro orificio desconocido que no sea el de los lagrimales. Me saqué las zapatillas. Las dejé a la entrada de lo que, por ahora, era solo era un pedazo de tierra y tiré el celular sin demasiada precaución. El pasto crecido me rozó los tobillos como si me reconociera. Lo fui tocando como si fuera un perro que viene a saludar. ¿Cómo puede ser que un contacto tan simple me conmueva tanto? ¿Cómo puedo estar sintiendo semejante bienestar? El silencio era nuevo, distinto, uno que me dejaba respirar. ¡Pero si hasta el canto de los pájaros sonaba diferente! Una música más tranquila, más calma, como si incluso ellos también, al encontrar un lugar seguro donde no tener que defenderse, hubieran bajado la guardia.

Me agaché y busqué un pedacito despoblado. Tierra. Tierra. Barro. Dejé que la mano se hundiera lo suficiente como para que se me pegara en la yema de los dedos. Jugué un poco haciendo pequeñas pelotitas hasta que me senté en el suelo. La llevé a la nariz e inhalé profundo en un intento de traerme al cuerpo todo eso que estaba

viendo, sintiendo, oliendo, viviendo. No quería perderme nada. Pero, sobre todo, no quería perderme nada de mí en ese momento. Respiré a plena conciencia bajo las órdenes de mi cuerpo. Ya no había métodos. Pulso indicado. Ni indicaciones para nada. Las voces ajenas estaban apagadas. Nadie diciendo qué, ni cómo, ni cuándo, ni mucho menos, para qué. Respiré para respirar, alineada con la melodía de lo que estaba sintiendo.

Después de un rato, me levanté de a poco y caminé despacio, sintiendo el suelo firme bajo los pies. Pisaba fuerte, intentando aferrarme a ese suelo, queriendo enraizar mis plantas como si yo fuera un árbol buscando el lugar perfecto para dedicarme a crecer fuerte, segura, sana.

Entre los médanos, asomaba el mar: un brillo blanco que se movía constantemente. Aunque estuviera un poco lejos, el golpe del oleaje llegaba igual: grave, parejo, insistente, como un aliento que no podía ignorar. El viento me dejó la sal en los labios, obligándome a probarla y a saborearla con placer. De repente, el peso del cielo me llamó a mirarlo. Era más grande ahí. O yo más chica. No lo sé. Pero parecía que alguien lo había puesto en ese escenario perfecto para cubrirme de la intemperie.

Seguí recorriendo ese terreno como si estuviera pisando algo sagrado. Lo era.

No pensaba. No hablaba. Dejé que el cuerpo hiciera lo suyo. Mientras continuaba registrando el territorio, tomando fotos mentales, descubriendo lo inefable, algo dentro mío se aflojó de golpe. Ese algo se trasformó en todo y caí al suelo de rodillas como si tuviera enfrente una presencia divina. Nadie. No había nadie más que yo viviendo una experiencia cumbre, pero terrenal. Sin mística.

Sin adornos. Sin Dios, sin Buda, sin mis muertos. Solo una rendición ante mí en ese pedazo de tierra.

Lo abracé todo y con la cara llena de pasto y las manos impregnadas de barro, fui caminando hacia el ombú. Mi ombú. Ese que vislumbré antes de cerrar la compra como mi lugar predilecto de toda mi casa. Un gigante que había venido con el lote como un regalo sin envoltorio. Apoyé mi mano en el tronco a modo de presentación. Sentí su pulso tibio y como un eco me devolvió la posibilidad de sentir el mío también. Cerré los ojos y, como quien dice los ingredientes de una comida que le ponen en la boca sin saber de qué se trata, nombré los míos: Lugar seguro. Amable. Pertenencia. Mi primer rincón de pertenencia.

Bajé hasta sus pies y con una sensación de plenitud que no se apagaba, decidí, desde allá abajo, quedarme a contemplarlo todo desde otra perspectiva. Me abracé tan fuerte como nunca antes me habían abrazado.

La perfección existe, Carola. Existe. La plenitud existe. Me decía en un intento de renovar a cada instante la conciencia de que fui yo la que dediqué mi vida entera a construir ese instante del cual estaba locamente enamorada y que nadie, absolutamente nadie, sobre todo yo, iba a ser capaz de romper.

En ese estado de gratitud, apoyé mi cabeza en el tronco y sin darme cuenta, me quedé dormida. Dormida no. Plácidamente dormida. Hasta que lo impensado otra vez se hizo presente para cambiarlo todo.



38

El ruido de un motor me levantó de golpe.

¡Qué carajos es eso!

Una camioneta enorme, demasiado enorme, estaba estacionando a menos de cincuenta metros de mi casa. Intenté pararme, pero los bocinazos inesperados me volvieron a tirar de culo al piso.

No, no, no, murmuré, *no me puede pasar esto. No puede ser. El celular. ¿Dónde está el celular? ¿Dónde mierda lo puse? Juan a secas, por favor, te lo pido, ¿dónde estás? Me van a usurpar el lote. Me van a secuestrar. Necesito llamar a alguien. ¿No hay un puto vecino? Ricardo te extraño. Ayuda. Por Dios.*

Recordé que había dejado el celular en la entrada y me fui arrastrando como una lagartija para evitar los posibles disparos hasta que llegué a destino con vida. Arranqué el celular y con desesperación empecé a buscar el contacto de Juan a secas. Intenté hacer la llamada, pero el teléfono estaba mudo.

No hay señal y la puta madre que los parió. ¿Y por qué todo esto ahora? ¿A quién le cagué la existencia en mi otra vida?

911. Gracias a Dios el 911 no necesita señal.

A punto de marcar, vi cómo se abrieron al mismo tiempo las dos puertas delanteras de la camioneta. Tiré el celular y, con la respiración entrecortada, levanté las manos sin oponer resistencia alguna a lo que estaba por suceder. Caminé hacia el lugar sin bajar

la mirada y no por valiente. No la bajé porque quería ver los ojos de la persona a la que tanto daño le había causado alguna vez para arruinarme la vida cada dos segundos. Estaba dispuesta a pedirle perdón y en caso de que no me matara, preguntarle de qué manera podíamos saldar semejante daño.

Pero no.

Del lado del acompañante veo salir un taco aguja animal print hundiéndose torpemente en la tierra. Del lado del conductor, un cuerpo asomado detrás de una cartera inmensa que reconocí de inmediato.

Mi teoría conspirativa murió en un segundo.

—¡¡Ey, Carol!! ¡Sorpresaaaa! ¡Llegamos!

Me fui acercando despacio, tratando de confirmar que no estaba alucinando hasta que las tuve lo suficientemente cerca para aceptar que mis ojos no estaban mintiendo

—¿Sofía? ¿Qué mierda hacés acá? ¿Quién te dio la dirección?

—Claro que Sofía. ¿Quién más? ¿De verdad pensaste que te iba a dejar sola en este descampado estrenando tierra nueva? Pasé por el hotelito que me nombraste, el gaucho que atiende me dijo dónde estabas. ¡No iba a esperar a que me invitaras! ¿Cómo anda la loca más loca? Ayudame que me quedé incrustada en esta montaña de mierda.

—¿Qué gaucho, Sofía? ¿De verdad te pusiste tacos?

—¡Pero qué linda está la casa de mi amiga! ¿Hay que anunciarse en algún lado? ¿Dejamos los zapatos en la puerta para no ensuciar? —Se reía mientras se acomodaba el pelo con los dedos, haciendo malabares para no caerse.

—¿Qué es eso? ¿Una combi? ¿Viniste en comitiva? ¿Qué tenés en la mano?

—En esta manito tengo una pala. —Me la sacudió en la cara—. Y estos paquetitos son flores. Flores preciosas para que plantes en tu barro. ¿No era eso lo que querías, Carolita?

Sin esperar respuesta me incrustó la pala en la mano, y apoyó las flores en mi pecho, casi como un abrazo torpe. Después giró sobre sus tacos imposibles, regresó a la camioneta y abrió el resto de las puertas.

—¡Bajen, bajen, vamos que llegamos! —gritó como si estuviera manejando un contingente de tercer grado.

Tomás, Lola, Manuel, y mis dos sobrinos, Lautaro y Ramiro, bajaron en una procesión prefecta, mirando todo con cara de primera expedición a Marte.

Mientras tanto, Julia se acercó con un paquete enorme envuelto en papel madera.

Tenía esa expresión suya entre fastidio y amor resignado, de haber roto su rutina semanal para cumplirle el capricho a Sofía. Me saludó con un beso corto, seco. Puro Julia. Antes de decir unas palabras, se secó la respiración de la frente con la manga de la camisa. Se levantó los anteojos de sol como una vincha improvisada y recién entonces me extendió el paquete.

—Tomá. Esto es para vos. Algo simbólico. Espero que te guste… y que encuentres la paz.

—Gracias, Julia. Gracias por venir. Y gracias por esto. —Me quejé del peso que acababa de depositar en la palma en mi mano.

—Pesa, sí. Decímelo a mí, que tuve que ir a buscarlo en micro porque se me había roto el auto. Pero, bueno, quería que lo

tuvieras. Un solo favor… —agregó, clavándome esos ojos que siempre me contenían y me retaban a la vez.

—Decime, sí, obvio. ¿Qué necesitás?

—Que no llores.

La indicación exacta que no sabía que estaba esperando para saber que tenía que llorar.

—Pero la puta madre, si todavía no lo abriste… Estás llorando por las dudas, con una anticipación innecesaria. Están los nenes. Ponete contenta, cortala con el drama y mirá dónde estás. Valorá, valorate. También podés ayudar si querés, esto es una mudanza improvisada y no somos tus esclavitos.

—No lloré por drama, te juro que estoy chocha. Es emoción, nada más.

Mientras apoyaba la pala y los paquetes de flores que me dejó Sofía, la abracé fuerte. Julia me sostuvo sin moverse, como si fuera un poste. El tipo de abrazo que solo ella sabe dar: el que sostiene sin adornar.

Manuel y Tomás fueron tirando al piso las cosas que estaban adentro de la camioneta: pelota, manta, facturas, reposeras, gaseosas, vasos, termo. Un tablón.

—¿Cadenas? —pregunté—. ¿Para qué trajeron cadenas? ¿Me van a atar al árbol?

—No, estúpida —dijo Julia—. ¡Chicos! Vengan a darle la sorpresa a mamá. Lautaro, abrí el baúl y ayudá.

—¿Quéééé? —Me salió del alma—. ¿Y este banco? Este banco hermoso que me quiero morir acá mismo, ¿qué significa?

—Venga, mi amiguita loca. —Sofía me abrazó.

—Acá tenés tu plaza. Las cadenas son para atar el banco al árbol, que está allá, o al alambrado o donde sea, ahora vemos. Porque esto será campo, querida, pero te afanan igual. La cuestión es, que hasta que construyas tu cuevita, vas a poder venir a sentarte, a leer tus libros, a escribir, a mirar la nada, a descansar, a tener nuestras largas charlas, pero por lo menos sentada en un lugar como la gente. O, por lo menos, como la gente que te gusta a vos.

Lola me abrazó la cintura por detrás.

—Ya tenés tu plaza ambulante, mamá.

—Árbol. Banco. Pastito —enumeró Manuel.

—Lolita también te trajo una hamaca, ahora vemos cómo la ponemos.

—¿Abriste el paquete? —me increpó Julia, mientras levantaba el tablón con mis sobrinos—. Abrilo, te dije. También trajimos lo necesario para instalar todo.

—Ya sé qué es, Julia. Te conozco. Ya lo sé. —Le mostré mi piel erizada—. Son las cenizas de mamá y papá.

—¿Pero vos estás del orto, querida? Estás totalmente loca. —Me clavó la mirada—. Se nota que no me conocés un choto. ¿Cómo voy a traer las cenizas? ¡Chicos! Vayan a jugar un poquito más lejos —les gritó, agitando la mano—. Nada en el mundo menos representativo que el campo y el mar para mamá y papá. ¿Cuándo la viste a mamá mojarse los pies en el agua? Ni en la pelopincho tengo registro de haberla visto. ¿Querías que las desparramemos por algún lado o te las querías merendar?

Me hizo reír aun con los ojos llenos de lágrimas. Eso era Julia: brutal, precisa… Necesaria.

—Carola: mamá y papá están en el cementerio y punto. Dejate de joder, por favor. Dejalos en paz de una vez. Y, además, ¿qué te garantiza que no hayan cremado a otras personas? ¿Mirá si ni siquiera son los restos de ellos? Yo lo pensé miles de veces, por eso no me los llevé a casa —dijo mientras acomodaba el mantel arriba del tablón—. Imaginate si son muertos ajenos. —Movió la cabeza como si la sola idea la agotara.

—¿Qué son las cenizas, mamá? ¿Es por el cigarrillo de la bobe? —preguntó Tomás con su inocencia tan salvadora.

Julia revoleó los ojos con ese cariño seco que solo ella sabe tener.

—Abrilo, dale. Que tengo a mis hijos esperando para ponerse a laburar.

—Ay, por Dios, las hermanitas sean unidas. Qué humor tan negro tienen, después se me quejan de Mamita. —se metió Sofía, mientras se comía una medialuna—. Esto es veneno puro.



39

—¿Un pedazo de madera? Divino, Julia. Me viene bárbaro una bandeja. Gracias.

—¿Sos o te hacés, Carola? Es un cartel de entrada. ¿Alguna vez viste una bandeja con tornillos? Lo que pasa es que lo tenés que dar vuelta.

—Ahhhh, me muero —dije pasando de la alegría a una punzada de decepción en un mismo hilo de voz.

—¿Qué? —Julia me agarró el mentón obligándome a mirarla.

—No, no… Es que pensé que iba a decir *La Muñeca*, ya sabés. —Me tembló la boca antes que la voz—. Te acordás que…

—Sos Carola —dijo Julia, con la certeza de quien anuncia una verdad irrefutable. Tenía toda la cara colorada y el pulso lo suficientemente acelerado como para dejarse traslucir en su vena. Levantó la mano y empezó a enumerar, primero con un dedo, después con el otro, después con otro, como si pasara lista de mi propia vida—. Carola compró su terreno. Carola sobrevivió. Carola se reconstruyó. Carola crio a sus hijos. Carola empieza hoy. Y *La Muñeca*, sí —bajó la voz—, qué sé yo. Habita en vos. Como todos nosotros tenemos nuestra historia guardada en un rincón. Ahí seguirá. Nadie te la va a sacar. Pero dejá de decir que perdiste todo lo que tenías. Dejá de pararte desde ese lugar. No seas ingrata. Por

vos y por todos los que quedamos acá. Escucharte decir eso es bastante humillante, casi insultante. Te confundiste de fantasmas.

—No lo digo con intención de lastimar a nadie.

—Pero lo hacés, nena, no te das cuenta, pero lo hacés.

Le tembló apenas la mandíbula, como cuando tiene algo atragantado en la garganta hace siglos y finalmente decide escupirlo.

—Y callate y dejame hablar, porque es algo que lo tengo atravesado hace rato. Ellos se fueron, es cierto, y no solamente para vos. —Se le quebró la voz—. A veces tu dolor ocupa tanto espacio que no queda lugar para el de los demás. Es como si las emociones fueran de tu jurisdicción y nosotros tuviéramos que encargarnos de otras cosas. Yo también los extraño. ¿Qué te pensás? ¿Que vos sola perdiste a nuestra familia? ¿Sabés lo que me falta papá? No tengo por qué seguir haciéndome cargo de la parte administrativa de tus dolores para que vos te dediques a tramitarlos. —Se acomodó el pelo detrás de la oreja, nerviosa—. Y además… Nosotros estamos acá. No seas irrespetuosa. Tus hijos no se fueron. Tus sobrinos no se fueron. Tus amigos no se fueron. Tu vocación no se fue. Sofía tampoco. —La señaló con la cabeza, mientras Sofía hacía fuerza para abrir una gaseosa con los dientes—. Y vos tampoco te fuiste. Amenazaste un poco, sí… Pero acá estás. Parada en tu paraíso encontrado, rompiendo las pelotas como siempre.

Se cruzó los brazos como gesto final de acto y dijo:

—No hables más desde la pérdida. Te lo digo de verdad, porque la próxima vez me levanto y me voy. Sos injusta, loco.

Se le terminó de quebrar la voz, apenas, lo suficiente para golpearme donde sabía que me dolía. Y aun así remató con esa cara

de desgano que solo ella podía hacer sin que yo me ofendiera.

—No llores. Por favor. —La miré asustada con evidente remordimiento.

—La casa se llama Carola y se terminó.

—No quiero que te pongas mal, por favor.

—Dejame llorar tranquila. Dejá llorar a la gente. ¿No ves lo que te digo? No me voy a morir, quedate tranquila.

Suspiró.

—Si para arrancar querías plantar las flores con las cenizas de los muertos, que encima no tenemos garantías de que sean nuestros, entonces dejame decirte que todo esto fue un camino inútil. Para vos y para todos los que te acompañamos como pudimos hasta acá.

Miró el reloj y se agarró la cabeza.

—No nos queda mucho más tiempo. No quiero manejar tan tarde.

Sofía que había logrado abrir la gaseosa, hizo un gesto victorioso y aplaudió cortito.

—La sacudida que te mandó, amiga. Pero estoy de acuerdo con Julia. ¿Qué somos nosotros? ¿Un holograma? ¡Mirá toda la fiesta que estamos armando para vos!

Julia y yo la miramos al mismo tiempo.

—Vos callate y no te metas —dijimos las dos, en perfecta sincronía.

—Tomá. Esto también es para vos, hoy estás de cumpleaños —disparó Julia—, pero de simbólico no tiene nada.

—¿Qué es este papel?

—No es un papel. ¿No te das cuenta de que es un mapa?

—¿Mapa de qué?

—De la República Argentina, Carola. ¿Tan burra eras y no me di cuenta?

—Eso sí, me refiero a que no te entiendo. ¿Me gané un viaje?

Julia suspiró fuerte como si hiciera falta llamar a un adulto.

—Es el recordatorio de que cada vez que te pierdas tenés prohibido llamarme. Me importa un carajo si no sabés en qué esquina doblar. No me llames más. No es un chiste. No me llames más.

Se me aflojaron las rodillas y sentí un fuego recorriéndome entera.

—No me hagas esto, te lo pido por lo que más quieras. Sabés perfectamente que esto que me pasa es una condición genética, no tiene cura. Nací sin el sentido de la ubicación incorporado. Es un problema que no me busqué.

—No es mi tema, Carola. Hacete ver por especialistas o comprate un GPS. Ni idea. —Me respondió seca, dejándose caer en la reposera mientras se servía un vaso de gaseosa—. ¿Hielo no hay?

Me agaché a la altura de su cara con el mapa en la mano.

—Lo tengo. ¿Cómo pensás que no lo tengo? Pero a veces la señora del GPS no tiene señal, no es precisa, no tuvo tiempo de actualizarse. No te creas que es tan resolutiva, Julia… Cualquier cosa, haceme lo que quieras, pero no me niegues un llamado en medio del terror.

Julia levantó una ceja, respiró hondo y me miró con esa paciencia agotada.

—Bueno… bajate del auto y preguntale a alguien, no sé. Arreglate como puedas. Resolvete, ya estás grande. Y si de repente te das cuenta de que estás paseando en otra ciudad porque no entendiste lo que es una rotonda… ¿qué querés que te diga? —Extendió el

brazo sobre el aire—. Conocé el mundo, Carola. Visitá pueblitos, provincias, países. No es mi problema. ¿Sabés cuál es la forma más fácil para que aprendas a orientarte de una vez por todas? Perderte. Querida: perdete. Vas a ver cómo encontrás los caminitos enseguida. Y no estoy hablando solo de calles. Me entendés perfecto. —Me miró de reojo con cara de culo—. ¿Puedo tomar una gaseosa tranquila?

Giró la reposera y me dio la espalda.

Me reí llorando. O lloré riendo. No lo sé.

—Bueno, gente, qué lindo momento estamos pasando, ¿lo colgamos o qué? —preguntó Sofía con entusiasmo casi violento—. Vamos esos chiquitos lindos, traigan las herramientas que hay *inauguración.* ¡Lolita!, ¿bajás el parlante que quedó adelante?

—Te lo pido por favor, Sofía. Lo único que falta es que me haya ido del conventillo en el que vivo para que me armes uno acá. Estaba teniendo los oídos felices. Vos también te volvés hoy, ¿no?

Sofía me guiñó un ojo.

—Zorra… ya entendí. Te gustó el gaucho, ¿no? A mí me pareció un poco rústico, no está mal, nada mal. Muy del estilo que te gusta a vos. ¿Averiguaste si se droga, estuvo preso o es homosexual? Cualquier cosa, Caro, pero otro peronista te pido que no. —Se rio sola mientras me pegaba un codazo—. Ay, es un chiste, *tonti*. Solo para ahorrarte los pasos que le siguen. Dale, contame.

—¿Te podés sacar los tacos? —le señalé el agujero profundo que había dejado en mi nueva tierra—. Me duelen los ojos de verte agujereando toda mi casa y además me siento incómoda por vos, te juro. ¿No te das cuenta que estás descontextualizada?

Mientras Julia daba las órdenes a sus hijos y a los míos, Sofía me tironeó del brazo.

—Casi me olvido de algo importante. Vení, no me mates. Por favor… no me mates.

La miré como una directora de escuela que te revisa hasta la respiración y la seguí detrás del ombú.

Abrió su cartera y sacó un sobre blanco, grueso, sellado con plasticola de colegio. Me lo puso en la mano mientras tomaba aire como alguien que va a confesar el peor de sus pecados.

—¿Y esto?

Sofía bajó la mirada y se rascó la cabeza.

—No me odies, amiga… Pero no era justo que Matías no supiera todo.

Sentí un golpe seco en el pecho. El latido del miedo. De la bronca. Del amor.

—¿Qué Matías? ¿Todo qué? ¿Qué hiciste?

—Le di *Otra.*

—¿Que le diste qué?

—Sí. Tu libro. El libro. El último. Donde decís todo. Donde vos sos vos. Donde él aparece. Ya sé que estuve mal. Pero no podía dejar que ese corazón que tenés muriera en silencio.

Me tapé la boca y me la destapé en el mismo instante con la única intención de mandarla a la mierda.

—Pero, ¿cómo se te ocurre hacer una cosa así? ¡Eso era mío! No se me murió el corazón. ¿Acaso no me ves más viva que nunca?

—Bueno… tuyo y de algunos miles de personitas que te compran —intentó suavizar levantando apenas las cejas.

—No me resulta divertido para nada tu comentario. Matías justamente no compra mis libritos, ni sabía de esa publicación. Hace un año que no lo veo. Por eso mismo me animé a escribir lo que escribí. Porque tenía la certeza de que no se iba a enterar. Se ve que no leíste bien. Lo que hiciste es imperdonable. Una cosa es que te metas en mi vagina para ponerme un tampón, pero decidir por mí en cosas del alma, no. Esta vez te fuiste al pasto.

—Lo sé, lo sé. —Bajó la vista por primera vez sin chiste mediante —. Viéndolo así parece que violé tu intimidad. Tampoco exageres, no me parece imperdonable.

—La violaste. No parece nada. Es un hecho.

Sofía tragó saliva y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero escuchame una cosa —susurró—. Ese amor que vos tuviste por él no podía morir entre cuatro paredes. Ni pudrirse en una librería, tapado y archivado. Yo no conozco gente que sienta lo que vos sentiste. Es una locura, sí. Pero por lo menos que valga la pena. Ese amor merecía llegar a destino.

—¡Llegó a destino! A mi destino. Que nada tenía que ver con que él lo supiera. Yo solo necesitaba sacarlo de mi cabeza y dejarlo en lo más noble que tengo: las palabras. Mis palabras… Pero ¿cómo lo ubicaste si no le conocés ni la cara?

Se quedó muda. Congelada. Haciendo malabares en esa postura para no caerse dese la altura de sus propios tacos.

—Sofía…

—Te revisé el celular.

—No. Es un montón. Te vas. —La tomé del brazo y la saqué de atrás del ombú.

Fuerza que tomó de impulso para regresar al mismo lugar.

—¡No las conversaciones! —Levantó las manos como si quisiera declararse inocente de un crimen menor—. ¡Imaginate qué me pueden interesar tus conversaciones! Busqué solo el contacto. Aprovecho para decirte que me pareció turbio que no tenga foto de perfil. Rarísimo.

—¿Pero te das cuenta de lo que hiciste?

—Por supuesto que me doy cuenta. Por eso te pedí perdón. Porque todo fue con buenas intenciones. No hace falta que te diga que fue por amor. En mi defensa —inclinó un poco la cabeza hacia adelante, como quien va a decir un secreto, levantó apenas las cejas y me apuntó con un dedo corto, el gesto chiquito de *ojo*, casi como una advertencia cariñosa—, quiero decirte que tenés la misma clave desde hace treinta años. La sabe todo el mundo, amiga, sos muy básica. Te llegan a robar el celular, estás regalada. Regaladísima. Yo que vos la cambio.

—Gracias por el consejo. De verdad, me resulta muy útil, ahora que me lo decís… Lo loco de todo esto es que la culpa es mía porque soy básica. Sos mundial. ¿Sabés qué siento?

—Nop.

—Deseos de pegarte fuerte. Muy fuerte.

—Parááá, loca… Tampoco es tan grave, che.

—Ah, ¿no? ¿Y para quién no es grave? Yo te hago eso a vos y te mudás de país.

—Has hecho cosas peores, que ya no recuerdo porque no soy rencorosa, y acá estamos. Lo llamé, sí —confesó—, pero no le di demasiadas explicaciones. Ya ni me acuerdo qué bolazo le metí. Fui a su oficina, le di el libro, con algunas indicaciones y me fui. —

Respiró hondo—. El pibe, bien. Tenés razón. Parece macanudo, carismático. Me cayó bien.

—¡No sabés cuánto me alegra saberlo!

—A los días me llamó, y nos volvimos a cruzar. Esta vez ni me bajé del auto. Me pasó este sobre berreta por la ventanilla y señaló la plasticola como si fuera una advertencia. Mucha risita, pero me pareció bastante desubicado… Supongo que después de leer el libro debe haber pensado cualquier cosa de mí. Sos tan exagerada cuando escribís…

Me ardió la cara y sentí un deseo irrefrenable de arrancarle de los pelos.

—¿Qué dijo? ¿Qué te dijo? ¿Por qué tardás tanto para hablar?

—Me agradeció por el libro… y me dio eso para que te lo diera. Nada más. Y se fue. Te juro que se fue.

—¿Lo abriste?

—¡Pero no! ¿Cómo se te ocurre? Está cerrado con plasticola, ¿no te das cuenta? Es imposible, no pude.

—Te voy a matar, te juro.

—No arruinemos el momento, ¿dale? Otro día me matás. Hoy no da, estamos de evento mega top. Abrila, no podés dejarme así.

—Retirate de mi vista, la voy a leer sin vos. —Le mostré los dientes mientras me reía por dentro.

Apoyé la carta debajo del ombú y le puse una piedra encima.

Un rato después, antes de que cayera el sol, levanté la carta y la llevé conmigo hasta la orilla del mar.

—¡Ya vengo! Necesito dos minutos y vuelvo.



40

Caminé médano abajo como quien atraviesa un umbral. Cuando llegué del otro lado del paisaje, me di vuelta. Quería capturarlo todo. Todo.

Me tomé un instante para mirar desde arriba, como si fuera la última foto panorámica antes de cerrar un capítulo: mis hijos, mis sobrinos, Julia, Sofía. El cartel con mi nombre, el ombú que parecía custodiarlo todo, la plaza improvisada que acabábamos de armar entre risas y apuros.

Qué hermosa locura todo, Dios mío.

Achiné los ojos y saqué una foto mental. Todo lo que alguna vez soñé estaba ahí, vivo, respirando, sosteniéndome.

Volví la cara hacia el mar y tomé la carta de Matías. Acaricié el sobre y me lo llevé al pecho. ¿Cuánto pesaba?

No era el papel. Era el peso del miedo de unas palabras que todavía no sabía lo que decían y que no estaba tan segura de quererlas oír.

A punto de abrirla, escuché un murmullo conocido.

Viejo como la infancia.

Viejo como la herida.

—¿Viste, Muñeca, que pudiste?

—Bien, Carola… ¡Mamita sabía!

Las voces. Otra vez sus voces haciéndose presentes.

Sus voces, sí. Pero esta vez sonaban distintas: ya no eran fantasmas agazapados en los rincones. Eran restos, sombras que viajaban conmigo de mi vida anterior. Una vida que había empezado a dejar atrás hacía apenas un par de horas, pero que ya parecían siglos.

Sentí una caricia en la cabeza, una presión tibia en la mejilla.

Eran sus manos.

¿Cómo no reconocer sus manos?

Me permití tocarlas un instante, como un reflejo muscular aprendido antes de caminar. Y después las solté. Las devolví al aire impreciso de lo que ya no vuelve.

Manos que ya no necesito agarrar.

Ya no.

No puedo hacerlo más.

—Basta, mamá. Basta, papá —dije en voz baja.

Necesito despedirme de una vez.

Esta vez necesito hacerlo sola.

Por favor.

Era momento de que cada uno encontrara su sitio en paz. Y entonces hice algo que, si bien lo había intentado varias veces, esta vez fue realmente genuino. Era el momento: agradecí, pedí perdón, perdoné, dije cuánto los amaba.

Me despedí. Los dejé ir.

Y en ese gesto algo volvió a mí. Algo que siempre había sido mío y que, sin embargo, vivía secuestrado por el miedo. De alguna manera regresé a mis hijos, a mi nombre, a mi nueva tierra.

Sentí un golpe seco adentro del pecho, como el ruido de una puerta vieja que finalmente cede. Una bisagra que por fin deja de resistir.

—¡Carola! ¡Teléfono! —gritó Sofía desde arriba—. ¿Atiendo? Dice Juan a secas.

No contesté. Sonreí como si pudiera verme desde la distancia.

Sostuve la carta de Matías. Apoyé un beso en el sobre y la rompí en cien pedacitos, con una suavidad casi ceremonial. Los dejé caer en la arena, el viento los empujó hacia el agua y el mar, paciente y exacto, los fue tragando uno por uno, como si entendiera su tarea.

Estaba extasiada. Orgullosa. Dueña de cada paso que me había traído hasta esta orilla.

Decidí volver. Volver a meterme en esa foto hermosa que desde abajo parecía una postal imperfecta, y que ahora, por fin, tenía lugar para mí. O yo para ella. Para ser más precisa.

Miré el cielo.

Miré mi campo.

Cerré los ojos y miré mi vida.

Me miré.

Inhalé profundo, extendí los brazos y al bajarlos me desinflé como un enorme globo que al fin encuentra reposo.

Es momento de dejarme ser.

De respirar.

Es momento de flotar.



Epílogo

Para: Hernán Bruno
De: Carola Henner
Asunto: Otra

Cuánto tiempo ha pasado, ¿no? El suficiente como para darme el permiso de escribirte sin sentir que estoy rompiendo el último pacto que establecimos. ¿Cómo estás? ¿Seguís atendiendo? Si supieras la cantidad de lectores que me piden tu teléfono desde mi última publicación, no lo creerías. Tampoco te importaría, por cierto. Pero, bueno, siento un orgullo enorme por vos y también por mí, al saber que no solo ese personaje existe fuera de las tapas de un libro, sino que, además, tuve el privilegio de tenerlo enfrente durante tantos años.

No estoy acá para contarte nada de los tomates. Tranquilo. Ni se me ocurre pronunciar —escribir— una sola palabra respecto a mi presente… pero dejame decirte que no pude haber elegido terreno más fértil. Y no estoy hablando de tomates.

Mi querido psicólogo… expsicólogo, ¿es apropiado decirte así? ¿Seguís desistiendo de las cosas apropiadas o inapropiadas como vara para determinar el bien o el mal?

Te extraño. Extraño nuestras sesiones, charlas. Nuestros intercambios. Tu presencia del otro lado, humilde, estratégica, insistente en querer hacerme creer que no te necesitaba para nada. Recuerdo y me rio. *¿Cómo no te iba a necesitar?* Llegué siendo un escracho. Aunque, a decir verdad, llegué divina, impoluta, con una tristeza que no sabía que tenía.
Con el correr de los meses, de los años, esa inocencia fue despertando a los golpes. Al principio para detonarme casi por completo; haciendo de mí un montón de pedazos desparramados por todos lados, hasta llegar a acá, donde estoy ahora. Entera. Con esos pedazos habitando en mí, lógicamente, pero por suerte, ya integrados. Unificados por una historia que los subyace, pero los trasciende.
Supongo que eso es todo lo que debía esperar, ¿no? Que este recorrido tan sangriento, no solo pudiera contarse en palabras, sino que, además, esta vez, al decirlas quedara en claro que no están dirigidas a nadie en particular. ¿Por qué te lo digo a vos entonces? Quizá, por un solo motivo: sé que a tu ego le importa tres pelotas recibir aplausos. ¿Seguís diciendo malas palabras? ¿O te convertiste en un hombre ortodoxo y miserable?
La cuestión de todo este prólogo extenso es porque quiero compartirte algo muy importante para mí.
Ya sé que me lo dijiste todo el tiempo. Lo sé. Y porque lo recuerdo de manera permanente es que necesito ponerlo en el medio de los dos, para sacarme este eco de encima y pasar a la siguiente temporada, al menos, de pensamientos…
No podés cambiar el mundo, pero si podés dedicarte a construir tu propia baldosa, Carola. Ese es el desafío. Ese el viaje: elegí cómo va a ser el lugar en el que elegís pararte.

Durante mucho tiempo pensé que esa baldosa estaba rota, sucia, fétida. Que la tarea era dedicarme a reconstruirla, a reforzarla, o por lo menos, a embellecerla. Y que para que eso suceda, era fundamental convertirme en otra persona. En otra mujer.
Hoy sé que no. No tuve que convertirme en nadie más. La baldosa siempre estuvo ahí: firme, entera, mía.

El problema —el grave problema— era que estaba opacada por las capas que le fui poniendo encima para sobrevivir. Pero ahora, con una claridad nueva, incluso con un poco de pudor, necesito contarte algo: si vieras qué linda baldosa es, si vieras como brilla esta baldosa, Hernán.
No, claro que no me convertí en nada nuevo. Solo la limpié. O eso creí al principio. Porque, además, otras de las cosas que pude entender con el avance del tiempo y de los pasos que fui trazando, es que la baldosa siempre fue la baldosa. Yo siempre fui yo.
Lo que verdaderamente limpié no fue eso. Fue la mirada con la que la veía. Recién ahí entendí lo que intentamos desarmar tantas veces o, mejor dicho, lo que intentaste mostrarme todo el tiempo: no me condicionaba la depresión. Me condicionaba el miedo. Incluso el miedo a la misma depresión. Miedo que solo se aflojó cuando pude encontrar lugares donde no tenía que defenderme. Donde existir ya no era un riesgo.
Y acá te tengo que meter, sí o sí. Tu humildad, sabrá perdonarme.
Pero es que vos fuiste, quizá, el primer espacio donde pude apoyarme sin temor. Donde no tuve que demostrar nada, ni achicarme, ni disfrazarme, ni sobreadaptarme. El primer vínculo donde pude existir sin ese maldito miedo. Miedo a que me dejes.
Miedo a irme antes de que lo hagas vos.
Por eso ratifico o rectifico mi mail anterior. Nunca entendí la diferencia entre una palabra y la otra. Quizá porque me pasé le vida entera yendo y viniendo sobre la una y la otra. Pero la cuestión es que esto no es un cierre. Es un nuevo comienzo.
Un comienzo que vengo viviendo hace rato —aunque vos no lo sepas— pues, hemos rescindido el contrato que nos unía, je, pero que está dado por la elección permanente de las baldosas que me sostienen, los lugares donde respiro, las personas frente a las cuales no tengo que funcionar, sino simplemente ser. Existir.
Gracias por acompañarme hasta acá.
Gracias por nunca pedirme que fuera otra.
Gracias por ver mi baldosa incluso cuando yo no podía verla.
Al fin y al cabo, nunca necesité una vida perfecta. Solo necesitaba un lugar donde pueda respirar mi vida. ¿No?

Ah…dato menor. Sé que ya no es de tu incumbencia, pero quería contarte: sigo yendo con Rubén, mi psiquiatra. ¿Te acordás? Cada tanto revisamos la medicación y cosas muy puntuales. Pero si te soy sincera —y confío en que nunca se lo digas—, la mayoría de las veces solo voy para disfrutar de nuestros encuentros. Él es lugar seguro. Me hace muy bien ir. Me hace bien él. Entonces pensé: si también es un lugar en el que esta Carola encontró dónde respirar, ¿por qué habría de dejarlo? ¿Verdad?
Espero con ansias la próxima desgracia para verte pronto. Mentira. Chiste…
Lo digo tranquila porque sé que no me estás analizando.
Te quiero mucho… un montón.

Carola

Para: Carola Henner
De: Hernán Bruno
Asunto: La misma

Caro, mi muy querida, ¡qué lindo leerte! Los otros días te me cruzaste un par de veces por recuerdos puntuales y como siempre se me termina dibujando una sonrisa (al menos, la sensación de amor es más fuerte que la de intriga), me quedo tranquilo ¡Ojo! Me quedé con ganas de saber cómo van esos tomates. ¡No te creas!
Solo decirte un par de cosas, porque el resto las dijiste todas vos, y no quiero arruinar una sola coma de la poesía que acabo de recibir.
Estoy al tanto de que seguís con Rubén. Siempre sos de mi incumbencia. No estoy todo el tiempo en contacto con él, es cierto, pero lo suficiente para dejarme tranquilo y alegrarme por vos. Por supuesto que no voy a violar el secreto profesional. Jamás le diré que solo seguís yendo porque lo que te hace bien es él. Coincido en que mi querido colega es muy positivo para vos y me gusta que preserven ese espacio. Pero, entre nosotros: ya lo sabe, Carola. Ya lo sabe.
¡Ahora te pido discreción yo a vos!
Y en cuanto a lo demás, corregirte una sola cosa.
La baldosa… Carola… nuestra tan preciada baldosa. Nunca necesité que estuviera limpia para poder reconocerla. Ese es un trabajo que evidentemente tuviste que hacer vos. El tiempo que te llevó me tiene sin cuidado. No es algo que me importe. No es algo que debería importarte a vos tampoco. Nunca es tarde hasta que se termina, ¿te acordás cuando decíamos esto? Y por suerte tenemos carretel para rato, mi querida paciente. Expaciente, amiga, o como quieras decirlo. Las etiquetas nunca fueron lo nuestro ni lo serán.

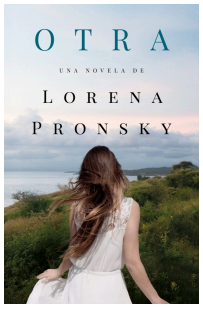
Yo siempre supe quién eras, Caro. Siempre.
Y dejame decirte algo más, ya que abriste esa puerta. Vos no te encontraste ahora. No estabas perdida. Lo que hiciste fue otra cosa.
Te reconociste en algo que ya estaba ahí, esperando que lo mires sin miedo. Te construiste en cada decisión incómoda que tomaste y no solo estos últimos meses. No es justo dejar afuera todas las demás decisiones que te trajeron hasta acá y dieron voz a tu nombre. Pero también te develaste, dejaste caer capas que no eran tuyas, versiones sostenidas por obligación, por mandato, por costumbre y repito: por miedo. Por eso no me gusta que hables del tiempo. De cuánto perdiste, ganaste o tardaste. Me parece injusto, pero, además, me parece una pelotudez —por supuesto que sigo hablando como hablo— en la que mi querida paciente nunca podría caer.
Los procesos reales son desprolijos, lentos, humanos. Con más vaivenes y retrocesos hechos de microcambios que nunca entran en un "antes y un después". Pero ¡claro! Contarlos no garpa. Lo que vende es la frutilla de un postre que funciona como zanahoria del éxito al que todos te explican cómo llegar y ese es simplemente su trabajo: enseñarte. Dar clases. Los famosos mentores de la vida que tanto repudiamos los que estamos más chotitos… No te enojes. No vale la pena. Me alcanza con que lo recuerdes vos. ¡La linealidad no existe! Eso lo dejamos para los iluminados. ¡Por eso no me interesan los tomates, Carola! ¡Mañana puede morirse toda la plantación, la tuya y la del mapamundi y me da exactamente lo mismo! Seguiremos desde allí y no pasa nada. Eso no significa que está todo mal. Distinto, sí. ¿Pero mal?
Por eso, esa Carola, la que recién hoy podés describir tan poéticamente, es la misma que yo vi desde el primer día. No una mujer en búsqueda de una vida perfecta, ya lo sé. Conozco a mi paciente. Para nada. Siempre fuiste una persona buscando un lugar donde esa Carola, amorosamente imperfecta, pudiera respirar. Y eso es lo que vos estás viendo ahora, no sin temblar, sino con la emoción de quien encuentra sus pequeños espacios en este mundo. Ese es tu descubrimiento. ¿Lo ves, Carola, lo ves?
Por eso jamás se me hubiera ocurrido llevarte a un lugar donde creas que la solución era transformarte en otra distinta de vos. En principio, porque si ese lugar existe, cosa que dudo, no tengo la menor idea de dónde queda ni cómo

llegar. Y aunque existiera nunca me hubiera atrevido a hacer semejante locura.
Mi humildad puede entender el mensaje, y en este caso, tu psicólogo amigo, te da la razón una vez más.
Siempre te vi.
Siempre lo supe.
No sabés el dolor que me daba que no lo supieras vos.

Hernán

Solo buscaba un lugar más o menos propicio para vivir, quiero decir un sitio pequeño donde cantar y poder llorar tranquila a veces. En verdad no quería una casa, solo quería un jardín.

ALEJANDRA PIZARNIK



¿CUÁNTO DE CORDURA SE NECESITA PARA TOMAR LAS DECISIONES ADECUADAS?

¿CUÁNTO DE LOCURA PARA LLEVARLAS A CABO?

En una noche de insomnio, Carola, agotada de confrontarse a su imposibilidad de escribir, decide atravesar la penumbra de su silencio. Lo que durante meses creyó un bloqueo artístico, se revela como un umbral inesperado y trascendental.

A través de conversaciones íntimas —con su amiga Sofía, su hermana Julia, sus terapeutas, las voces de sus muertos y un amor interrumpido— Carola se enfrenta a una verdad que la transforma y empuja a torcer su propia biografía.

Una mujer al borde del agotamiento.
Un bloqueo que no es lo que parece.
Una vida que ya no alcanza.

Una novela atravesada por una pregunta que insiste: ¿Tiene que convertirse en Otra para vivir la vida que realmente desea?

O, en realidad, ¿deberá construir los espacios donde pueda ser más ella que nunca?

Con humor descarnado, lucidez y una valentía poco frecuente, Lorena Pronsky —a través de un personaje entrañable como Carola — se adentra en territorios incómodos de la mente humana, donde las verdades dejan de callarse y una vida puede, por fin, empezar a respirar.



LORENA PRONSKY

Nació en La Plata en 1976 y estudió en la Facultad de Humanidades de la Universidad Católica de su ciudad. Licenciada en Psicología desde 2003, posee una destacada experiencia en el área de la psicología clínica y en el tratamiento de adicciones.

Rota se camina igual, su primer libro, resonó en miles de lectores, transformándose en pocas semanas en un éxito. *Curame*, el segundo, confirmó que su voz potente y original se había ganado un espacio indiscutido entre el público. Con *Despierta*, *No amarás* y *Flores en el barro* se consagró como la referente de miles de lectores que buscan mejorar sus vínculos y así sanar su vida. En 2024 publicó *Loca*, su primera novela. Dicta conferencias en distintos puntos de la Argentina y el exterior.

@lorenapronsky
CurameLorenaPronsky

Foto de la autora: © Alejandra López

Otros títulos de Lorena Pronsky en

penguinlibros.com



Pronsky, Lorena
Otra / Lorena Pronsky. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Javier Vergara Editor, 2026.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-15-3347-7

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

© Lorena Pronsky, 2026

Edición en formato digital: abril de 2026
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-950-15-3347-7

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

Otra
Dedicatoria
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24

25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
Epílogo
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de Lorena Pronsky
Créditos